

Año XX. Vol. II.

Enero-Abril, 1941.

BABEL

15-16

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

Homenaje a la memoria de León Trotsky

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

LEON TROTSKY	Retrato y autógrafo
ENRIQUE ESPINOZA	Los escritores frente a León Trotsky
LUIS FRANCO	Vida y muerte de Trotsky
ERNESTO MONTENEGRO	Trotsky, maestro de conciencias
CIRO ALEGRIA	Perfil de un revolucionario
MANUEL ROJAS	El último combatiente
EDMUND WILSON	Rol de Trotsky en la historia
JAMES T. FARRELL	Tributo al gran viejo
DWIGHT MACDONALD	Intento de apreciación

El materialismo dialéctico y la ciencia.— Objetividad histórica.—
Un nuevo gran escritor, por León Trotsky
Las exequias de Trotsky—Declaración

NASCIMENTO

BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

MEXICO

COLABORAN EN ESTE NUMERO

LUIS FRANCO.—Poeta y escritor argentino. Ha publicado últimamente "Suma" (1927-1937) que recoge una gran parte de su producción en verso y un extenso ensayo sobre Walt Whitman del que anticipamos un fragmento en el número 13 de BABEL, en cuyas páginas colabora regularmente Franco desde su fundación.

ERNESTO MONTENEGRO.—Periodista y escritor chileno, autor de "Puritania" y de "Mi tío Ventura", además de una novela todavía inédita sobre la región del salitre. Actualmente se encuentra en los Estados Unidos dando conferencias en los principales centros universitarios del país.

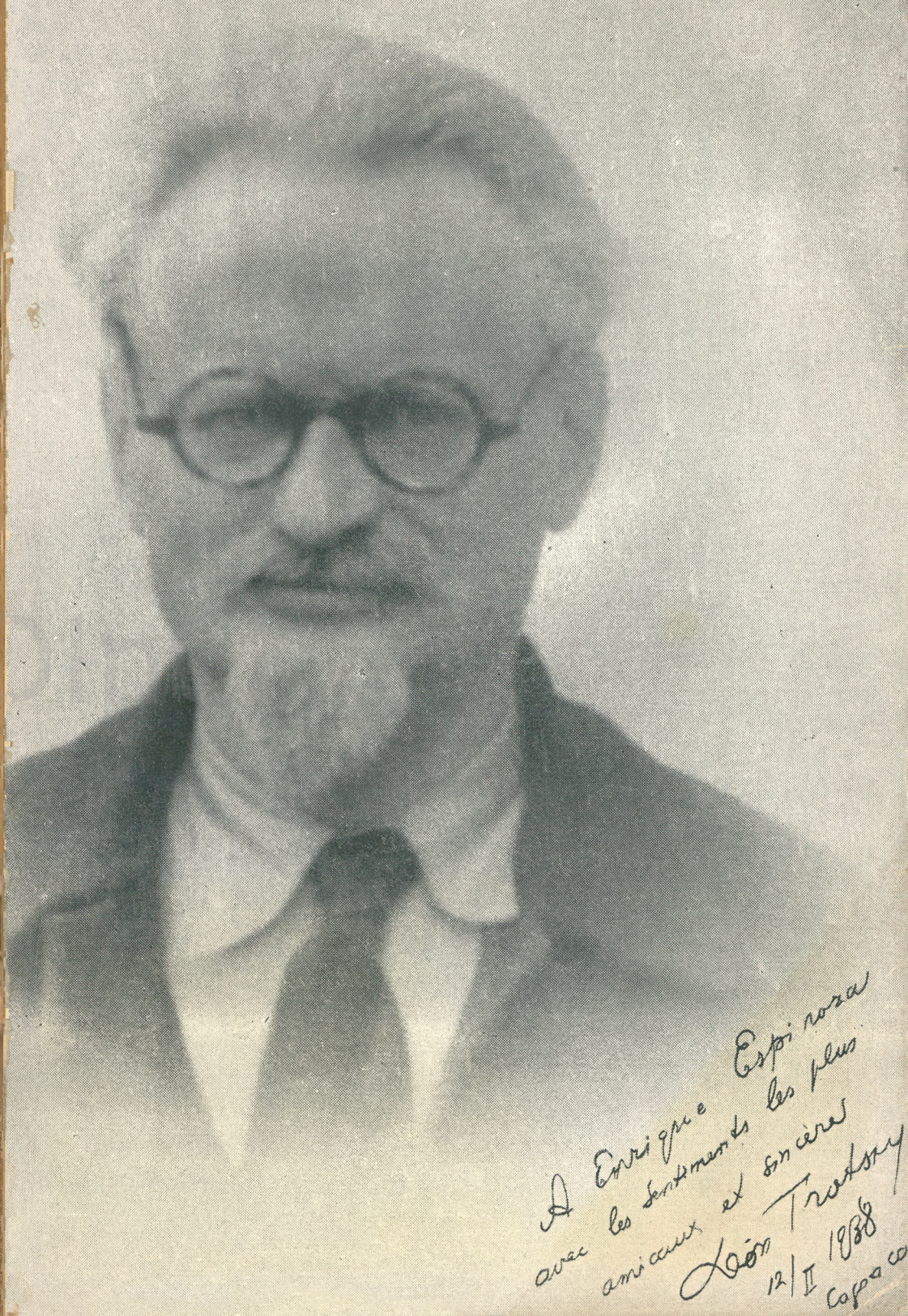
CIRO ALEGRIA.—Novelista peruano residente en Santiago de Chile, donde ha publicado "La Serpiente de Oro" y "Los perros hambrientos". Acaba de obtener un cuantioso premio con "El mundo es ancho y ajeno" en el concurso interamericano instituido por la casa Farrar and Rinehart de Nueva York.

MANUEL ROJAS.—Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Su último libro: "De la poesía a la revolución" contiene un largo ensayo final titulado, "León Trotsky y la dinámica revolucionaria". En 1937, con motivo del vigésimo aniversario de la Revolución Rusa dedicó un número especial de "Sech" a Lenin y Trotsky.

EDMUND WILSON.—Crítico norteamericano, ex director literario de *The New Republic*. Ha publicado entre otros volúmenes: *Axel's Castle*, *Travels in Two Democracies* y *To the Finland Station*, libro al que pertenecen las páginas que incluimos en esta entrega y que fueron escritas en vida de Trotsky. Véase en números anteriores de BABEL: "Stalin como icono" y "Humanismo marxista" del mismo autor. (Núms. 1 y 7).

JAMES T. FARRELL.—Novelista de Chicago de quien se ha publicado entre nosotros "El chico Lonigan". El artículo que insertamos apareció originalmente en una sección que Farrell escribía para la *Partisan Review* de Nueva York. Anteriormente ofrecimos la versión de su "Final de una década". (Núm. 9).

DWIGHT MACDONALD.—Uno de los directores de la *Partisan Review* considerada por John Dos Passos como la mejor revista literaria que se publica en los Estados Unidos. De sus páginas tomamos debidamente autorizados el "Intento de apreciación" que aparece aquí.



A Enrique Espinosa
avec les sentiments les plus
amicaux et sinceres
Leon Trotsky
12/II 1938
Caspa co

b a b e l

revista bimestral de arte y crítica

Año XX

Dirige: Enrique Espinoza

Vol. II

JUSTIFICACION

Este número doble de nuestra revista en homenaje a la memoria esclarecida de León Trotsky es sobre todo un acto moral. Pretende constituir en nuestro idioma nada menos que un testimonio de excepción al silencio evasivo hecho por la mayor parte de los intelectuales antifascistas al servicio de un "Jefe" o de un gobierno, ante el crimen político más canallesco de la historia.

Nosotros no fuimos jamás partidarios de Trotsky en el sentido estricto de la palabra; pero nunca ocultamos tampoco nuestras simpatías hacia su gran figura histórica y cuanto le debíamos a su inmensa obra libertadora tanto en lo colectivo como en lo personal.

¿Qué importa que seamos pocos y débiles en el reconocimiento inmediato que ahora sale a luz? El número y la fuerza están hoy de parte de aquellos "triunfadores" que mediante una propaganda oficiosa imponen a las multitudes sus propios libros y mensajes y hasta sus propios nombres y efigies a las ciudades y fábricas sometidas.

Trotsky no tenía pasta de ídolo y en la cumbre del poder como en el llano de la emigración, supo inspirar antes que obediencia respeto a quienes sabían respetarse. Su mayor hazaña después de la Revolución de Octubre fué precisamente su capacidad de permanecer solo entre todos y contra todos. Sin em-

bargo, ningún líder político apreciaba en nuestro tiempo más que Trotsky el *Amor intellectualis*. Nos consta en forma directa cuán sensible era el grande hombre al cultivo de la amistad inteligente, lejos de cualquier sectarismo.

En una carta última fechada el primer día del fatídico mes de agosto en que había de caer asesinado, nos escribía en inglés bajo la firma de *Your Old Man*:

Independent people and desinterested friends are really not very numerous in these times of social and moral disruption of the bourgeois society.

Y un año y medio atrás, cuando tratamos de averiguar por intermedio de su secretario Van Heijenoort cómo recibiría un volumen con diversos trabajos literarios en torno de su persona, tuvo la gentileza de enviarnos la siguiente esquela en francés, que reproducimos en autógrafo, porque en el umbral de este número tiene una significación extraordinaria.

Coyoacán, D.F., le 21 janvier 1939.

Cher ami

Van m'a montré votre lettre. Permettez-moi de vous donner un petit conseil. Le livre sur moi serait beaucoup mieux écrit après que j'aie liquidé mes affaires dans ce monde, qui est le meilleur de tous. Non que je craigne de changer moi-même, mais certains autres peuvent changer et retirer ce qu'ils auraient écrit dans leurs articles. En tout cas je vous remercie sincèrement pour votre attention inlassable.

Je serai bien heureux de rester en contact permanent avec vous.

Mes meilleurs saluts.

Leon Trotsky

Enrique Espinoza

LOS ESCRITORES FRENTE A LEON TROTSKY

(Notas para un ensayo)

Desde la muerte de Lenin, a principios de 1924, el nuevo régimen tan penosamente inaugurado por los trabajadores en la vieja Rusia ha sido algo así como la cámara oscura de un gran duelo internacional con vastas proyecciones en la historia contemporánea.

Por un lado, los burócratas envejecidos del Kremlin con el "genial" Stalin como icono, adorando en apariencia el cuerpo inerte del caudillo expuesto en la Plaza Roja de Moscú. Por el otro, un núcleo de jóvenes revolucionarios consecuentes, dirigidos por León Trotsky, oponiéndose a la dictadura personalista del astuto Secretario general del Partido bolchevique en nombre del proletariado.

Este formidable duelo, en la acepción militante y polémica de la palabra, conduce poco a poco al suicidio, la humillación, el destierro y la matanza a cuantos fueron colaboradores íntimos de Lenin, empezando por su propia mujer, Nadejda Krupskaja y siguiendo con Ioffe, Racovsky, Bujarin, Zinoviev y Kamenev, para nombrar sólo a los más conocidos, hasta concluir con el asesinato de Trotsky en México.

Sin duda, mucho más de lo que preveía el primer líder de la Revolución de Octubre, al fustigar en la revista teórica, *Bajo la bandera del Marxismo*, los estragos de "nuestra verdadera bu-

rocracia rusa (soviética, sin embargo)", como agregaba en un paréntesis inolvidable.

Ahora bien, ¿cuál fué la posición de los escritores demoliberales, amigos de la U.R.S.S. o compañeros de ruta, según quiera llamárselos, durante este inacabable proceso de podredumbre que culmina con el fusilamiento del mariscal Tukhachevski y otros altos jefes del Ejército Rojo antes de la decapitación de su propio cerebro creador, considerado siempre al mismo tiempo que un bravo revolucionario ruso un espléndido pensador de alcance universal? Desde luego, en todo el mundo, la *inteligencia*, estuvo al principio de parte de Trotsky para ponerse finalmente a la zaga de la burocracia soviética, dueña de cuantiosos elementos de halago y propaganda. Porque como también decía Lenin, "la burocracia tiene en propiedad privada al Estado"...

Pero igual que esos animales de muchas patas, los burócratas tentaculares se mueven con excesiva lentitud. Así cuando Trotsky es confinado paradójicamente de nuevo a Siberia, les resulta imposible apresar la desbordante ola de simpatía por el héroe de Octubre (1) a lo largo del antiguo imperio de los zares. Y cuando al año siguiente, ya en el exilio de Prinkipo, en vísperas de cumplir la cincuentena, Trotsky pone fin a la dramática historia de su vida en un volumen de más de 500 páginas, la admiración por el talentoso autor perseguido no tiene límites de idioma ni de país.

La unánime aceptación de "Mi Vida" como relato político actual mientras más en boga están las biografías noveladas de personajes de otros tiempos, constituye por cierto una singular

(1) "Los intelectuales han pasado muchas vicisitudes desde 1917. Hicieron la Revolución y gobernaron al principio. La derrota de su último gran Jefe, Trotsky, era el símbolo de su caída. Stalin fué acabando gradualmente con todos los directivos intelectuales, camaradas de Lenin, (pero Trotsky ejerce todavía influencia secreta entre lo mejor de la juventud comunista y hasta en el ejército)". Waldo Frank.—"Aurora Rusa".

hazaña en el campo de las letras modernas. Pronto se echará de ver por la resonancia de su monumental "Historia de la Revolución Rusa", que Trotsky, sin tren militar ni comisariato de ninguna especie, es aún más grande armado de su extraordinaria pluma de escritor.

Emil Ludwig, que más tarde habría de explotar como un capitán de industria sus visitas a Mussolini, Stalin y Roosevelt, ensaya por entonces una entrevista con Trotsky en la isla de Prinkipo. Por otra parte, Carl von Ossietzky, el mártir pacifista, difunde en su famoso periódico de Berlín, *Weltbühne*, las predicciones del invencible desterrado acerca del furor nazi en Alemania y los medios heroicos de contenerlo, recogidos luego en su elocuente panfleto "¿Y ahora?"

En París, André Malraux, después de comprobar de visu la política nefasta del Kremlin en la China, abre a Trotsky las puertas de la *Nouvelle Revue Française*. Asimismo en los Estados Unidos los grandes magazines como *Forum* y *Atlantic* disputan a los pequeños semanarios como, *The Nation* y *The New Republic*, la colaboración profética de Trotsky. Sin embargo, su voz de alerta es desoída por la mayoría de los obreros de Europa y América a quienes sus jefes domestican poco a poco con los continuos virajes de Moscú. Pero hasta después de la catástrofe alemana sin combate y el regreso de Trotsky a Francia desde Copenhague (adonde había ido a dictar una conferencia verdaderamente magistral sobre la Revolución de Octubre a los estudiantes socialistas) los escritores no ceden del todo a la campaña cada vez más envenenada de los burócratas rusos. El propio pontífice de las "juventudes", Romain Rolland, escribe un año antes de su viaje triunfal a la U.R.S.S., cuando el gobierno francés expulsa a Trotsky de Besançon:

"Ce sera l'opprobre éternel de la démocratie française qu'elle ait refusé à Léon Trotsky l'asile qu'il était venu lui demander. C'est la honte de la Europe que la Turquie lui donne une leçon d'honneur et de dignité!"

Romain Rolland lo mismo que muchos de sus compañeros más próximos no tardaría en cambiar este mensaje por cualquier otro de acuerdo con Moscú.

Claro que Trotsky, fiel a su remoto pariente de la "Ética" cuyo más sabio aforismo gustaba repetir a menudo, no execra ni lamenta la baja condición humana de los intelectuales y políticos aburguesados o salidos de la burguesía con pasaje de ida y vuelta.

De paso por el puerto de Amberes, el gran ironista tuvo ya ocasión de escribirle al *Premier* Vandervelde una hermosa carta en contestación a otra que aquél le dirigiera una década atrás, en los tiempos de la heroica justicia soviética, cuando Vandervelde fué a Rusia para defender a sus correligionarios socialdemócratas en el proceso por el atentado contra Lenin.

Más tarde, dos años de asilo "socialista" en Noruega, donde Trotsky alcanza a concluir "La Revolución Traicionada" y el primer volumen de su magnífica biografía del joven Vladimir Ilych Ulianov, ratifican su concepto del papel que desempeñan los socialdemócratas aun cuando llegan a ser mayoría en un gobierno burgués. Porque al fin la burocracia soviética logra entenderse con la de Noruega para expulsar a Trotsky en defensa de la libertad de comercio.

Fuera de uno que otro poeta local esta vez ningún poseedor del Premio Nobel deja oír su protesta. Pero antes de embarcarse definitivamente para México gracias a la generosidad del Presidente Cárdenas, que nunca se ha pegado ninguna etiqueta socialista ni socialistoide, Trotsky mantiene con uno de los ministros noruegos un curioso diálogo literario que vale la pena copiar *in extenso* según su propio recuerdo y versión:

"Los noruegos están orgullosos, con justo título, de Ibsen, su poeta nacional. Hace treinta y cinco años, Ibsen fué mi gran admiración. Le dediqué uno de mis primeros artículos. En el país del poeta, en una prisión democrática, releí sus dramas. Muchas cosas

aparecieron ingenuas y envejecidas. Pero ¿cuántos poetas de antes de la guerra afrontan victoriosamente la prueba del tiempo? Toda la historia anterior a 1914 se nos aparece un tanto simple y provinciana. Sin embargo, Ibsen se presenta lleno de frescura nórdica y por tanto atrayente. Releí con placer "El Enemigo del Pueblo". El odio de Ibsen por la hipocresía protestante, la estúpida mediocridad, la chata mogigatería se me hizo más comprensible después de conocer el primer gobierno socialista de la patria del poeta. El Ministro de Justicia, durante una visita inesperada a Sundby, me observó: "A Ibsen se le puede interpretar de muchas maneras". —De cualquier modo que se le interprete siempre será contra ustedes. Recuerde al burgomaestre de "El Enemigo del Pueblo"... "—¿Pienso usted que soy yo?". —Puntualizando mejor, señor Ministro, vuestro gobierno tiene todos los defectos de los gobiernos burgueses sin ninguna de sus cualidades... "—Hemos cometido una tontería al concederle una visa", me dice abiertamente el Ministro de Justicia. —¿Y esa estupidez se preparan ustedes a repararla mediante un crimen? Una franqueza por otra. Ustedes proceden a mi respecto como Noske y Scheidemann respecto de Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Ustedes allanan el camino al fascismo. Si los obreros de Francia y España no salvan el mundo, usted y sus colegas pasarán a la categoría de emigrados dentro de muy poco, como todos vuestros predecesores socialdemócratas".

Desgraciadamente, esta última profecía se ha cumplido al pie de la letra, pues los socialistas noruegos lo mismo que sus correligionarios franceses, españoles, checoslovacos, no asimilaron la lección alemana de 1933 hasta que la sufrieron en carne propia. Ellos estaban más hechos para seguir la política zigzagueante de Stalin que el pensamiento recto de Trotsky.

Mientras tanto, como ciertos literatos de palabra fácil, estos poltrones socialdemócratas soñaban vencer al fascismo internacional con discursos nacionalistas... Para ello no titubeaban en sumarse a los perseguidores del Kremlin llamando sus crímenes en homenaje a la unidad y hasta haciendo finalmente causa común con la burocracia rusa, no contra sus verdaderos enemigos capitalistas, sino contra el único adversario indomable a quien acusaban ahora en Moscú de agente de Hitler...

Esta política suicida fué restándoles, es claro, fuerza y autoridad en todo el mundo. Con lo que se cavaban su propio sepulcro. Pues quien acepta ver al enemigo donde no está y combatir antes que a la enfermedad al médico que la diagnostica sucumbe al mal cuyo estrago pudo evitar a lo mejor una operación a tiempo.

Algunos intelectuales honrados lo comprendieron; pero la mayor parte prefirió cerrar los ojos a la evidencia, en España sobre todo, y esperanzarse con una salida idílica de la terrible encrucijada. Como si les hubiesen dado a elegir en alguna parte entre la moderación y la violencia.

A todo esto la hostilidad contra Trotsky aumentaba con cada derrota de la burocracia rusa que mediante halagos y promesas había ganado a los novelistas de más éxito como voceros de sus consignas. Apenas si puede mencionarse entre las excepciones anteriores al pacto nazi-soviético el caso extraordinario de Silone quien hizo pública una "Carta a Moscú", renunciando a la traducción y edición de sus libros en la U.R.S.S. al precio de un acatamiento sin crítica. Pero los más notables siguieron el ejemplo de Barbusse callando la verdad o disfrazándola para someterse amaestrados a la consigna de la mano tendida al Papa... y el puño a Trotsky.

Sin alejarme del tema quiero estampar aquí dos o tres experiencias de orden personal para que se vea hasta dónde es cierto aquello de que la corrupción de los mejores es la peor.

Un joven psicólogo y pedagogo argentino de cierto valer, pero que nunca se distinguió por su estilo literario, lamentábase de regreso de la U.R.S.S. donde le habían obsequiado un viejo artículo de Marx sobre Bolívar contrario a la nueva táctica y por tanto inútil allí, que se hubiera cortado en Plejánov la línea o tradición de los buenos escritores marxistas.

—¿Y Trotsky?—le pregunté.—¿No lo cree usted superior?

—Sin duda lo es. Pero no conviene decirlo...

Otro meritorio apóstol de la ortodoxia, cubano como Martí, aunque menos generoso, me escribía desde su isla:

"No negaré nunca las altas capacidades de León Trotsky. Como escritor, le confieso, es una de mis devociones". Pero agregaba en seguida: "Yo que soy un apasionado del valor humano, no lloraría la muerte de Trotsky".

Creo que dichas salidas de cuya autenticidad respondo, son bastante decidoras del endurecimiento que acarrea el ayuno y la penitencia en el espíritu de los beatos de la nueva Iglesia. Un espíritu semejante sólo me ha sido posible observar de cerca en ciertos líderes laboristas, especialmente en el de México, que de regreso de la U.R.S.S. ha dirigido con beneplácito de sus colegas de París y Nueva York, la campaña insidiosa contra Trotsky en el propio país que le daba asilo. Este "Licenciado y Doctor Universitario" (así con mayúsculas como se dejaba llamar en el órgano mensual de la C.T.M. además de "Maestro de la nueva generación" y "Eminente filósofo", etc., etc.), le mandaba al mismo tiempo una "Carta abierta a Jesucristo". Y para que nada faltara se hacía publicar a toda página su vera efigie de pensador cinematográfico.

Trotsky tenía muchos motivos para despreciar a este tipo de intelectual y líder obrero llamado a mantener "el vínculo espontáneo y casi biológico con el gobierno mexicano", según la propia confesión del ambicioso ventrílocuo. Lo hizo efectivamente en un panfleto formidable, pues le constaba que el otro más tímido del campo literario veíase obligado a servirle de muñeco en sus manejos por razones circunstanciales. Con todo, cuando tuve el privilegio de visitar a Trotsky en la casa de Frieda Kahlo, en Coyoacán, lejos de hablarme contra aquél, me hizo el más cálido elogio de John Dewey, que a la cabeza de una Comisión investigadora formada en Nueva York, a raíz de los Procesos de Moscú, lo declaró inocente de todos los crímenes que le atribuían sus detractores de uno y otro lado del Atlántico. Recuerdo particularmente la satisfacción con que me contó

el trabajo minucioso que se había tomado el auténtico pensador americano para comprobar una por una todas las citas de Lenin contenidas en su "Historia de la Revolución Rusa". El origen preciso de estas citas Trotsky no lo había indicado por exigencias del espacio, la estética y la buena fe. En su opinión, el viejo Dewey, a pesar de sus ochenta años, fué el miembro más activo y eficaz de cuantos lo interrogaron en México. Trotsky le estaba muy reconocido a este "raro y honesto liberal"; pero sin dejar de sentirse su adversario ideológico. Sólo para destacar mejor la excepcional actitud del filósofo, me hizo conocer las vacilaciones y artificios de otros eminentes escritores del Norte a su respecto. Enterado por Diego Rivera de que uno de ellos era mi amigo, Trotsky tuvo la fineza de explicarme sin amargura el curso de las dos entrevistas que le había concedido, para concluir en un francés tan preciso como categórico:

—*C'est un Zola raté, votre ami. C'est un Zola raté.*

En casi todas nuestras conversaciones, Trotsky hablaba del papel que correspondía a los escritores en la lucha por un mundo mejor. Estaba convencido de que la nueva guerra mundial, inevitable a su juicio, acabaría pronto con la bohemia humosa de los cafés. Por mi parte, creía innecesario observarle que los más conscientes novelistas rusos del siglo pasado—Turgueniev, Dostoievsky, Tolstoi—no salieron de allí precisamente. Sobre el último de estos grandes espíritus conservaba yo fresco en la memoria el concepto del propio Trotsky en su incomparable "Vida de Lenin", al destacar las funciones opuestas que cumplieron las ideas tolstoianas en las distintas capas sociales de la vieja Rusia. (Tan original concepto aparece desarrollado por Stefan Zweig en una breve introducción al pensamiento de Tolstoi donde se reconoce hasta qué punto el ilustre conde antirrevolucionario abrió el camino a Lenin y Trotsky). Pero a propósito de Turgueniev me permití mostrarle más bien a Natalia Sedov un artículo mío publicado en *La Nación* de Buenos Aires, no tanto por una frase amable acerca de ella, que lo había admirado

en su juventud lo mismo que Lenin, cuanto por una intuición genial del inmenso novelista ruso en una carta francesa a Mme. Viardot. Trotsky después de leer el texto de mi cita no disimuló su asombro ante las siguientes palabras del autor de "Aguas Primaverales":

"Tandis que dans le temps de crise et de transition où nous vivons, toutes les oeuvres artistiques ou littéraires ne représentent tout au plus que les opinions, les sentiments individuels, les réflexions confuses et contradictoires, l'éclectisme de leurs auteurs; la vie c'est éparpillée; il n'y a plus de grand mouvement général excepté peut-être celui de l'industrie qui, considérée sous le point de vue de la soumission progressive des éléments de la nature au génie de l'homme, deviendra peut-être la liberatrice, la régénératrice du genre humain. Aussi, à mon avis, les plus grands poètes contemporains sont les Américains qui vont percer l'isthme de Panama et parlent d'établir un télégraphe électrique à travers l'Océan. Une fois la révolution social consommée—vive la nouvelle littérature..."

Por más extraño y contradictorio que parezca junto a los lugares comunes difundidos por la prensa universal que continuaba viendo en Trotsky sólo al héroe de Octubre, puedo asegurar con certeza y no por boca de ganso, como algunos periodistas, que el viejo desterrado, tan joven por el espíritu, vivía más en el presente y futuro de la revolución que en su glorioso ayer, sobre todo, después de concluída su magna obra histórica.

En lo que a las letras representativas de los modernos escritores europeos y americanos se refiere, porque los rusos habían degenerado en contacto con la justicia termidoriana, Trotsky estaba enterado de todo lo que valía la pena no ignorar. Así recuerdo que tuvo la gentileza de ofrecerme el último volumen de la serie novelística publicada hasta entonces por Jules Romains. Tenía en aprecio el don narrativo del famoso escritor francés; pero un detalle absurdo en el retrato de Lenin en París lo había hecho desconfiar de su perspicacia psicológica. Pensaba escribir un artículo al respecto, más creo que no alcanzó a realizar su

intención, a menos que se limitara a unas cuantas líneas en la segunda parte de su biografía del caudillo rojo. De haber formulado su crítica oportunamente, Trotsky habría puesto a mucha gente sobre la pista del dualismo que escondía Jules Romains y que sólo vino a descubrir el gran público después de "Los Siete Misterios"...

(Algo dice, sin embargo, en su notable artículo sobre Jean Malaquais, escrito antes de que le fuera concedido a este autor el premio Goncourt por su novela *Les Javanais*).

El retrato más lúcido y lapidario del intelectual que persigue el heroísmo como una presa en la cacería del mundo moderno se lo escuché a Trotsky de viva voz con motivo de la penúltima *volte face* de Malraux. Su confianza parecía orientarse hacia los jóvenes escritores norteamericanos. Los más responsables habían roto ya todo vínculo con la burocracia rusa, desechando sus favores. Los otros, aun aquellos servidores menos escrupulosos, acabarían por saltar del furgón stalinista en el próximo viraje.

Trotsky alcanzó a presenciar desde su alta torre la vergonzosa desbandada de los intelectuales antifascistas después de la firma del pacto amistoso entre Hitler y Stalin, pacto que también había anunciado con bastante anterioridad. El largo desvío teórico y la desesperación ya inocultable se tradujo pronto en los más fanáticos en una especie de solapado rencor contra el solitario de Coyoacán. Sobre todo, en México, donde aparecía en castellano una pequeña revista de gran alcance histórico significativamente llamada "Clave", que ponía en descubierto a los actores domésticos de la trágica farsa internacional. Así fué como sobrevino la primera tentativa de asesinato con ametralladora, capitaneada por un pintor desafortunado y bravucón, en la que murió víctima de su deber uno de los guardias de Trotsky. Afortunadamente, los sicarios de Stalin fracasaron esta vez en su objetivo mayor. Mas el padre "genial" de los "ingenieros del alma" siguiendo la táctica del caballo de Troya, preconizada por su altoparlante búlgaro, tenía ya destacado en Coyoacán a

otro vengador, contrabandista de oficio. Y a los tres meses del primer atentado, Trotsky cayó en su propio estudio al golpe criminal de un zapapico alpino. El corresponsal de Cristo en México se apresuró a lavarse las manos como Pilatos. Los diarios de Moscú y aquéllos que están a sus órdenes, dentro y fuera de Rusia, dieron la noticia en siete líneas injuriosas. Pero el Presidente Cárdenas tuvo el valor de calificar justicieramente a los instigadores más próximos del crimen. El pintor de marras que se había escondido, fué encarcelado; y sus cómplices morales y materiales, que siempre estuvieron *al servicio* de algo o de alguien, se volvieron contra Cárdenas con la misma impudicia con que habían adulado antes a Roosevelt. (Estos periodistas alquilones a quienes durante los últimos años les iba el mendrugo en el insulto a Trotsky, esperan hoy nuevamente todo del anti-imperialismo que hasta ayer apañaron, prestando a Roosevelt las barbas de Whitman...).

En otro lugar he recordado las siguientes palabras de Marx a Engels, lamentando la muerte del joven poeta socialista Jorge Weerth en La Habana el año 1863: "Sabemos qué papel juega la necedad en las revoluciones y cómo las explotan los sinvergüenzas". La rusa, que es el eslabón más débil de las mismas, aunque no el menos importante en la cadena internacional, no ha podido escapar a la cortesanía de los pelafutanes.

Cuanto a los grandes duques de la literatura, que también los hay en el destierro, muchos prefirieron colocarse por encima del bien y del mal... So pretexto de que Trotsky en el lugar de Stalin habría incurrido en los mismos excesos, reducían su método crítico a una mera cuestión personal, ajena a su elevado punto de vista. *Si la nariz de Cleopatra*... argüían con liviana erudición los más profundos. Y uno de ellos, Feuchtwanger, el autor del equívoco "Judío Süß" escribía literalmente: "Si Alcibiades recurrió a los persas, ¿por qué no Trotsky a los fascistas?"

El hecho concreto para no salir del campo de las letras, de que después de la muerte apresurada de Gorki el mundo no es-

cuchara ninguna otra voz rusa en las letras, nada parecía decirles a estos voluntarios substitutos. Al contrario, hasta justificaban por esto el odio a muerte de Stalin por Trotsky (1). La lucha titánica del último sobreviviente de una generación revolucionaria que había conmovido al mundo, debatiéndose sólo contra una burguesía capaz de aliarse a los tiranos más sanguinarios para salvar sus dividendos no era bastante valiosa a los ojos de tales filisteos. Así el crimen pudo incubarse entre la indiferencia de unos y la cobardía de otros, sin más trabas que unas cuantas protestas ahogadas por el estrépito de la baja organizada en centro de propaganda demagógica.

El cambio de frente operado en la política internacional con la firma del pacto nazi-soviético precipitó a no caber duda la crisis definitiva del mundo burgués y de sus aprovechadores de toda índole; pero no fué su causa. Aquellos barros trajeron estos lodos.

Cuando Alemania invadió Polonia y el Ejército Rojo entró por su lado a ocupar la parte oriental del país vencido, Trotsky escribió uno de sus mejores ensayos polémicos bajo el título de "La U.R.S.S. en la guerra" que, con su frío análisis, ha desconcertado no sólo a sus adversarios sino también a algunos de sus seguidores. En dicho artículo, Trotsky prometía tratar en uno especial de la interrelación existente entre la clase obrera y su dirección. No llegó a escribirlo; pero, según su costumbre, dijo de paso lo más indispensable en el mismo artículo. Dos años antes había expresado ya en su carta a la *Partisan Review*: "La verdadera crisis de la civilización es sobre todo la crisis de la dirección revolucionaria". Y en unas notas póstumas sobre la tragedia española, dejó esbozado una vez más el tema en forma práctica. Sin duda, Trotsky tenía aún mucho que añadir al margen de

(1) "Sí, Stalin debe odiar a Trotsky, primero porque todo su ser está en permanente contradicción con él, y luego porque ese hombre, Trotsky, pone en peligro la obra de Stalin en todo lo que dice, escribe, hace, hasta simplemente con el hecho de existir". Lion Feuchtwanger, "Moscú, 1937".

la *débâcle* francesa, pues nadie como él asumía la responsabilidad de ser el intérprete de la clase trabajadora en el despeñadero a que la había conducido la política de Stalin y los "grandes demócratas". Por eso, desde el arribo de Hitler al poder, cuyo "nacionalsocialismo" fué el primero en explicar profundamente el maestro se superaba en cada estudio salido de su pluma, afinándose como un artista en la pintura exacta de la realidad internacional. Con razón el historiador alemán Arturo Rosenberg señalaba en Trotsky "el más grande escritor político de nuestro tiempo". Lo era, en efecto, desde 1905, el año en que expuso su audaz teoría de "la revolución permanente", comprobada de hecho por él mismo en los primeros puestos de combate en 1917 y aceptada en forma oficial por la U.R.S.S. hasta la muerte de Lenin. Que Trotsky la defendiera día a día con riesgo de su vida, como siempre, mientras algunos de sus antiguos compañeros se cubrían de ignominia entregándose a la burocracia, y otros, entre los posteriores, desertaban hacia un más allá metafísico, no hace más que confirmar la perfecta unidad de su acción con su pensamiento.

En verdad, Trotsky no perdió nunca el poder, pues aunque a destiempo era seguido en la misma Rusia. Durante los últimos diez años la política de Stalin giró alrededor del "trotskysmo" tantas veces liquidado y siempre vivo.

Los escritores que abierta o secretamente admiraban el genio literario de Trotsky no supieron—salvo raras excepciones—ver en el gran desterrado más que un símbolo en ocasiones contrario a su vana tarea *mediadora* de pendolistas a la oreja de algún ministro amigo. Un caso típico nos lo ofrece el asustadizo embajador de la burguesía francesa en Berlín al decirle a Hitler la víspera del estallido de la nueva guerra imperialista:

—"Pero Stalin jugó doble. El verdadero vencedor será Trotsky".

A lo que Hitler no pudo menos que responder como desconciándolo:

—“Ya lo sé”.

Inaudito diálogo, registrado a la letra en el “Libro Amarillo” del gobierno de Daladier, a quien Romain Rolland acabó por llamar: *mon Premier*, y que Trotsky ha comentado con su agudeza característica en una sola frase:

“Estos caballeros gustan dar un nombre personal al espectro de la Revolución”.

En efecto, durante los últimos años nadie la estudió en los países “democráticos”, donde ya ni se hablaba de ella, tanto como Trotsky que la encarnaba a través de su vida y de su obra como ningún otro hombre de su tiempo.

No es el caso de pasar revista en estas páginas al arsenal de ideas desarrolladas por Trotsky en más de veinte volúmenes, sin contar sus innumerables folletos, mientras era perseguido por el mismo enemigo implacable que se ensañaba con sus familiares y colaboradores más cercanos. Algo por el estilo he intentado hacer en un artículo del *Repertorio Americano* con motivo del sexagésimo aniversario del nacimiento del maestro. Quizá no tarde ya en aparecer todo refundido en mi libro, “De Heine a Trotsky”. Ahora no es posible aun la síntesis definitiva.

El poeta Marcel Martinet concluye sus recuerdos de Trotsky en París (1), evocando un cuento corto titulado “La familia Declerc” que el joven revolucionario había escrito al comienzo de la primera conflagración, en Sèvres, para mostrar hasta dónde Trotsky era “capaz de sentir y expresar el dolor de los hombres y mujeres molidos por la guerra imperialista”. Siguiendo su ejemplo voy a poner fin a estas notas con una simple alusión al breve artículo que Trotsky escribiera sobre aquel pobre chico judío de Polonia, llamado Grynszpan, que en su desesperación mató a un funcionario nazi en París. Como cualquiera de sus máximos ensayos desde “La lucha de clases en Francia” hasta “El pensamiento vivo de Marx”, pasando por “Su moral y la

(1) Ver el número 7 de BABEL.

nuestra” esta rápida acotación revela el genuino sentimiento de Trotsky ante la vida.

El día que una nueva juventud soviética—libre de la tiranía stalinista que le fué impuesta a sus padres a costa de interminables purgas y depuraciones “trotskystas”—descubra en su propio idioma la herencia espiritual que Trotsky ha dejado en el destierro para llevar adelante la Revolución de Octubre, su nombre volverá a ocupar también en Rusia el lugar que le corresponde junto a Lenin en la historia del mundo, a pesar de todos los escritores de éxito que ayudaron a la G.P.U. en su infame campaña de falsificación y exterminio.

Luis Franco

VIDA Y MUERTE DE TROTSKY

LECTOR: Intento aquí una urgida reseña de la vida seguramente más interesante de nuestro siglo: una vida de pensador, llena de la pasión dramática de las vidas más heroicas, una vida de profeta que tiene el prodigioso movimiento de las grandes biografías aventureras.

En un punto sur de la estepa rusa, el inacabable paraíso del trigo, la lana y la nieve, nace el niño León Bronstein, treinta y ocho años justos antes del día inaugural de la Revolución rusa. Ianovka es un rincón perdido entre las distancias inmensas y la falta de caminos; los Bronstein, un matrimonio de pequeños burgueses rurales más o menos acomodados o en vías de estarlo. El padre, con algunos centenares de hectáreas propias y alquiladas a un coronel zarista, regentea su establecimiento según los métodos de explotación antiguos. Vacas, caballos, puercos, merinos, volatería, y, sobre todo, granos. La casa primitiva es rústica y de techo de paja, con gorriones anidados bajo el alero. Lo más rangoso del fundo son un molino a vapor, para el trigo propio y el ajeno, y un taller y tres graneros más o menos colmados de trigo, lino, avena, cebada. La vida no es risueña o blanda ni para los patrones: él trabaja sin descanso en el campo, ella en el molino. Nada digamos de los dependientes y sobre todo de los rebaños de hombres que alquilan sus brazos para las siegas. El patrón, casi analfabeto, es sagaz e infatigable y sabe acrecer su fortuna. Cuando la nieve cubre los campos y bloquea la casa, la actividad del establecimiento se reduce a las del moli-

no y el taller. Salvo un jardín con acacias y rosales, y las cigüeñas que se hospedan en el techo, esta vida campestre carece de detalles idílicos. El pequeño Liova, cansado de huronear los escondrijos del granero detrás de huevos de gallina, prefiere entretenerse en el taller, moviendo el fuelle de la forja, pero sobre todo, observando y admirando a Iván Vassilievich, mago de la mecánica.

Tan chico como es, Liova sabe ya que la cosecha de las mieses, bajo el sol aplastador de la estepa del sur, es una faena de galeotes; y que esos hombres que llegan a veces por centenares, en busca de un trabajo que no les da ni para comer carne, deben llevar una vida no más envidiable que la de los lobos sobre la llanura nevada.

En los departamentos de la servidumbre, en el taller o en las eras, en contacto con los domésticos o los trabajadores, Liova ha oído y aprendido precozmente muchas cosas y adivina que el mundo de los amos y el de los servidores son dos mundos polarmente opuestos pese a todos los disimulos y convenciones.

Cuando la nieve crece como las mareas y se alza casi hasta las ventanas, el pequeño León, imposibilitado de dar un paso más allá del umbral, se ve obligado a hojear revistas y libros. Poco a poco la afición a la lectura—que pronto se volverá necesidad tiránica—comienza a abrir el panorama del mundo al chico de la aldea remota. Un día su hermana lo descubre haciendo... versos!

Antes de cumplir diez años, León Bronstein es estudiante en Odesa. Fuerte en letras y matemáticas sobre todo, es el primero de la clase. No obstante, hay algo en él que no se casa—ni se casará nunca—con la limitación y el convencionalismo pedantesco de las aulas. En el campo se permite paseos de diez leguas a caballo, pero en la ciudad es todo labor y disciplina. Su sed de lectura se vuelve implacable. Los próceres de las letras y las artes son para él los reyes del mundo; la sola palabra *escritor*, le suena como bajando de una altura inaccesible.

Un día, casi todos los alumnos de su curso juegan una broma irreverente a un profesor de alma de polizonte. Junto con los otros, León (denunciado por el mismo condiscípulo a quien quiso proteger contra la prepotencia profesoral) es expulsado, pese a su calidad de primero de la clase. Más tarde, por una protesta justísima, se ve castigado de nuevo.

Mocito ya, su sensibilidad se profundiza a medida que su conciencia se aclara. Un día ha oído al segador Mutuzok unas duras, pero no injustas palabras contra los patrones; otro día lo deja largamente herido la presencia de la madre de uno de los pastores, estatua viva de la miseria y la resignación. (Un vehemente espíritu de humanidad y equidad lo trabaja ya, sin que él lo sepa o apenas). Una tarde, al entrar en su casa, asiste a una escena vulgar y desgarrante: su padre—que no es mejor ni peor que cualquier otro propietario de la santa Rusia—cambia amargas palabras con un mujik de pies desnudos cuya vaca ha hecho daño en los trigales del patrón. León, conmovido del modo más extraño, se arroja sobre su lecho a llorar perdidamente, sin que sus padres puedan averiguar la causa, aunque la sospechan.

Sí, tanto en la ciudad como en la campaña, ha sentido o presentado que las gentes se mueven hacia una finalidad única; la de enriquecerse. Y que entre ellas hay una carencia terrible de imaginación y de invención frente al hecho, a la costumbre, a la idea heredada.

Y León ha sentido hasta lo más profundo, que su corazón estaba en otra parte. El ambiente creado por los mejores que lo rodean, no sobrepasa mucho todo aquello: espíritu liberal moderado, a base de filantropía: "vagas simpatías por el socialismo, matizadas de tolstoísmo". No importa, ese germen de no conformismo prenderá hondamente en su sensibilidad y en su mente, y un día la dialéctica y el contacto con la vida obrera vendrán a fecundarlo del modo más glorioso.

En los años de 1860-70, Rusia inicia el despertar de su con-

ciencia. En la década que sigue, los intelectuales se acercan al pueblo y la dinamita se encarga de expresar las protestas contra el oprobio. Siguen años de desilusión, de pesimismo, de palinodias. Hasta que una serie de huelgas proletarias calienta la sangre y las ideas, y la brújula de Marx viene a enseñar el derrotero.

Esa brújula cayó en manos del joven Bronstein a los 17 años. Ella y el contacto con algunos ex deportados hicieron fracasar al estudiante modelo y madurar al revolucionario. En efecto, sus vacilaciones entre la ingeniería y la Revolución, terminan decidiéndolo por ésta. ¿Qué ello significará la renuncia a los subsidios de la familia? Desde luego, inútilmente su padre trata de volverlo al camino de la cordura y la conveniencia propia. Como a muchos de sus compañeros, a Leo Davidovich le interesan mucho más los problemas políticos y sociales de Europa que su suerte personal, o sólo le interesa ésta en función de aquéllos.

Por intermedio de un jardinero que lee alemán y conoce a los clásicos, entra en contacto con las gentes y las ideas prohibidas. Muy pronto su perspicacia adivina esto: *entre las charlas en torno a una taza de té y una organización revolucionaria hay un abismo*. Se liga, pues, personalmente, a los proletarios de Nicolayev, juramentándose con un compañero a no esconderse en caso de peligro a fin de que "los gendarmes no pudieran enrostrar a los obreros que sus dirigentes los abandonaban". (¡Porque obreros que tienen nietos, escuchan, como si viniera de un padre, la palabra del adolescente de 17 años!). Entre tanto estudia insaciablemente, rabiosamente, día y noche. Circulación de literatura disolvente traída del extranjero; un ejemplar manuscrito del genésico y evangélico *Manifiesto comunista* pasando de mano en mano entre millares; escritura y difusión de proclamas y artículos propios; discusiones y conferencias más o menos clandestinas, todo ello rematando en dos años de cárcel en Nicolayev (aquí, interrumpido por los pio-

jos, compone una canción de guerra proletaria) y Kherson y Odesa, y en una deportación a Siberia: años aprovechados por el atlético estudiante no sólo para intimar con el purpúreo pensamiento de Marx y Engels, sino para acumular cuantiosamente una masa de conocimientos convertida por él en espléndida panoplia.

Lo que sigue, y comienza en el siglo, son cuarenta años de una de las vidas más caudalosas, tempestuosas, irisadas, sufridas, intensas, multiformes, multánimes, titánicas de dolor y de triunfo, que conoce la historia.

Se casa en la cárcel con una compañera nada indigna de él; en el destierro, donde tantos se doblan hacia el anarquismo, el alcoholismo o el suicidio, él se hace de su voluntad un acero de temple infalible; entre fanáticos o ascetas del conocimiento, él estudia y comenta ardientemente a Ibsen, Nietzsche, Maupassant, Andreief; entre liberales blandujos o anarquistas explosivos, pero miopes, o marxistas sin revolución, él siente que el marxismo es una inédita concepción del mundo y estima la dialéctica, como artefacto bélico, muy por encima de cualquiera salido de los arsenales prusianos; escapado de su primera deportación (¡no tiene carne ni espíritu para conserva!) regresa con la Iliada bajo el brazo y un pasaporte donde Leo Davidovich Bronstein se llama Trotsky; inducido por los emigrados en Occidente, cruza la frontera y Zurich y París hasta Londres, donde están las cabezas de la Rusia irredenta; entrevé que frente al maestro Plejanov, gran teórico, pero no mucho más que eso, y Martov, de cualidades excelentes, pero sin la dureza indispensable, y Axelrod, ya con la carcoma liberal adentro, el único revolucionario integral, esto es auténtico, es Nicolás Lenin: cabeza profunda, corazón profundo, una bendita astucia y la voluntad de combate del *bulldog*; pese a su gran juventud y por empeños de Lenin, lo ascienden a miembro de la redacción

de la *Iskra*, el gran órgano de combate de la Rusia más rebelde; viene el congreso de los social-demócratas rusos (creyentes del método revolucionario frente a los reformistas de izquierda y derecha) y la escisión: los *mencheviques*, con Martov, partidarios de la amplitud y la tolerancia y los *bolcheviques*, con Lenin, del centralismo férreo y la selección rigurosa hasta quedar con profesionales de la revolución: Trotsky es demasiado joven y no viendo claro que en el camino hacia una gran meta hay *el deber* de ser implacable con todo lo que obstruya, se pone aparte y en nombre de la unidad partidaria ataca a Lenin, cuyo crecimiento, hasta lograr la estatura de un jefe irremplazable, no se le evidencia sino después; pero la derrota del zar por los japoneses y las grandes huelgas obreras que siguen plantean las cuestiones fundamentales de la revolución de modo concreto y agudísimo: vuelto a San Petersburgo, Trotsky ve la victoria de la revolución en la conquista del poder por el proletariado con ayuda de los campesinos, o solo, y ve que los seudolíderes bolcheviques nada atinan cuando Lenin les falta, y como los mencheviques se vuelven contra el soviét, él se vuelve contra los mencheviques, y escalando a la presidencia del soviét de diputados obreros, se convierte en su alma (al grado que todas sus resoluciones las redacta su pluma) movilizándolo a toda la masa obrera de la metrópoli como un solo hombre: y así, venido Lenin, lo aprueba sin reservas; a los veintiséis años, pues, Trotsky posee no sólo un seguro equipo doctrinario, sino que se revela un hombre de acción junto con un poder magnético temible; fracasa la revolución, Lenin desaparece, y Trotsky, que ha roto el manifiesto del zar ante la multitud, arrojando sus pedazos al viento, va a la cárcel, convirtiéndola en su taller de escritor: "aquí puedo trabajar bien, dice con su sonrisa más filosa, sin temor... a que vengan a arrestarme", y tan es verdad que allí comienza a madurar su teoría de la revolución permanente, que no es sino el más puro Marx: "no dejarse engañar ni por un momento por las frases hipócritas de la democracia pequeño-bur-

guesa con las cuales quiere contener la organización independiente del proletariado: la revolución permanente, éste deberá ser su grito de guerra"; de su defensa en el proceso hace cátedra de pensamiento y táctica libertadores con tanta eficacia (su padre está "feliz y abatido" a la vez y su madre llora de emoción, de admiración y esperanza") que la audiencia debe suspenderse y todo termina con un destierro perpetuo a Obdorsk, muy encima del círculo polar; "cada día descendemos un pedazo más en el reino del frío y la salvajez", pero antes de cumplir la última etapa, Trotsky la interrumpe con la más audaz y romancesca de las fugas, (optando a los trabajos forzados a perpetuidad!) con setecientos kilómetros de galope de reno sobre la nieve y el regreso en tren a Piter... donde sus amigos lo ven aparecer como un resucitado; diez años odiseicos siguen, a cuyo cabo el nómada formidable, como el otro, sabrá que ninguna atadura doméstica pudo manear su destino, nada

*Vincer potero dentro a me l'ardore
Ch-ì'ebbi a devenir del mondo esperto
E degli vizi umani e del valore.*

Una década de errancias, jaqueado por la fiebre de conocer y trascender los libros, los hombres, los acontecimientos: los errores, las cobardías, los equívocos, las cegueras, los desengaños, las ilusiones suicidas, y también la inteligencia y el coraje: a través de Francia, Austria, Bulgaria, Alemania, España, América, conspirando en todas partes contra el despotismo del lugar común y la mentira canonizada, invitado en todos lados a cambiar de residencia...; la gran guerra, con su trogloditismo y su forzado coraje rebañego, con su horror físico y sobre todo espiritual: el repugnante fariseísmo patriótico de las clases dirigentes, junto a lo que es peor: la claudicación y abyección lacayuna de los socialistas angélicos y de los académicos del marxismo; la pobreza deviniendo miseria a ratos, junto a su admi-

nable mujer, y sus pobres hijos, con el embargo del escaso ajuar doméstico en garantía del alquiler impago y la venta, en los días más negros, de lo único que tiene: una ringlera de libros; junto a la siembra del evangelio revolucionario, tan imperativo y normal como la respiración, la necesidad no menos vital del estudio, se trate de los clásicos europeos o de la dialéctica, de los verbos españoles en Cádiz, o de la economía yanqui, en Nueva York; el "Nuevo Mundo" "tan envejecido", donde pronto se convierte en la pesadilla de los Babbits del socialismo yanqui, "la parte más podrida del mundo contra el cual he luchado y lucho"; la noticia de la revolución en Rusia y el viaje hacia ella y la exquisita muestra del democratismo británico, metiéndolo a él y sus compañeros en un campo de concentración canadiense, donde el futuro dueño de Rusia no rehuye el barrer pisos y pelar papas, mientras aclara la conciencia de los marineros germanos contra sus propios oficiales; antes de llegar a Petrogrado, lo reciben los delegados del Comité Central Bolchevique, y ya su posición está fijada: con los bolcheviques, contra los mencheviques y populistas; por cierto que Kerensky es una de las tantas encarnaciones más o menos perfectas de la democracia de los mandarines, esto es, patrióticamente dispuesto a vivir el derecho y la justicia mientras cumple su honorable función de gendarme o verdugo al servicio del privilegio: y ha puesto fuera de la ley (¡bajo la inculpación de ser agentes asalariados del kaiser!) a los que quieren que ese derecho y esa justicia pasen de los carteles a la realidad; Trotsky preso, Lenin escondido, los *junkers* y cosacos en acción...; pero Kornilov se acerca y Trotsky sale excarcelado no sólo para convertirse en "el más extraordinario tribuno del pueblo" (Bujarin), sino para revelarse entre todos como "el único que no ha perdido la cabeza" (Muralov) y cerrar, bajo el peligro más agudo. ("Ahora nos van a fusilar a todos", decía Lenin), su alianza con los bolcheviques momentáneamente sin jefe; y sobre todo, para ser el único revolucionario que coincida con Lenin en la necesidad y posibilidad de la

toma del poder por el proletariado bolchevique: eso, contra todos los otros jefes del partido: Lunacharsky, con su semipaliodia de julio; Stalin, que hace lo posible por pasar inadvertido; Kamenev, Zinoviev, Rikov y los otros que consideran aquello una temeridad suicida: "nadie cree en la revolución bolchevique fuera de los obreros y soldados y Lenin y Trotsky" (John Reed); Trotsky que ejecuta moralmente a Kerensky y logra inclinar la mayoría del Soviet en favor de los bolcheviques, Trotsky, presidente del soviet de Petrogrado por derecho indisputable; Trotsky, alma del Comité de Guerra Revolucionario, que dirige día y noche, hora a hora, durante una semana, el avance de la revolución proletaria, casi sin comer y sin dormir, o dormitando vestido, con infalibles golpes de ojo y mano y "cargado de energía como una botella de Leyden" (Lunacharsky); Trotsky, que cuando Lenin se presenta en el Smolny, le entrega la revolución, la mayor revolución de la historia, ya hecha, y con Kerensky enjaulado en el Palacio de Invierno; Trotsky es, pues, este varón lleno de invención y sorpresas, como la vida misma, pues, como todo hombre verdaderamente espiritual, considera "el pensamiento como una cosa a conquistar, no a repetir": su estatura, su esbeltez llegando a lo tieso, su alta frente, pueden dar de entrada, la impresión de una torre de combate, aunque es lo menos arquitectural que pueda darse, tratándose de un hombre soberanamente vivo, con una irradiación tentacular, de inteligencia, energía y pasión polarizada en la voz, esa voz con "un total dominio de lo que dice" (Malraux) y en el relumbre de los ojos "que no vi sino en ellos" (Martinet); pero la toma del poder no es más que el umbral de la revolución y al día siguiente comienza para el binomio *Lenin-Trotsky* (muchos creen que se trata de un solo hombre) el cuatrienio de una faena titánica: echar, escombrando un mundo en ruinas, los cimientos de otro, cosa no vista en la historia, sin amos ni siervos; pero la revolución tiene enemigos insobornables dentro de Rusia, en la arena mundial, el frente único de la regresión y la servidum-

bre: y mientras Lenin en el centro controla o rige los movimientos generales del gran avance, Trotsky, que ha roto los tratados secretos de la ex Rusia, se enfrenta a la rampante y envolvente diplomacia burguesa, devolviendo golpe por golpe, cuando no dos por uno y convierte las pláticas de Brest-Litovsk ("contagiaremos a cuantos se nos acerquen") en cátedra del verbo revolucionario; y mientras crece inmensamente la marea de todas las fuerzas hostiles (zaristas, liberales, socialistas-revolucionarios, mencheviques, polacos, austro-alemanes, anglo-franceses, yanquis) comprimiendo y reduciendo a la Rusia roja a los antiguos límites del Gran Ducado de Moscovia, y Kazán y Nijni Novgorod caen y con ello Moscú queda a unas cuantas jornadas por un camino casi inerme, León Trotsky, Comisario de Guerra, acomete una tarea prodigiosa: "barrer a fondo los restos del antiguo ejército, y crear con ellos, bajo el fuego del enemigo, uno nuevo cuyo esquema no podía encontrarse en ningún lado"; no es ya un hombre, sino cien; objeta a los generales de escuela sus planes militares modificándolos o trazando otros; inventa tácticas de eficacia insospechable; pone detrás de los imprescindibles ex oficiales del zar, revolucionarios probados; imanta y electriza con su palabra o su simple presencia, a las tropas más desmoronadas, esgrimiendo, como los dos filos de una espada, el trabajo político y el militar, y constreñido a desplegar la lucha sobre catorce frentes desmesurados, se vuelve sencillamente ubicuo sobre su tren de guerra que recorre en treinta meses una distancia superior a cinco veces la cintura del globo, presentándose doquier siempre como una canción de victoria: todo ello, mientras escribe y publica en el tren su periódico *En Marcha*, lee y estudia sin descanso, polemiza marcando a fuego a los plácidos judas del marxismo internacional, dicta libros fatigando a tres estenógrafos, aparece de rondón en Moscú interviniendo decisivamente en todas las cuestiones decisivas del Soviet, el congreso o los mítines: todo ello hasta que el fierro bolchevique rechaza a casi toda la Europa capitalista, remata su

triumfo con la salvación de la pavorizada y casi perdida Petrogrado ("Sacudid el miedo, muchachos: el camarada Trotsky es quien nos guía!") sin contar la meteórica campaña sobre Polonia, que el mismo Foch consideró inaudita. "Mostradme, dijo Lenin, golpeando la mesa con el puño, algún otro capaz de organizar como él un ejército casi modelo y aun conquistar el respeto de los especialistas militares. A ese hombre tenemos y con él lo que nos hace falta..." (Gorky); ¿y después?, que en el camino de avanzar del régimen capitalista hacia la sociedad socialista se ofrecen formidables rémoras, derivadas, unas, de las menguas económicas y sociales del enorme e informe mundo ruso, otras del fracaso de la revolución en el resto de Europa, esto es, la universal agresión capitalista: "La máquina (el estado obrero) no va hacia donde nosotros la guiamos sino hacia donde la guían misteriosos especuladores privados" (Lenin). Mas si las concesiones transitorias eran necesidades inevitables, no lo eran menos las de ir substituyendo, pese a todo, las actividades del capital privado por la del estado obrero (hasta poder comenzar a prescindir de este mismo, pues el estado es sólo expresión de la lucha de clases) y la de *internacionalizar la revolución proletaria* so pena de extinción a breve plazo, pues sólo un espíritu irremediamente provinciano podía soñar con el socialismo en un solo país; y cuando el grandioso experimento ruso precisa más que nunca de una directiva acatada, de inteligencia y dirección heroicas, a fin de salvar intacta la orientación revolucionaria en el estrecho lleno de escollos de las concesiones forzosas, muere Lenin; mientras aprovechándose de su enfermedad y *sobre todo del reflujo de la marea revolucionaria*, el secretario Stalin y Kamenev y Zinoviev (revolucionarios a remolque, como vimos, y en el fondo, filisteos de gran estilo) concentran un poder político enorme enderezado a ir reemplazando la dictadura proletaria por una de funcionarios, y terminando, como es natural, por la necesidad de deshacerse del hombre que encarna como ninguno el espíritu de la revolución: por otra

parte, es la alianza de todos los resentidos y segundones contra el triunfador excesivo, el frente unido de los enanos contra el gigante impar; la reacción termidoriana llega a extremo de que sus jefes se rebajan a discípulos de Kerensky, que inventó lo de Lenin contrarrevolucionario y alquilón del kaiser: ¡Trotsky resulta contrarrevolucionario primero y más tarde agente de Alemania!; el hombre demasiado alto, directo, vehemente, para querer o poder entrar en competencia con la baja, enrevesada y paciente astucia del pilatuno jefe de ojos amarillos y alma amarilla, el hombre con cuyo destierro a la isla de Prinkipo, después, se manchan para siempre los sepultureros de la Revolución, se encarga de evidenciar, sin quererlo, la muy insigne abyección de los patrias burgueses: no habrá derecho de gentes, no habrá asilo en la anchura de la tierra para el hombre que con Lenin, empujó al mayor de los pueblos de la servidumbre a la dignidad, esperanza de millones de almas, que lleva sobre sus hombros una de las cabezas más claras del siglo, y en su lengua el verbo de los mejores varones de Israel; pero ocurre que en el destierro Trotsky no hace más que crecer, hasta completar la parábola prodigiosa de su personalidad: la de un caudillo mayor de la inteligencia, con su pedestal de libros capitales; la de un luchador de tal pureza heroica que nunca supo lo que es aflojar el arco; la del forjador de una conducta *aere perennius*; todo conjugándose así en la figura más entera de nuestros tiempos; y el hecho de que el faraónico régimen staliniano haya gestionado tan incansablemente la muerte corporal del hombre, aun desterrado de toda la tierra, como estaba, implica el más profundo reconocimiento—tan siniestro y bajuno, como es—de su insufrible grandeza...

Remiro este premioso esquema biográfico, y noto que, sin duda, lo más profundo del acontecimiento humano que es León Trotsky, apenas queda aludido. Imposible tratar de remediar

B A B E L

ahora esa falla, pero quizá consignent siquiera algo de lo más indispensable, los siguientes versos escritos hace cinco años:

*Una certeza fortalecida en la gimnasia de todas las dudas
hasta dominar el vértigo de abismos y sepulcros
y una serenidad más ancha que el ademán de las banderas y
eso opones a la ceguera y al odio, [los sembradores,
tú, cuya biografía comienza a ser levadura del mundo
y cuyo solo nombre imanta lo que hay de fierro en nosotros.*

*Domicilio de honor te fué la cárcel,
como ya es el destierro tu patria de adopción,
(Te recuerdo en Nicolaiev custodiado por los piojos,
tú, dandy de ademanes perfectos;
recuerdo tu casi astronómica fuga desde un arrabal del polo
a través de la nieve sin ribera como la sombra;
(casi oigo el resuello cansado de los renos incansables)
te recuerdo en Alma Ata, mazmorra de cristal,
con fríos que buscaban coparte esa alma que descongela los miedos.
Pero qué pobre cosa estas patrias para diplomáticos y pedicuros,
ellas que así tiritan de tu sola vecindad, ahora.*

*Amigo profundo de los hombres,
eres como un recién venido de la mar
entre mediterráneos que nunca oyeron hablar de ella
con tu saber de sol que hace fluir las verdades heladas,
con tu pasión que hace trampolín de cada obstáculo.
Donde tú entras los relojes apresuran la marcha.*

*Se quemaron las naves del pasado sobre las playas vírgenes del
cuando amaneció Octubre para siempre, [alba,
y el sol descendía a través de todos los cerros.
Una vasta esperanza comenzaba ya a colonizar el futuro.*

B A B E L

*Al fin de una preñez dolorosamente larga
las masas daban a luz una época nueva.
Natchalo! Novaia Jizn! Natchalo!
Y tus jornadas eran de veinticuatro horas cabales,
Lev Davidovich.
Contra toda la herrumbre y el fierro de Europa
sobre catorce frentes se combatió después,
y un tren fantasma que aventó doscientos mil kilómetros
era tu ferrado caballo de pelea,
capitán.*

*Pero la vida es breve y la guerra es larga.
Sabes que somos un vaivén en marcha
entre la conservación y la invención;
sabes de la sirena llamada Costumbre
cuyo encanto es la muerte de la audacia y el mañana.*

*La vida no es remanso
sino río en marcha.
El único dios que no abdicó aún se nombra Comienzo.
Por eso tu ciencia y tu voluntad se llaman Revolución.*

*Es verdad,
como un árbol primaveral se conmueve la humanidad sufrida.
(Todos los siglos podridos son su abono).
Los pueblos van a colgar sus recuerdos inservibles,
y echar a la basura como zapatos rotos
sus creencias de ayer y de anteayer.
El filo del alba está segando todos los sueños del miedo.
Los pueblos van a mudar todas sus plumas viejas.
Inútil el cordón sanitario de los gritos de alerta
o de amenaza:
la Revolución no reconoce fronteras al igual de la brisa.*

B A B E L

La razón no es el jardín de invierno,
sino el intenso verano del hombre.
Están los días blancos con sus terribles yemas.
Razón, claro silbido de ayuda
en el cruce del oscuro callejón del ser.

¡Qué nocturno es el hombre! Pero su amanecer definitivo se
De las iglesias a los códigos [acerca.
todos los becerros de oro y estiércol,
todos los dioses panzudos e hipócritas se irán.
Serán los servidores del hombre o tendrán que irse.

No lo creen los que engordan con la sanies llamada provecho.
ni los que suponen a la vida corona de adormideras.

Con el perro dinero el perro hambre será desterrado.
Las fábricas no serán los templos
donde obesos sacrificadores
alimentan con carne y espíritu de hombre el ídolo máquina.
La propiedad no expropiará al hombre.

La higiene abolirá un día
esos holocaustos malolientes que son las guerras
las que dejan sin pulso o sin figura a los mozos de veinte años
para hacer del mundo un hospital cuidado por viejos.

Pero tú sabes, adelantado de todo lo nuestro,
que lo moribundo debe morir,
que lo muerto debe ser enterrado.
¿No inocula el futuro gérmenes en el flanco de todas las muertes?
Que las guerras morirán en la guerra creadora, la nuestra,
la que desuncirá las manos y las mentes,
Libertador.

B A B E L

Pero es sabiduría vedada
ésa que tu acrisolas y vives, como ninguno aun,
hombre vertical entre todos,
con el coraje del amanecer,
y el más arduo, el de media noche, que espanta a los fantasmas.
Y por ello no hay tierra firme, para ti, navegante,
por ello eres el varón más solitario del mundo,
tú, viento que alza el amargo oleaje de las ansias en vela.

Todo lo que es oblicuo te odia,
todo lo que huele a cucarachas y moho,
y los que viven entre su corbata y su reloj,
y los que arrodillan el espíritu, como el camello, para el fardo:
mientras tú, contemporáneo de lo que nacerá un día,
dices adiós al pasado con una mano
e inauguras con la diestra el porvenir hasta lo más distante.

Tú, el ferviente,
confías en que podrán ser redimidas en la luz las herencias de
tienes fe en el que ha de suceder por fin [lo subterráneo;
a los dioses que sacara de sus costados un día:
el hombre hecho de profundidad terrible y sal de permanencia
Domesticador del mundo ya, [como el océano.
el hijo de la mujer es todavía
la fiera del circo de sí mismo.

Mas la economía, esfinge del mal de ojo,
será entendida al fin;
la Necesidad entreabrirá como un capullo sus puños de piedra,
y para el nuevo crecimiento del hombre,
una matinal armonía será descubierta.
Esa es tu fe y la mía, camarada

Ernesto Montenegro

TROTSKY, MAESTRO DE CONCIENCIAS

Por los mismos días del asesinato de Trotsky, los diarios contaron un caso ocurrido en un pueblecito de este país, y que si bien era presentado como algo bizarro, me hizo pensar una vez más en el héroe muerto. Un hombre ya viejo y pobremente vestido salió muy de mañana a la calle, llevando una escoba, y se puso a barrerla de un cabo a otro. Cuando le preguntaron por qué hacía eso, respondió sencillamente:

—Yo soy un extranjero, de Praga, y me hallo sin empleo. América (Estados Unidos) no me deja morir de hambre y me pasa un socorro mensual. Yo quiero corresponder, pues, a la generosidad de este país, y no hallando otra manera de ser útil, me pongo a limpiar la calle.

Estoy seguro que, de haber presenciado esa simple escena, que a muchos parecería grotesca o cuando más divertida, el gran corazón de Trotsky se hubiese emocionado. Habría sonreído y estrechado la mano del viejo, con efusión de camarada. Estaba ante un caso auténtico de esa nobleza innata de ciertas almas que, como la viuda de Nam, están dispuestas a dar a la medida de lo que poseen. Son esas naturalezas en que la conciencia está sana y bien despierta; en quienes la solidaridad humana tiene la fuerza de un instinto superior. Es una manifestación de heroísmo que nos sale al paso cuando nos sentíamos abatidos de sufrir la villanía, el apocamiento o nada más que la inconsciencia del promedio humano, y gracias a la cual volvemos a recobrar la fe y hasta a sentir el orgullo de ser hombres. Lo

mismo ocurre si en una calle populosa vemos a alguien atajar un caballo desbocado, o en un barco un marinero se lanza por la borda a recoger un naufrago, o un médico se condena a morir bajo el bombardeo del radium.

Es la casta sin castas de los grandes espíritus que redimen a la humanidad de su condición servil, del miedo, del egoísmo, de la hipocrecía. Ellos son la sal y la levadura de la vida. Y cuando de la proeza física pasamos a las manifestaciones del valor moral, nuestra admiración es todavía más ferviente, porque el valor moral es aún más heroico, por lo mismo que es menos espontáneo, más deliberado que el acto a menudo reflejo de lanzarse en socorro de un semejante. El heroísmo moral de un Padre Las Casas, de un Cristóbal Colón, de un Trotsky, presupone no solamente el riesgo de la vida, sino también el sacrificio cotidiano de amigos, familia, comodidades corporales, resignación al malentendido del vulgo y a la calumnia de los grupos interesados, y la renuncia constante a eso que los teólogos llaman el respeto humano.

Un hombre, un gran hombre, ve claramente en su conciencia "su" verdad, y ya no puede apartar los ojos de ella. Si es un héroe moral, como el defensor de los indios, identifica esa verdad con su ideal de perfección, y lo llama Dios. Las penalidades, el tormento, son males harto livianos cuando se ha llegado a esa visión del Supremo Bien. Si nuestro héroe persigue una gran verdad objetiva de la ciencia, ni la altanería de los cortesanos, ni la descarada presunción del fraile, ni las noches en un banco de piedra o los días a pan seco, podrán desviarlo de su estrella. Y si enfrentamos un héroe del pensamiento, como en el caso de Trotsky, descubrimos con asombro que para ciertos espíritus muy altos las ideas pueden ser también una pasión exclusiva y absorbente, la pasión de una vida. Y también *su* Pasión, su vía crucis.

En cualquiera de esos casos las marcas distintivas del genio son lo intenso del sentir y lo extenso del predicar. Cualquiera

de nosotros pasa por un arrebato pasional, y mientras éste nos dura hacemos o decimos algo en que hemos puesto nuestra alma entera. Pero únicamente los individuos geniales tienen esa capacidad sobrehumana de vivir todas sus horas como si cada una fuese el último instante de su vida, aquél en que pasado, presente y porvenir se anudan y giran en torno del moribundo con relampagueante clarividencia. La inmensa mayoría de los hombres van como a la deriva, medio ciegos, medio dormidos, ayunos de ideas, con sus pasiones degeneradas en vicios y su sentimiento de lo bueno y lo verdadero y lo justo tan anquilosado como un órgano que dejó de ejercitarse desde la niñez.

En Trotsky todo es claro, firme y rotundo. Sus sesenta años corren rectos tras su misión, sin un desfallecimiento. Su enemigo Stalin le salvó de ver emporcarse su ideal en las componendas y claudicaciones de que, sin embargo, había de ser acusado un día, y en las cuales su rival había de caer realmente años más tarde. La orgullosa vida de Trotsky, ha dicho alguien. Magnífico orgullo ése que sostiene a un hombre por más de veinte años de destierro, y que en la agonía le impulsa a confirmar su fe en el porvenir de la humanidad. Ante su ejemplo, uno no puede dejar de decirse: Puede que el Comunismo de Trotsky no sea "toda" la verdad, puede que su doctrina llegue a ser superada por una fórmula más flexible, que abrace toda la complejidad de la naturaleza humana y los anhelos inefables del espíritu, una sociedad en que el luchador halle ocasión de emplearse en la lucha, el soñador en sus sueños y hasta el místico en su recogimiento ultraterreno. Pero la vida de Trotsky, su pensamiento, su conciencia, alumbrarán el porvenir como una antorcha encendida y chispeante, en que un héroe genial fundió sus experiencias y sus angustias, el fracaso político, sus hijos muertos en rehenes, su errancia por el mundo ante el acoso de sus enemigos, vaciando su pensamiento en palabras recias y bruidas de artista, de apóstol y de pensador.

Nueva York, 12 de octubre de 1940.

Ciro Alegría

PERFIL DE UN REVOLUCIONARIO

El proceso de la revolución rusa continúa abierto y lo estará todavía durante mucho tiempo. No se puede hablar de ella como de la francesa, a la cual la específica naturaleza de sus conquistas y proyecciones, delimitó ya con netos contornos dentro de la historia. Esta revolución del año 17 libra aún su batalla, que será más dura en el momento en que decida campar por el mundo o cuando sus adversarios se le abalancen en un intento de ahogarla.

Creo necesario advertir de primera intención, a fin de que se perciba con claridad el tono exacto de mis palabras, que pertenezco a una generación que abrió los ojos ante el panorama universal cuando la revolución rusa hacía algunos años que elevaba su alta llama en el horizonte. En vano nuestros maestros trataban de sugestionarnos y ganarnos para su causa confiriendo a su revolución, o sea a la francesa, la dignidad de la antorcha. Nosotros no la veíamos o, mejor dicho, queríamos ignorarla. La que nos alumbraba, la *nuestra*, era la rusa. Siguiendo su luz hemos caminado durante largos años. No ha sido un viaje exento de tormentas. Y así, es con tristeza y angustia que ahora pensamos en la muerte de León Trotsky.

Comenzando a escribir sobre él y al estampar la palabra "perfil" en el título, lo hice muy deliberadamente. En verdad, los límites de un artículo de revista resultan demasiado estrechos no digo para analizar sino que tan sólo para explorar los múltiples aspectos de una figura tan rica y poderosa.

Trotsky fué, en vida y obra, un hombre de pensamiento y un hombre de acción y, sobre todo, en la acepción más amplia del término, un revolucionario. Doy a este vocablo su cabal sentido de transformación. Enemigos de izquierda y derecha, en la campaña mundial de desprestigio emprendida contra Trotsky, han querido descalificarlo considerándolo como un hombre capaz de sueños. El expediente es viejo y pueril. La historia muestra que la humanidad llama sueños a las realidades distantes.

No fué un soñador, decididamente. Lo prueban su fuerza dialéctica y su capacidad de acción. El, manejando el método marxista y una vez conseguida la victoria inicial dentro de Rusia, arquitecturó un plan revolucionario factible y cuya eficacia, en todo caso, es imposible negar a menos que se asuma el papel de augur gitano. Antes, enfrentado a la acción, fué factor decisivo en el golpe de estado de octubre—obra maestra de técnica revolucionaria—en la organización del ejército rojo y en las posteriores tareas constructivas.

Su ortodoxia ha sido considerada como falta de *realismo*. Permítaseme apuntar que, dentro del lenguaje revolucionario, *realismo* es una palabra peligrosa. Nadie puede, ciertamente, señalar sus límites y menos precisar el momento justo en que ella comienza a atentar contra el sentido mismo de la revolución. Si se trata, evidentemente, de modificar la realidad, un *realismo* que se ciñe a lo establecido y sirve sus tendencias, no podrá operar con un impulso de veras transformador. Lenin decía: "Si la realidad es contraria a nuestro pensamiento, tanto peor para la realidad". Ya oigo que los *realistas* recuerdan, con un acento de triunfo, a la Nep. Mas la nueva política económica no fué una desviación del espíritu revolucionario. Bien está que la acción inmediata exija, en ocasiones, acelerar o retardar el compás de la marcha, pero las premisas fundamentales no deben ser lesionadas. Así entendió el *realismo* Lenin y así lo entendió Trotsky. Combatiendo por hacer triunfar su concepto, ha vivi-

do una existencia heroica de cuyo mérito está llamado a atestiguar el tiempo.

Ha de considerarse de modo especial su labor de escritor, pues en Trotsky, escribir era también una manera de actuar. No había nada de yerto ni inútilmente especulativo en sus páginas. Dueño de un estilo brillante, con una claridad expositiva y una habilidad polémica realmente extraordinarias, escribir le significaba combatir, atacar, defender, sembrar. En una palabra, actuar. Su pensamiento trabajaba por hacerse acción cada día y es como un símbolo el hecho de que Trotsky haya muerto con el cráneo hendido por un golpe de pica.

Estoy seguro de que, una vez que se acalle la vocinglería, Trotsky surgirá en la historia como un hombre que intervino, con decisión y lucidez, en una gran parte de la jornada del mundo. No es poco decir y más si se considera que ahorro desprestigiados adjetivos.

En la contienda entre Trotsky y Stalin se han dicho muchas palabras inútiles y será muy rara la voz que haya hablado por encima de las necesidades subalternas de una u otra facción. De todos modos, el hecho de que Stalin ganara la partida a Trotsky prueba ya que es un luchador hábil. Con esto no aludo a las cruentas purgas moscovitas que hirieron de mala manera el corazón de los revolucionarios del mundo. Me refiero al tiempo en que ambos se enfrentaron dentro de la misma Rusia y Stalin venció. Pero la prueba de quién tuvo la razón no ha llegado todavía. Es posible que ante ciertas quiebras pequeñoburguesas y socialdemócratas, la idea ortodoxa de Trotsky cobre nueva beligerancia y que, aun sin reconocer que dentro de ella late el espíritu del caído de México, sea llevada a la vanguardia del combate.

Santiago de Chile, 5 de diciembre de 1940.

Manuel Rojas

EL ULTIMO COMBATIENTE

La muerte de León Trotsky pone punto final a la historia del partido bolchevique ruso. Un gran partido muere con el gran hombre que era su último combatiente. Con el partido y con el hombre termina, de una vez y para siempre, en todos sus aspectos vitales inmediatos, el movimiento social y político que ese partido y los hombres que lo formaban promovieron en Rusia y que tanto alcance y trascendencia ha tenido en el mundo. Empezó a declinar con la muerte de Lenin, que trajo como consecuencia el aislamiento y la persecución de Trotsky; muere definitivamente con éste. Definitivamente, porque lo que queda, aquello que en el terreno social y político fué realizado por ese partido y por esos hombres, es un organismo que está muy lejos de esos hombres y de ese partido: un Estado obrero degenerado, como el mismo Trotsky decía.

Menos feliz, en cierto sentido, que Vladimiro Ilich Lenin, que murió a tiempo, o sea, cuando la revolución rusa parecía ser todavía su revolución, el solitario de Coyoacán debió contemplar, durante todos sus años de persecución y de destierro, cómo su obra, a la que dedicó muchos o todos sus años de juventud y madurez, iba siendo—como él mismo lo denunció—traicionada. Esto, sin embargo, doloroso para él, lo agrandó en sí mismo y ante los demás. En este sentido fué más feliz que Lenin. Le sobrevivió para denunciar y fustigar a los que estimó

traidores y para mantener limpia, aunque solitaria, la doctrina que debió regir los destinos de la revolución de Octubre.

Pero la grandeza de León Trotsky no deriva exclusivamente de su condición de miembro de un partido o de organizador y dirigente de una revolución y sería una estupidez querer unir su destino al de esa agrupación de hombres o al de ese acontecimiento. León Trotsky es más grande que cualquiera de esos dos hechos, más grande, en primer lugar, porque los creó o contribuyó a crearlos, y en segundo, porque, mientras el uno, una vez salido de sus manos, degeneró, y el otro se apagó con él mismo, él, en cambio, no hizo sino crecer y afirmar, de modo que podemos estimar eterno, su personalidad. Podrá el Estado obrero degenerado de hoy descender hasta llegar a ser no más que una aldea burocrática idiota y podrá mañana el partido bolchevique, después de frío examen, ser declarado un organismo más bien pernicioso que beneficioso para la causa de la revolución socialista; todo eso podrá suceder. A pesar de eso, y a pesar de muchas cosas más, Trotsky permanecerá. Este hombre no pertenece sólo a la clase obrera, a los partidos revolucionarios o al socialismo. Pertenece a la Humanidad, así como pertenecen ya Lenin, Engels y Carlos Marx.

El porqué de esto es algo que sólo pueden negar los que lo asesinaron y los que aplaudieron o aceptaron su asesinato. Los que tienen las manos y el alma limpias lo reconocen tácitamente.

Como revolucionario, como escritor, como entidad humana, León Trotsky no tiene, dentro de las filas de los militantes del Socialismo, semejante alguno ni lo tendrá en muchos años. Tal vez no lo tendrá nunca ya. Tampoco lo tiene en otros campos. Su profundidad de visión, su certeza de predicción, la honradez de su conducta, su valor moral, mental y físico, su hondo sentido de lo que es el hombre y de lo que debe ser, son cualidades que se dan difícilmente en un solo ser humano. En él se dió todo por junto y con una generosidad ejemplar.

B A B E L

El hombre que lo mató y los hombres que mandaron matarlo no supieron lo que hacían. Al asesinar a Lev Davidovich eliminaron al único hombre que podía haberles dicho cómo podrían ellos sobrevivir.

Edmund Wilson

EL ROL DE TROTSKY EN LA HISTORIA

Los que vimos, en los años recientes, al Estado que Trotsky ayudó a construir, metido en una etapa combinada del sanginario terror de Robespierre con la corrupción y la reacción del Directorio, y al mismo Trotsky figurar dramáticamente en el papel de Graccus Babeuf, podemos sentirnos tentados a concederle cualidades que no poseía y principios que rechazó explícitamente. Hemos visto al sucesor de Lenin empeñarse en una fabulosa falsificación de toda la historia revolucionaria para negar la parte correspondiente a Trotsky, perseguirlo de país en país y aun ensañarse hasta la muerte con sus hijos; acusarlo, por último, en juicios montados, de una vileza histórica, oriental y vulgar, y más degradante para el espíritu humano que la franca perversidad de Iván el Terrible, de todas las traiciones, engaños y desastres que caracterizaron su propia administración, logrando sólo presentar a Trotsky ante el mundo como el acusador de la mala conciencia del mismo Stalin. Como si los arribistas del Soviet en el último decenio fueran incapaces de negar el ideal socialista sin tratar de destruir la autoridad moral del hombre perseguido y solitario. No ha sido, pues, únicamente Trotsky quien ha creado su papel: sus enemigos le dieron una realidad que ninguna autodramatización hubiera podido efectuar. Y mientras el fuego de la Revolución se extinguía en la Unión Soviética a tiempo que los sistemas ideológicos de Occidente entraban asimismo en un estado avanzado de decadencia,

él resplandecía como un verdadero faro, adelantando una larga estela de luz que se extendía por doquier sobre mares y arrecifes.

Pero es preciso ver al hombre dentro de su papel y examinar sus auténticas tendencias y doctrinas.

El niño que desde Odessa vuelve a la granja paterna con sus libros de estudio, sus anteojos flamantes, sus nuevos hábitos de aseo y sus nuevos trajes de la ciudad, se aparta él mismo de sus parientes como una criatura de otro orden. Comprende ya que es superior a ellos y la relación así establecida parece persistir a lo largo de la vida de Trotsky con el ser en general. En *Mi Vida* nos cuenta con el candor que lo diferencia extraordinariamente de las figuras políticas comunes, que sus primeras emociones de "protesta social" tuvieron más bien origen en "la indignación por la injusticia" que en "la simpatía por los de abajo" y "aun cuando mis ideas revolucionarias estaban ya formándose, me sorprendía en una actitud de duda respecto a la acción mediante las masas, dominado por un punto de vista libresco, abstracto y por tanto escéptico de la revolución. Yo tenía que combatir todo esto en mí, pensando, leyendo; pero, sobre todo, experimentando, hasta vencer los elementos de inercia psíquica". Lunacharsky ha escrito—y su opinión está corroborada por otras personas que han conocido a Trotsky—que "una tremenda arrogancia y cierta ineptitud o despreocupación por ser en lo más mínimo cortés y atento con la gente, una carencia de aquel encanto que siempre rodeó a Lenin, condenaron a Trotsky a una relativa soledad". Un rasgo característico de Trotsky es que en cierto artículo sobre un libro de Celine, arguyera, como no lo hubiera hecho ninguno de los otros grandes marxistas, en favor del movimiento revolucionario porque "liberta a la humanidad de la obscura noche del Yo circunscrito".

Sin poseer el don de Lenin para establecer relaciones personales de confianza, ni el astuto sentido político que ha permitido a Stalin montar su máquina y engañar a la opinión pública, Trot-

sky concluyó por encontrarse en la misma posición que ocupaba entre la escisión de 1903 y la revolución de 1905 y desde 1905 hasta la época de su regreso a Rusia en 1917: la de un marxista independiente con algunos seguidores devotos; pero sin un verdadero partido popular detrás suyo. Recién cuando en un momento de crisis es llevado a un puesto de autoridad inquestionable y es libre para actuar por sí mismo se convierte en una fuerza política poderosa con el genio de hacer que la gente rinda el máximo. Como comisario de guerra en 1918 y 1919 pudo movilizarse en un tren blindado con tanta rapidez de un frente a otro, arengar a los soldados con tal pasión, llamar con tanta urgencia por recursos, escribir y despachar tantos artículos resonantes para la prensa, presionar tan efectivamente a los expertos militares formados bajo el antiguo régimen para que pusieran su experiencia al servicio de la revolución, y descubrir y fusilar a tantos oficiales desafectos, que la décimosexta división del ejército del Soviet, sintiendo detrás de sí a esta voluntad del demonio, hizo frente a los Kolchaks y Denikins y salvó a la revolución. Y cuando Yudenich avanzaba sobre Petrogrado y Lenin estaba dispuesto a abandonar la ciudad, después que el comandante del regimiento había ordenado a sus hombres la retirada y sus tropas retrocediendo ya llegaban a las afueras, Trotsky, montando en el primer caballo que pudo encontrar, alcanzaba a un soldado tras de otro y su ayudante blandiendo una pistola gritaba: "Valor, muchachos, el camarada Trotsky nos dirige", haciendo que todo el regimiento volviera a recobrar las posiciones abandonadas. El comandante aparecía ahora en los puntos más peligrosos y resultó herido en ambas piernas; los hombres atacaban los tanques con bayoneta. Asimismo en política es del todo evidente, como lo ha atestiguado hace años, Bruce Lockhart, que Trotsky nunca es tan formidable como cuando se encuentra en un aprieto. Por cierto, su estatura nunca se hizo tan imponente como en la época en que al serle

negado el asilo en todos los países europeos, se vió obligado a defenderse contra las criminales persecuciones de Moscú.

Y así el impulso ideal que anima todo esto es menos el deseo de la felicidad humana que el entusiasmo de la cultura, de "una cultura por primera vez humana", según afirma en *Literatura y Revolución*, que el socialismo hará posible iluminando este crepúsculo de la sociedad con la luz interior del hombre. Por tanto, es más bien la *teoría del marxismo*, el diagrama del desenvolvimiento social, que las vicisitudes inmediatas de la vida de sus semejantes, lo que prima en la mente de Trotsky. El marxista debe actuar por supuesto; pero no puede permitirse hacerlo hasta que no comprenda la situación y explique su intervención en los términos de la teoría marxista. "El sentimiento—escribe Trotsky—de la supremacía de lo general sobre lo particular, de la ley sobre el hecho, de la teoría sobre la experiencia personal, se fijó en mi mente a una edad temprana y ganaba cada vez más fuerza a medida que pasaban los años. (Este sentimiento) se convirtió en parte integrante de mi trabajo literario y político; el aburrido empirismo, la servil y desvergonzada adoración del hecho, que tan a menudo sólo es imaginario, y falsamente interpretado, me eran odiosos. Más allá de los hechos yo buscaba las leyes. . . En todas las esferas sin excepción, sentía que era capaz de moverme y actuar sólo cuando tenía en mi mano el hilo de lo general".

En el peor de los casos, esto trae como resultado substituir la apreciación de los hombres en su ambiente, por una especie de demostración lógica—recordando sus aptitudes matemáticas—como sucede probablemente con algunas de sus predicciones políticas escritas lejos del lugar de los acontecimientos. En el mejor de los casos—cuando él examina sucesos que han tenido ya lugar, de modo que el fundamento de la realidad está dado—produce estudios históricos de una extraordinaria sutileza y solidez. Trotsky difiere del pedante marxista típico que patina en las "tesis" abstractas en que su dominio de la teoría marxista no

le impide de ningún modo el libre juego de la inteligencia. En sus escritos se halla no sólo el análisis marxista del proceder de las masas, sino también la observación realista—en lo que se refiere sobre todo a la personalidad—de acuerdo con la tradición de los grandes escritores rusos; y además del sentido, desarrollo y forma que da dignidad al más breve de sus artículos, se encuentra asimismo un venero de imaginación eficaz que concede belleza hasta a sus polémicas y hace que algunos pasajes de sus libros sean inolvidables. 1905, *Historia de la Revolución Rusa*, *Mi Vida*, la biografía de Lenin (1) y *Literatura y Revolución* forman tal vez parte de nuestra literatura permanente.

(1) . . . Un retrato afectuoso y delicado, sobrio, con el más profundo respeto, completamente fuera de la vena de vehemencia del marxismo y que recuerda de modo inequívoco la pintura de Sócrates por Platón. Edmund Wilson.—"To the Finland Station".

James T. Farrell

TRIBUTO AL GRAN VIEJO

La vida de León Trotsky es uno de los más grandes dramas trágicos de la historia moderna. Empeñado de cuerpo y alma contra los despóticos gobernantes de una gran imperio, consciente por entero del poder, la astucia, los recursos y la crueldad de su enemigo, Trotsky tiene a su disposición una sola arma: las ideas. Pero su valor nunca desmaya, ni se quebranta nunca su voluntad. Sus hijos son asesinados o conducidos al suicidio; sus amigos, sus colaboradores y secretarios caen uno a uno. Toda su generación es aniquilada. Se ve obligado a vivir prisionero, expuesto constantemente al golpe de un asesino. Es bastante fatalista para saber que tal vez no alcanzará a ver triunfantes sus ideas. Sin embargo, acepta sin ninguna vacilación todos los riesgos que supone la siembra de su doctrina. Y finalmente, cuando sus enemigos comprenden que son incapaces de refutarle sus ideas, destruyen su cerebro con un hacha.

Durante los últimos cuarenta años, la vida de León Trotsky estaba consagrada a un solo fin: la revolución socialista. Miraba con el mayor desprecio a los hombres que en el poder cambiaron su papel histórico por una cartera ministerial. Y ¿cómo es posible comparar la conducta de éstos con la de él, cuando pierden a su vez el poder y son arrojados al destierro? Ellos no hacen más que viajar de una capital a otra solicitando el favor de la opinión pública burguesa, intrigando, maniobrando, manipulando con la esperanza de que tal vez el Quai d'Orsay, Downing Street

o la Casa Blanca, les devuelva sus carteras. Sólo Trotsky es bastante grande para estar solo, al nivel de su posición histórica. En el destierro escribe un libro tras otro, una brillante serie de obras sin paralelo en nuestro tiempo, que aun más que el ejemplo de su vida constituirá la herencia de las generaciones venideras. Porque no se puede destruir con un hacha las ideas.

Admiré a Trotsky como figura histórica y sentía afecto por Trotsky como hombre. Aun sus adversarios reconocían sus espléndidas condiciones de escritor; pero su obra no es sólo brillante, es fecunda, sugestiva, iluminadora. Comparada con su método, agudeza y profunda seriedad, la producción de nuestros sabios y periodistas políticos americanos, resulta moralmente flébil, sin médula, llena de fáciles improvisaciones. Ningún escritor político viviente alcanza hoy su aporte de predicciones clarividentes sobre los últimos sucesos mundiales.

La mayor parte de los críticos de Trotsky lo presentaban como un Maquiavelo moderno, ansioso de poder personal, que aun desde el destierro se desesperaba por recapturarlo. Este concepto de Trotsky como un Maquiavelo, ansioso de poder, falsifica su índole. Trotsky, el materialista, tomaba las ideas con la mayor seriedad. Defendía el marxismo dogmáticamente. Rompía lanzas por el materialismo dialéctico en una época en que su aceptación o su rechazo no implicaban el poder. Su política se basaba en sus ideas. Sus decisiones estaban de acuerdo con sus premisas y principios. Vale la pena hacer notar que ni en las anécdotas acerca de Trotsky, ni en el recuerdo de muchas discusiones personales y menos en sus cartas, asoma una sola frase cínica sobre los métodos necesarios para tomar el poder, que se encuentra uno inevitablemente a cada paso en un maquiavélico tan genuino como Napoleón. Trotsky tenía una confianza superior en la eficacia de sus ideas. Para sostener la hipótesis de un Trotsky maquiavélico hay que atribuir toda su vida, toda su voluminosa obra y toda su dilatada correspondencia a un en-

mascaramiento para ocultar su secreto hasta a sus amigos y más próximos colaboradores.

Pero Trotsky consideraba todas las cuestiones intelectuales como prácticas, concretas. Su manera de probar las ideas consistía en someterlas a la realidad histórica inmediata. En este sentido se aproximaba a los pragmáticos. Si bien sostenía algunos dogmas y a veces era esquemático en su pensamiento, Trotsky era asimismo relativista en el manejo de las ideas. Tenía un sentido agudo de la implicación de cada suceso y de su interdependencia. Recuerdo que durante una discusión que tuve con él subrayó la necesidad de concebir un hecho no sólo como algo que existe, sino como algo que está en camino de llegar a ser. Este sentido del devenir en los acontecimientos, del carácter de relación de los mismos, era uno de sus más notables rasgos intelectuales. Nunca aislaba los acontecimientos políticos; los veía cohesionadamente en su escenario internacional. No era un empírico vulgar ni se permitía substituir con fáciles interpretaciones psicológicas el análisis objetivo. Algunos creíamos a veces que nuestras teorías generales eran más profundas que las de Trotsky. Y en ocasiones hasta nos gozábamos con las pruebas de que sus formulaciones filosóficas no eran modernas y que podían ser fácilmente refutadas por medio del análisis lógico. Sin embargo, Trotsky era más creador con su mala epistemología que nosotros con una buena.

Trotsky era un opositor duro; nunca vacilaba en romper con un amigo tras otro por cuestiones de principios o de política. En este aspecto no se diferenciaba de la mayoría de los hombres de convicciones poderosas. En su pensamiento estaba más inclinado a las diferencias que a la conciliación. Estos rasgos temperamentales eran en cierto modo adaptaciones psicológicas al modo que había escogido de vivir. Por lo demás, un hombre menos intransigente, no habría podido sobrellevar los ataques que le fueron dirigidos en el destierro. En público, Trotsky era

generalmente duro, alerta, metálico. Si se lo interrogaba, era reservado y suspicaz, dispuesto a estallar en invectivas agudas o respuestas irónicas. Pero su lado inexorable no es toda su personalidad. Muchos de sus amigos y discípulos lo conocieron en su faz tierna y generosa. Creo que deseaba tener amigos y que confiaba excesivamente en ellos hasta el punto de considerar como tales a personas que había encontrado sólo un par de veces. En sus relaciones personales era sencillo y encantador: un hombre de un atractivo singular.

Altamente disciplinado, Trotsky se prodigaba subordinando todos sus impulsos a un propósito capital. No conocí otro hombre cuyo organismo estuviera de tal modo bajo el control de su voluntad y de su inteligencia. Lo que más aborrecía era la estupidez. La aborrecía tanto que ni siquiera podía escuchar las versiones sobre la estupidez de sus enemigos. También lo impacientaba la torpeza. Recuerdo que durante una partida de campo, Trotsky observaba cómo un amigo intentaba prender el fuego torpemente. Este amigo había roto con él políticamente. En tono burlón Trotsky observó que la política de su amigo corría pareja con su habilidad para encender el fuego. Por último él mismo se decidió a encenderlo y lo hizo rápida y eficazmente.

Uno de los rasgos que yo más admiraba en Trotsky era su facultad de desprecio. Sabía cómo despreciar a esos intelectuales liberalones que tras un marco de gestos pretenciosos reflejan invariablemente la hipocresía de la opinión pública burguesa. Al mismo tiempo esa gente lo confundía. Un editor de Nueva York que había publicado ataques contra Trotsky en los que virtualmente era llamado criminal le pidió una entrevista durante unas vacaciones que pasaba en México. Trotsky se la negó. Pero no era un snob. A tiempo que se negaba a gente que deseaba verlo sólo por curiosidad, acogía a los visitantes serios sin importarle su reputación ni su obra. Así dedicaba tanta atención y pensamiento a la carta de un obrero desconocido

como a cualquier artículo contra una figura famosa. Veía en cada uno al representante de un grupo social o de una clase. Y en sus ideas percibía sus conclusiones políticas. Su apreciación de los caracteres, contra lo que dicen sus críticos, no era generalmente personalista. Era una apreciación política e intelectual. Sus notables viñetas sobre algunos personajes en su *Historia de la Revolución Rusa* constituyen hoy estudios sociales en miniatura. Al responder a la Comisión Dewey estuvo muy exacto en la propia apreciación de Stalin. Dijo que Stalin no se había convertido en lo que era ahora de golpe sino poco a poco, pues en un tiempo hasta había sido un buen revolucionario. Pero respecto de Lenin la relación de Trotsky era personal. Lenin (creo) más que Marx, era su maestro. Rechazo categóricamente el cargo de que Trotsky estaba celoso de Lenin y usaba su memoria para justificarse. Todo lo contrario, su actitud hacia Lenin era reverente.

Algunos están desconcertados por la fe y el optimismo que manifestaba Trotsky. Pero esta fe y este optimismo, aun cuando no se los comparta, resultan fácilmente comprensibles si se considera que son elementos imprescindibles en cualquier actividad práctica. Lo que para él constituía una serie de resultados prácticos, para sus adversarios intelectuales era sólo un conjunto de fórmulas. En la actividad intelectual y formal no somos crédulos y optimistas sino escépticos. Y en algunos de los adversarios teóricos de Trotsky este escepticismo viene a ser en ocasiones irresponsabilidad. Pues mientras Trotsky arriesgaba su vida por sus ideas, ellos sólo arriesgaban silogismos.

Ni el stalinismo ni el mundo capitalista perdonarán a Trotsky. Ellos odiarán su memoria; pero jamás conseguirán extirparla. La historia sabrá cómo defenderla.

Uno de los mejores tributos que podemos hacer a Trotsky es comprenderlo. Estas notas son un esfuerzo en ese sentido. Las ofrezco como un tributo a la memoria del gran Viejo.

Dwight Macdonald

TROTSKY HA MUERTO

(Intento de apreciación)

Es preciso repetirse constantemente que Trotsky ha muerto. Pues en cierto modo uno descontaba que el "Viejo" estaría siempre allí, en Coyoacán, representando la tradición marxista revolucionaria. Aun después del salvaje atentado con ametralladora que organizaron los stalinistas a fines de mayo, nuestro sentido acerca de la permanencia de Trotsky no cambió. Parecía natural que hubiera escapado milagrosamente de la tempestad de la metralla. ¿Cómo podía una conciencia tan alta y plena como la de Trotsky—una trayectoria y una personalidad de tal tamaño—dependér de la mera sobrevivencia de un cuerpo mortal? ¿Podía asesinarsé a toda una cultura?

También por otro motivo es difícil hacerse a la idea de que Trotsky ha muerto; porque es difícil convencerse de que murió hace sólo unas cuantas semanas. Como que era el último de los titanes del marxismo revolucionario. Y parece increíble ahora que el hombre muerto en el mes de agosto en un suburbio de la ciudad de México, llevara a cabo la Revolución de Octubre con Lenin, presidiera el Soviet de los obreros de San Petersburgo en 1905, y publicara *Iskra* con Lenin, Martov, Axelrod y Vera Zassulitch, que en 1878, un año antes del nacimiento de Trotsky, atentó contra el prefecto de San Petersburgo. El hacha de Jackson puso punto final a un largo capítulo de la Historia.

Pero este acto atroz, atroz por la fingida adhesión amorosa

de dos años para preparar el crimen; atroz por la doble traición a la confianza humana y política; atroz también por el método particularmente brutal empleado en la consumación del crimen; este acto sobrepasa el significado simbólico. Pues cuando Trotsky fué muerto no era un anciano que vivía en el pasado y a quien se recordaba porque una vez había desempeñado un gran papel histórico. Todo lo contrario. El era lo que había sido durante toda su vida: un activo militante de la historia contemporánea. El régimen del Kremlin, cuya máxima corrupción quedó sellada por este crimen, tenía razones prácticas para desembarazarse de Trotsky en esta época de convulsión mundial. Trotsky era el único hombre viviente, cuya significación y prestigio podía constituir el punto de amalgama de una revolución obrera en cualquier parte del globo y especialmente en Rusia. Y lo que es más importante, mientras Trotsky viviera, la conciencia marxista revolucionaria tenía en él su centro y su expresión indómita e incorruptible.

Imaginemos a Stalin o a Hitler en el destierro. ¿Influirían acaso en lo más mínimo sobre la conciencia de nuestro tiempo? Sus opiniones sobre los sucesos mundiales pesarían en algo fuera de la curiosidad periodística? ¿Leeríanse sus libros en última instancia? Sabemos que al Napoleón de Santa Elena se le recuerda principalmente por sus disputas con el gobernador militar. Estos hombres han sido capaces de cambiar el mapa del mundo, pero no tienen nada que decirle al mundo. A semejanza de la mayoría de las grandes figuras históricas, son especialistas que por su talento y por su índole alcanzan ciertos fines que favorece el propio período histórico. Los aforismos de Napoleón nos interesan porque son los del Emperador. Los discursos de Stalin no nos interesan ni siquiera por eso.

En ese sentido, Trotsky era menos "especializado" que cualquier personaje histórico recordable. Pues el poder que Trotsky ejerció en la última década de su vida era un poder independiente de todo aparato de poder; era el triunfo personal del intelec-

to, la voluntad y el corazón. Si notable fué su trayectoria de organizador de la Revolución de Octubre y su defensa militar de la Revolución en la guerra civil, más notable aún fué el vigor y el brillo de su inteligencia, su integridad moral, la devoción apasionada y tenaz a la causa revolucionaria en una época de reacción universal; cualidades todas que florecieron triunfalmente en los años de destierro en Prinkipo, Francia, Noruega, y, por último, en México. Como hombre, Trotsky era siempre más grande aun que sus acciones, por enormes que éstas fueran.

Así llegamos finalmente a la conclusión de que Trotsky era irremplazable en nuestra época. Nadie puede, pues, llenar su vacío. Ningún líder intelectual tiene derecho a su herencia. Al hendir el cerebro de Trotsky el hacha de la G.P.U. suprimió mucho más que la vida de un viejo judío perseguido, de 61 años, llamado León Davidovich Bronstein.

Quando el joven Trotsky llegó, recién escapado de Siberia, al refugio de los Lenin en Londres, fué recibido con un "Pero llegó". *Pero* equivale en ruso a "*Pluma*", apodo con que Trotsky era conocido en el movimiento. Y ya en las postrimerías de su carrera interrogado por la Comisión Dewey acerca de su ocupación, Trotsky respondió: "Author". Casi todos los grandes revolucionarios marxistas fueron escritores de talento, pero ninguno empezando por Marx y Engels, Lenin o la Luxemburgo fusionaron en sí en forma tan completa como Trotsky al revolucionario con el hombre de letras. Su elemento natural era el lenguaje, hablado o escrito. Quienes lo escucharon dirigirse a las multitudes en la Plaza Roja o en los Congresos partidarios, saben que era uno de los más grandes oradores de nuestro siglo. Pero un político en el destierro—y Trotsky pasó 31 años de los 45 de su vida adulta en la prisión o el destierro—no tiene muchas oportunidades de hacer discursos. Durante las dos terceras partes de su carrera Trotsky sólo pudo intervenir en los acontecimientos por medio de la palabra escrita. Le bastaba,

sin embargo. Alrededor de 1927 cuando esa tarea sufrió un colapso, la casa editora oficial de Moscú llevaba publicados dieciocho volúmenes de las "Obras Completas" de Trotsky. Una cosecha formidable, y con todo, los más famosos escritos debían venir después: "La situación real de Rusia", "El gran organizador de derrotas", "Mi Vida", "Historia de la Revolución Rusa", "La Revolución Traicionada", para no mencionar literalmente docenas de panfletos sobre el desarrollo político en Inglaterra, Francia, España, Alemania, y las biografías de Lenin y de Stalin en las que estaba trabajando cuando fué asesinado. Bien dijo en su autobiografía: "Desde 1897 he luchado principalmente con una pluma en la mano".

Como líder, organizador, administrador, técnico, Trotsky era fácilmente el primero entre sus camaradas de 1917, excepción hecha de Lenin; como escritor fué todavía más fácilmente el primero, incluyendo a Lenin. Este hombre de acción desenfundada era, pues, un intelectual, un estudioso "tal vez pedante y conservador en mis hábitos". Este hacedor apasionado, encarnación de la voluntad revolucionaria y del vigor que planeó y dirigió la Revolución de Octubre y creó el Ejército Rojo, vencedor de la contrarrevolución en una docena de frentes, era un literato con todo el deleite profesional de un hombre de letras por los libros recién impresos. En el tren militar que lo llevaba de un frente a otro leía novelas francesas para descansar. Entre una y otra sesión de la conferencia de paz de Brest Litovsk dictaba una obra original. El mismo nos ha contado como en la remota estepa siberiana estudió a Marx por primera vez, "apartando las cucarachas de las páginas". Lo que dice acerca de la vida en las prisiones no será comprendido por muchos carceleros o camaradas. "Abandoné la celda herméticamente cerrada del confinamiento solitario en la fortaleza de Pedro-Pablo—escribe—con cierto pesar. Todo era allí tan callado, tan monótono, tan propicio para el trabajo intelectual". El mismo analiza en forma magistral esta dualidad de su persona: "Un libro bien escrito

en el que se encuentren nuevas ideas y una buena pluma para comunicar las propias han sido y siguen siendo para mí los instrumentos más valiosos de la cultura. Nunca me ha abandonado el gusto por el estudio y muchas veces en mi vida he sentido que la revolución se interponía en mi trabajo sistemático".

Como polemista Trotsky no tenía, puede decirse, igual. Bernard Shaw, un juez autorizado en la materia, lo hallaba superior al mismo Marx: "En todo, excepto en el alcance, el discípulo sobrepasa al maestro... Trotsky tiene mucho mejor carácter. Marx golpeaba cómo y dónde podía, a menudo torpemente; Trotsky no asesta golpes prohibidos". Shaw hace notar asimismo "la alacridad de su estilo polémico". Aunque a veces Trotsky pecaba por cierto exceso en el veneno de sus flechas—lo que ha llegado a ser, desgraciadamente, algo inherente a la tradición marxista—la apreciación de Shaw es exacta en conjunto.

El derecho de Trotsky a ser considerado entre los grandes pensadores políticos se funda en una larga serie de libros y panfletos que abarcan desde su historia de la Revolución de 1905 hasta su exposición culminante de la degeneración stalinista en "La Revolución Traicionada", pasando por sus escritos sobre la Revolución china, la marcha al poder del fascismo alemán, la trayectoria del Frente Popular en Francia y el análisis de los Procesos de Moscú. Por su alcance internacional, su brío, solidez y claridad, esta obra no tiene paralelo en la literatura marxista. Pero quizá la demostración más evidente de su capacidad era su concepto de la "revolución permanente".

Cuando el joven Trotsky, de 27 años, apareció en 1906 con su teoría de la "revolución permanente" fué casi universalmente tomado por un visionario de ultraizquierda. Sin embargo, se trataba de un notable aporte intelectual: diez años antes de la revolución de 1917 predijo su advenimiento, así como su posible degeneración. No sólo insistía en que aquélla iba a ser una revolución socialista proletaria, sino que también una vez realizada sólo podría crear un orden socialista en Rusia si revolucio-

nes similares en países más avanzados venían en ayuda de los obreros rusos. De no suceder esto, anunciaba la degeneración y el retroceso en Rusia, profecía que no es preciso ahora destacar.

Trotsky no vió apoyada su teoría por ninguna ala de la Socialdemocracia rusa. Difiriendo radicalmente acerca de la forma que tomaría el Estado después de la revolución, los bolcheviques estaban, sin embargo, de acuerdo con los mencheviques en que sería un régimen demoburgués, pues parecía lógico que tras de la caída del zarismo feudal, la atrasada Rusia tuviera que pasar primero por la etapa evolutiva de la democracia burguesa, antes de madurar para una revolución socialista. Pero Trotsky insistía en que justamente debido al gran atraso de Rusia, las tareas revolucionarias sobrevinientes a la caída del Zar no podrían ser resueltas por la débil burguesía rusa dentro del cuadro de las relaciones de propiedad de la clase media. Así como la "ley del desarrollo combinado" permitió a la gran industria rusa saltar las etapas históricas intermedias para lograr un nivel de técnica y de concentración semejante al de la industria europea más avanzada, permitiría también que en política la "Santa Rusia" atrasada y primitiva, saltara por encima de la democracia burguesa y de un impulso potente pasara del feudalismo a la dictadura del proletariado. Era un concepto audaz y no es de extrañar que nadie lo tomara en serio hasta que ocurrió.

Cuando se produjo la revolución de 1917, Lenin que durante años había combatido la teoría de Trotsky se dió cuenta de pronto que era exacta y la adoptó, mientras Trotsky, que durante mucho tiempo se había opuesto al sistema organizativo de Lenin vió que éste había forjado el instrumento político capaz de realizar la revolución y se unió así de inmediato al Partido bolchevique. (Habría sido deseable en verdad que Trotsky, cuyas objeciones anteriores a 1917 respecto de los rasgos burocráticos y antidemocráticos del leninismo parecen hoy proféticas, no los hubiese aceptado tan sin crítica, tratando de convertirse

en el más firme de los bolcheviques). Al publicarse poco después de la llegada de Lenin a Rusia, sus famosas tesis de Abril, los viejos bolcheviques olieron no sin razón el tufillo "trotskysta" de las mismas. Por algún tiempo Lenin se sintió tan aislado como lo había estado Trotsky durante años y fué considerado también un soñador ultraizquierdista. Pero los acontecimientos se sucedieron con rapidez y hasta los viejos bolcheviques vieron claro. Trotsky apareció en escena uniéndose al partido de Lenin. Los dos grandes dirigentes organizaron y llevaron a la victoria la Revolución de Octubre.

Ahora entraba en juego la otra parte de la teoría de la "revolución permanente". Trotsky no disimuló nunca que Rusia era excesivamente atrasada para sostener durante mucho tiempo una forma política avanzada. Por tanto, la revolución debía ser permanente en el sentido de extenderse a los países europeos más avanzados. Si el naciente estado soviético no lograba romper la cadena de las naciones capitalistas y establecer contacto sobre una base socialista con una nación occidental más avanzada, la batalla estaba perdida. "Sin una ayuda política directa del proletariado europeo—escribía Trotsky en 1906—la clase obrera de Rusia no será capaz de conservar el poder y convertir su primacía temporal en un régimen socialista permanente". La Revolución rusa debía ser la chispa para encender el fuego de la revolución mundial. De fallar ésta, el régimen revolucionario degeneraría. A esta teoría sostenida también por Lenin, Stalin opuso más tarde el concepto de la "edificación del socialismo en un solo país". La historia ha puesto a prueba ambas concepciones y no queda duda sobre el veredicto.

En su breve libro, *Recuerdos de Tolstoi*, Máximo Gorki, al describir su sentimiento ante la primera noticia sobre la muerte del gran novelista, nos cuenta cómo vió una vez a Tolstoi sentado a orillas del mar, mirando a la distancia y lo que viéndolo,

BABEL

se dijo a sí mismo: "Mientras este hombre viva no me sentiré nunca huérfano".

... "Y ahora siento que soy un huérfano y lloro mientras escribo, jamás había llorado tan inconsolablemente y con tanta desesperación. No sé si lo amaba; pero ¿acaso importa que lo amara u odiara? La verdad es que siempre hacía nacer en mí sentimientos e inquietudes enormes, fantásticos; aun los sentimientos desagradables y hostiles que me venían de él no eran opresivos sino libertadores del alma; la hacían más sensible y capaz".

Así era también, exceptuando el sentimentalismo místico de Gorki, lo que experimentábamos por Trotsky aun aquéllos que estábamos en desacuerdo con él sobre asuntos esenciales. Fué un padre para nosotros en el sentido de que nos enseñó a deletrear el alfabeto político y nos definió por vez primera el problema que debíamos resolver, al punto que cuando como hijos llegamos a rechazar las ideas paternas, nuestro propio rechazo se formulaba en los términos que aprendimos de él. "Mientras este hombre viva no me sentiré nunca huérfano", se decía cada cual.

Es extraordinariamente conmovedor leer hoy en *Mi Vida* como Trotsky cuenta que se puso en contacto con el movimiento obrero siendo estudiante.

"Sucedió así. Yo iba por una calle con uno de los miembros más jóvenes de nuestra comuna, Gregorio Sokolovsky, un muchacho de mi edad más o menos.

—Es tiempo ya de que empecemos—le dije.

—Sí, es tiempo ya—contestó.

—Pero ¿cómo?

—Eso es, ¿cómo?

—Debemos ir al encuentro de los obreros. No esperar ni preguntar a nadie. Sólo buscar a los obreros y empezar.

—Creo que los podremos hallar—dijo Sokolovsky.—Conozco a un sereno que trabaja en el bulevar. Pertenece a la secta bíblica. Creo que daré con él".

BABEL

Hacia el fin de su vida, al declarar ante la Comisión Dewey, Trotsky recordando una vez más este incidente de su adolescencia, resumió así toda su trayectoria y su fe:

"Señoras y señores de la Comisión: La experiencia de mi vida, en la que no faltaron los éxitos y los fracasos, lejos de destruir mi fe en el futuro brillante y claro de la humanidad, me ha dado por el contrario, un temple indestructible. Esta fe en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana que a los 18 años me llevó al barrio obrero de la provinciana ciudad rusa de Nikolaiev, la he conservado total y enteramente. Se ha vuelto más madura, pero no menos ardiente. En la formación misma de esta Comisión... veo un nuevo y magnífico refuerzo del optimismo revolucionario que constituye el elemento fundamental de mi vida".

Desde el escolar que sale en busca de los obreros ("sin esperar ni preguntar a nadie") hasta el revolucionario veterano, grande en su destierro, confesando su "fe en la razón, en la verdad y en la solidaridad humana", la vida de León Trotsky es de una sola pieza. Una vida como la suya, nos lleva a creer, aun en tiempos como los actuales, en la dignidad y en la capacidad de la raza humana.

León Trotsky

EL MATERIALISMO DIALECTICO Y LA CIENCIA

LA CONTINUIDAD DE LA HERENCIA CULTURAL.

Vuestro congreso (*) se reúne en medio de las fiestas de celebración del segundo centenario de la fundación de la Academia de Ciencias. La relación entre vuestro Congreso y la Academia se hace completamente más sólida por el hecho de que la ciencia química de Rusia no es de ninguna manera la última en los hechos que

(*) Una explicación necesaria.—En 1925, como presidente del consejo técnico y científico de la industria, Trotsky era jefe de todas las instituciones científicas y por esta razón pronunció el discurso, que ahora se publica por primera vez en castellano, ante el Congreso de Mendeleev, el 17 de septiembre de 1925. En abril de 1938, Trotsky escribió la siguiente introducción a la versión inglesa de su discurso:

“Este discurso fué pronunciado en 1925, en una época en que el autor esperaba aún firmemente que la democracia soviética se sobrepondría a las tendencias hacia el burocratismo y crearía condiciones excepcionalmente favorables para el desarrollo del pensamiento científico. A consecuencia de una combinación de causas históricas esta esperanza no se ha materializado todavía. Por el contrario, el estado soviético en el espacio de 13 años ha caído víctima de la osificación burocrática completa y ha asumido un carácter totalitario igualmente pernicioso para el desarrollo de la ciencia y de las artes. Por una cruel ironía de la historia el marxismo genuino se ha convertido en la más proscrita de todas las doctrinas en la Unión Soviética. En el terreno de la ciencia social, el pensamiento soviético encadenado se ha hundido en las profundidades de un escolasticismo patético. El régimen totalitario ejerce igualmente una influencia desastrosa sobre el desarrollo de las ciencias naturales. Sin embargo, los puntos de vista desarrollados en este discurso conservan su validez, en aquella parte también que se refiere a las relaciones mutuas entre el régimen social y el pensamiento científico. Sin embargo, no deben hacerse descansar sobre las bases del presente estado soviético, producto de la degeneración y de la desintegración, sino que deben tomarse más bien a la luz de ese estado socialista que se levantará de la victoriosa lucha futura de la clase trabajadora internacional”.

han acarreado fama a la Academia. A esta altura es tal vez más ajustado plantear la pregunta: ¿Cuál es el significado íntimo de las fiestas académicas? Tienen una significación que va mucho más allá de las meras visitas a los museos, a los teatros y la asistencia a los banquetes. ¿Cómo podemos apreciar esta significación? No solamente por el hecho de que sabios extranjeros, que han tenido la suficiente amabilidad para venir aquí como huéspedes nuestros, hayan tenido asimismo la oportunidad de asegurarse que la revolución, lejos de destruir las instituciones científicas, las ha desarrollado, por el contrario. Esta evidencia adquirida por los sabios extranjeros posee una significación propia. Pero la significación de las fiestas académicas es mayor y más profunda. La formularé como sigue: *El nuevo estado, una sociedad nueva basada en las leyes de la Revolución de Octubre, toma posesión triunfalmente—ante los ojos del mundo entero—de la herencia cultural del pasado.*

Puesto que me he referido accidentalmente a la herencia, debo aclarar el sentido en que yo uso este término a fin de evitar cualquier posible mal entendido. Seríamos culpables de falta de respeto al futuro, más caro a todos nosotros que el pasado, y faltaríamos al respeto del pasado, que en muchos de sus aspectos lo merece profundo, si fuéramos a hablar atolondradamente sobre la herencia. No todo en el pasado es de valor para el futuro. Además, el desarrollo de la cultura humana no está determinado por simple concreción. Han existido períodos de desarrollo orgánico, así como también períodos de riguroso criticismo, de filtración y de selección. Sería difícil decir cuál de esos períodos se ha demostrado más fructífero para el desarrollo general de la cultura. De todas maneras, estamos viviendo en una época de filtración y de selección.

La jurisprudencia romana había establecido, desde la época de Justiniano, la ley de la herencia inventariada. Contrastando con la legislación pre-justiniana, que establecía el derecho de un heredero de aceptar la herencia con tal de que aceptara solamente con agrado la responsabilidad de todas las obligaciones y deudas, la herencia inventarial dió al heredero cierto grado de elección. El estado revolucionario, que representa una nueva clase, es una especie de heredero inventarial en relación a la cantidad de cultura acumulada. ¡Permitidme que diga con franqueza que no todos los 15,000 volúmenes publicados por la Academia durante sus dos siglos de existencia entrarán en el inventario del Socialismo! Hay dos aspectos de mérito indudablemente igual en las contribuciones científicas del pasado que son ahora nuestras, y de las cuales nos sentimos

orgullosos. La ciencia en su totalidad ha estado dirigida hacia la adquisición del conocimiento de la realidad, hacia la búsqueda de las leyes de la evolución y hacia el descubrimiento de las propiedades y cualidades de la materia a fin de enseñorearse de ella. Pero el conocimiento no se desenvuelve dentro de las cuatro paredes de un laboratorio o de una sala de conferencias. No. Ha constituido una función de la sociedad humana y ha reflejado la estructura de la sociedad humana. La sociedad necesita conocer la naturaleza para subvenir a sus necesidades. Pero al mismo tiempo la sociedad exige una afirmación de su derecho de ser lo que es; una justificación de sus instituciones particulares; antes que nada las instituciones de dominación de clases precisamente así como en el pasado pedía la justificación de la servidumbre, de los privilegios de clase, las prerrogativas monárquicas, la exceptuación nacional, etc. La sociedad socialista acepta con la mayor gratitud la herencia de las ciencias positivas, descartando, como es de derecho, por la selección inventarial, todo aquello que es inútil para el conocimiento de la naturaleza; y no sólo esto, sino también aquello que justifique la desigualdad de clase y todas las otras clases de falsedades históricas.

Todo nuevo orden social no se apropia de la herencia cultural del pasado en su totalidad, sino de acuerdo con su propia estructura. Así, por ejemplo, la sociedad medioeval incorporó de la cristiandad muchos elementos de filosofía antigua, subordinándolos, sin embargo, a las necesidades del régimen feudal y transformándolos en escolasticismo, esa "criada de la teología". De manera análoga la sociedad burguesa heredó, entre otras cosas de la Edad Media, el Cristianismo; pero lo acomodó, ya sea a la Reforma, esto es, a una revuelta en forma de Protestantismo, o a una pacificación en la forma de adaptación del Catolicismo al nuevo régimen. De todas maneras, el cristianismo de la época burguesa fué barrido en la medida en que la senda debía despejarse para dar paso a la investigación científica, por lo menos dentro de aquellos límites que fueron necesarios para el desarrollo de las fuerzas productivas.

La sociedad socialista, en su relación con la herencia científica y cultural, mantiene en general, en un grado muchísimo menor, una actitud de indiferencia o de aceptación pasiva. Se puede decir a este respecto: Mientras mayor es la confianza que deposita el socialismo en las ciencias dedicadas al estudio directo de la naturaleza mayor es su desconfianza crítica cuando se aproxima a aquellas ciencias y pseudociencias que están íntimamente ligadas a la estructura de la sociedad humana, a sus instituciones económicas, a su estado, leyes,

ética, etc. Estas dos esferas no están separadas, por cierto, por una muralla impenetrable. Pero al mismo tiempo, es un hecho incontrovertible que la herencia incorporada en aquellas ciencias que no atañen a la sociedad humana sino que se ocupan de la "materia"—las ciencias naturales en el sentido amplio de la palabra, y por consiguiente, en la química por supuesto—es de un peso incomparablemente mayor.

La necesidad de conocer la naturaleza está impuesta a los hombres por la necesidad de subordinar la naturaleza a sí mismos. Cualquiera desviación en este terreno de las relaciones objetivas, determinadas por las propiedades de la materia misma, las corrige la experimentación práctica. Sólo esto precave seriamente a las ciencias naturales, a la investigación química en particular, de las desviaciones intencionadas, inintencionadas y semideliberadas, y contra las falsas interpretaciones y falsificaciones. La investigación social dedicó primeramente sus esfuerzos hacia la justificación de la sociedad surgida históricamente, a fin de preservarla contra los ataques de las "teorías destructoras", etc. De aquí emana el papel apologético de las ciencias sociales oficiales de la sociedad burguesa y ésta es la razón del porqué sus resultados son de escaso valor.

Mientras la ciencia en su conjunto total se mantuvo como una "criada de la teología" podía producir resultados valiosos sólo subrepticamente. Este fué el caso en la Edad Media. Como ya se señaló más arriba, fué durante el régimen burgués cuando las ciencias naturales disfrutaron de la posibilidad de un amplio desarrollo. Pero la ciencia social se mantuvo como sirvienta del capitalismo. También esto es verdad, en gran proporción, en lo que atañe a la psicología, que une las ciencias sociales con las ciencias naturales; y de la filosofía, que sistematiza las conclusiones generalizadas de todas las ciencias.

He dicho que la ciencia *oficial* ha producido poco de valor. Esto se manifiesta muy bien por la incapacidad de la ciencia burguesa para predecir el mañana. Hemos observado esta situación con respecto a la primera Guerra Mundial imperialista y sus consecuencias. Lo hemos visto también por lo que atañe a la Revolución de Octubre. Lo vemos actualmente en la completa impotencia de la ciencia social oficial para medir en su justo valor la situación europea, las relaciones mutuas con América y con la Unión Soviética; en su incapacidad para extraer algunas conclusiones con respecto al mañana. Sin embargo, el valor de la ciencia reside precisamente en esto: Conocer a fin de prever.

La ciencia natural—y la química ocupa uno de los lugares más importantes en este terreno, constituye indiscutiblemente la más valiosa porción de nuestra herencia. Vuestro Congreso se realiza bajo la bandera de Mendeleev que fué y sigue siendo el orgullo de la ciencia rusa.

CONOCER A FIN DE PODER PREVER Y ACTUAR.

Hay una diferencia en el grado de previsión y de precisión alcanzado en las diversas ciencias. Pero es por la previsión—pasiva, en algunos casos, como en la astronomía, activa como en la química y en la ingeniería química—que la ciencia es capaz de cotejarse a sí misma y justificar su finalidad social. Un hombre de ciencia individual puede no estar comprometido en absoluto con la aplicación práctica de su investigación. Mientras mayor es su alcance, mientras más audaz es su vuelo, mientras mayor es su libertad de las necesidades prácticas diarias en sus operaciones mentales, tanto mejor. Pero la ciencia no es una función de los hombres de ciencia individuales; es una función pública. La valorización social de la ciencia, su valorización histórica queda determinada por su capacidad para incrementar el poder del hombre y para armarlo con el poder de prever y dominar la naturaleza. La ciencia es conocimiento que nos dota de poder. Cuando Leverrier, sobre la base de las “excentricidades” de la órbita de Urano dedujo que debía de existir un cuerpo celeste desconocido que “perturba” el movimiento de Urano; cuando Leverrier, sobre la base de sus cálculos puramente matemáticos pidió al astrónomo alemán Galle que localizara a un cuerpo que vagaba sin pasaporte en los cielos en tal y tal dirección; cuando Galle enfocó su telescopio en esa dirección y descubrió al planeta llamado Neptuno, en ese momento la mecánica celeste de Newton celebró una gran victoria.

Esto ocurría en el otoño de 1846. En el año 1848 la revolución se esparció como un viento arremolinado a través de Europa, demostrando su influencia “perturbadora” en los movimientos de los pueblos y de los estados. En el período intermedio, entre el descubrimiento de Neptuno y la revolución de 1848, dos jóvenes eruditos, Marx y Engels, escribían *El Manifiesto Comunista*, en el cual no sólo predicaban la inevitabilidad de acontecimientos revolucionarios en un futuro próximo, sino que analizaban por adelantado sus fuerzas componentes, la lógica de sus movimientos, hasta la victoria inevitable del proletariado y el establecimiento de la dictadura del

proletariado. No sería superfluo en absoluto yuxtaponer este pronóstico con las profecías de la ciencia oficial de los Hohenzollerns, los Romanovs, Luis Felipe y otros en 1848.

En 1869, Mendeleev, sobre la base de sus investigaciones y reflexiones acerca del peso atómico estableció su Ley Periódica de los Elementos. Al peso atómico, como criterio más estable, Mendeleev ligó una serie de otras propiedades y características, arregló los elementos en un orden definido y entonces, a través de este orden, reveló la existencia de cierto desorden, a saber, la ausencia de ciertos elementos. Estos elementos desconocidos o unidades químicas, como las denominó en cierta ocasión Mendeleev, de acuerdo con la lógica de esta “Ley” deberían ocupar lugares específicos vacíos en ese orden. A esta altura, con el gesto autoritario de un investigador que confía en sí mismo, golpeó a una de las puertas de la naturaleza hasta ahora cerrada, y desde adentro una voz respondió: “¡Presente!” En efecto, tres voces respondieron simultáneamente, pues en los lugares indicados por Mendeleev se descubrieron tres nuevos elementos, denominados posteriormente, galio, escandio y germanio.

¡Triunfo maravilloso del pensamiento analítico y sintético! En sus “Principios de Química” Mendeleev caracteriza en forma vivida el esfuerzo científico creador, comparándolo con el establecimiento de un puente a través de una barranca. Para esto es innecesario descender al barranco y fijar soportes en el fondo; sólo se requiere levantar una base en un lado y en seguida proyectar un arco delineado exactamente, arco que encontrará apoyo en el lado opuesto. Algo análogo ocurre con el pensamiento científico. Sólo puede reposar sobre la base granítica de la experimentación; pero sus generalizaciones, como el arco de un puente pueden levantarse sobre el mundo de los hechos a fin de que posteriormente, en otro punto calculado previamente, pueda encontrar a este último. A esta altura del pensamiento científico, cuando una generalización se convierte en predicción—y cuando la predicción es verificada triunfalmente por la experiencia—en ese momento, el pensamiento humano goza invariablemente su más orgullosa y justificada satisfacción. Así ocurrió en química con el descubrimiento de nuevos elementos sobre la base de la Ley Periódica.

La predicción de Mendeleev, que produjo más tarde una profunda impresión sobre Federico Engels, fué hecha en el año 1871, el año, eso es, de la gran tragedia de la Comuna de París, en Francia. La actitud de nuestro gran químico hacia este acontecimiento puede explicarse por su hostilidad general hacia el “Latinismo” con sus

violencias y revoluciones. Como todos los pensadores oficiales de las clases dominantes no sólo de Rusia y de Europa sino de todo el mundo, Mendelejev no se preguntó a sí mismo: ¿Cuál es la fuerza realmente directora que hay tras de la Comuna de París? No vió que la nueva clase que crecía en las entrañas de la vieja sociedad se manifestaba allí ejerciendo en su movimiento una influencia tan "perturbadora" sobre la órbita de la vieja sociedad como la que ejercía el planeta desconocido sobre la órbita de Urano. Pero un desterrado alemán, Carlos Marx, analizó en ese entonces las causas y la mecánica interna de la Comuna de París y los rayos de su antorcha científica penetraron en los acontecimientos de nuestro propio *Octubre* y los iluminaron.

Desde hace ya largo tiempo hemos considerado innecesario recurrir a una substancia más misteriosa, llamada flogista, para explicar las reacciones químicas. En efecto, el flogista no servía sino como una generalización para ocultar la ignorancia de los alquimistas. En el terreno de la fisiología ha pasado ya la época en que se sintió la necesidad de recurrir a una substancia mística especial, llamada la fuerza vital y que era el flogista de la materia viva. *En principio* tenemos bastantes conocimientos de química y de física para explicar los fenómenos fisiológicos. En la esfera de los fenómenos de la conciencia no necesitamos ya por más tiempo una substancia denominada alma que en la filosofía reaccionaria desempeña el papel del flogisto de los fenómenos psicofísicos. Para nosotros la filosofía es, *en último análisis*, reducible a la fisiología, y esta última, a la química, mecánica y física. Esto es mucho más viable que la teoría del flogisto en la esfera de la ciencia social en donde este flogisto aparece con diversas vestiduras, ora disfrazado de "misión histórica", ora de "carácter nacional" invariable, ora como la idea incorpórea de "progreso"; ora en forma de sedicente "pensamiento crítico" y así sucesivamente, *ad infinitum*. En todos estos casos se ha tratado de encontrar una substancia super social que explicase los fenómenos sociales. Casi es ocioso repetir que estas substancias ideales no son sino ingeniosos disfraces para ocultar la ignorancia sociológica. El marxismo rechazó las esencias super-históricas, así como la fisiología ha renunciado a la fuerza vital, o la química al flogisto.

La esencia del marxismo consiste en esto, en que se aproxima a la sociedad concretamente, como sujeto de investigación objetiva y analiza la historia humana como se lo haría en un gigantesco registro de laboratorio. El marxismo considera a la ideología como un elemento integral subordinado a la estructura material de la socie-

dad. El marxismo examina la estructura de clase de la sociedad como una forma históricamente condicionada del desarrollo de las fuerzas productoras, el marxismo deduce de las fuerzas productoras de la sociedad las relaciones mutuas entre la sociedad humana y la naturaleza circundante, y éstas a su vez, quedan determinadas en cada etapa histórica por la tecnología del hombre, por sus instrumentos y armas, por sus capacidades y métodos de lucha contra la naturaleza. Precisamente esta aproximación objetiva premune al marxismo con el poder insuperable de la previsión histórica.

Consideremos siquiera la historia del marxismo sólo en la escala nacional rusa. Seguidla no desde el punto de vista de vuestras propias simpatías o antipatías políticas sino desde el punto de vista de la definición de la ciencia de Mendelejev: Conocer para poder prever. El período inicial de la historia del marxismo en el suelo ruso es la historia de una lucha por establecer un pronóstico histórico-social correcto contra los puntos de vista oficiales gubernamental y de oposición. En los primeros años del ochenta, esto es, en una época en que la ideología oficial existía como una trinidad representada por el absolutismo, la ortodoxia y el nacionalismo, el liberalismo soñaba de día en una Asamblea de Zemstvos, es decir, en una monarquía semi-constitucional mientras que los Narodniki (populistas) formaban un amasijo con endebles fantasías socialistas y una reacción económica. En esa época el pensamiento marxista predijo no solamente la obra inevitable y progresiva del capitalismo sino también la aparición del proletariado desempeñando un papel histórico independiente, tomando la hegemonía en la lucha de las masas populares; la dictadura del proletariado arrastrando tras de sí al campesinado.

La diferencia que hay entre el método marxista de análisis social y las teorías contra las cuales luchó no es menor que la diferencia que hay entre la Ley Periódica de Mendelejev con todas sus modificaciones posteriores por un lado y el espantajo de los alquimistas por el otro.

LA CIENCIA NATURAL Y EL MARXISMO.

"La causa de la reacción química reside en las propiedades físicas y mecánicas de los componentes". Esta fórmula de Mendelejev es de carácter completamente materialista. En lugar de recurrir a alguna fuerza supermecánica o superfísica para explicar sus fenómenos la química reduce los procesos químicos a las propiedades mecánicas y físicas de sus componentes.

La biología y la fisiología se hallan en una relación análoga con respecto de la química. La fisiología científica, esto es, la fisiología materialista no exige una fuerza vital superquímica especial (como en la querella entre vitalistas y neovitalistas) para explicar los fenómenos que se desarrollan en su campo. Los procesos fisiológicos son reductibles en último análisis a procesos químicos, así como estos últimos a procesos mecánicos y físicos.

La psicología relacionada en forma análoga con la fisiología. No por nada la fisiología ha sido llamada la química aplicada de los organismos vivos. Así como no existe ninguna fuerza fisiológica especial así es también igualmente verdadero que la psicología científica, es decir, la psicología materialista no tiene necesidad de una fuerza mística—el alma—para explicar los fenómenos de su incumbencia, sino que halla que son reductibles en último análisis a fenómenos fisiológicos. Esta es la escuela del académico Pavlov; éste considera lo que se denomina alma como un sistema complejo de reflejos condicionados, cuyas raíces residen por completo en los reflejos fisiológicos elementales que a su vez radican, a través del potente stratum de la química, en el subsuelo de la mecánica y de la física.

Lo mismo puede decirse también de la sociología. Para explicar los fenómenos sociales no es necesario aducir alguna especie de fuente eterna, o buscar su origen en otro mundo. La sociedad es el producto del desarrollo de la materia primaria, como la corteza terrestre o la amiba. De esta manera, el pensamiento científico con sus métodos corta, como un diamante, a través de los fenómenos complejos de la ideología social en el lecho de roca de la materia, sus elementos componentes, sus átomos con sus propiedades físicas y mecánicas.

Naturalmente esto no quiere decir que cada fenómeno de la química puede ser reducido *directamente* a la mecánica; y aun menos que cada fenómeno social es directamente reductible a la fisiología y luego a las leyes de la química y de la mecánica. Puede decirse que éste es el supremo fin de la ciencia. Pero el método de aproximación continua y gradual hacia este objeto es enteramente diferente. La química tiene su manera especial de aproximarse a la materia; sus propios métodos de investigación, sus leyes propias. Lo mismo que sin el conocimiento de que las reacciones químicas son reductibles en *último análisis* a las propiedades mecánicas de las partículas elementales de la materia no hay ni puede haber una filosofía acabada que una todos los fenómenos en un solo sistema, así,

por otra parte, el mero conocimiento de que los fenómenos químicos se hallan radicados en la mecánica y en la física no proporciona en sí la clave de ninguna reacción química. La química tiene *sus propias claves*. Se puede elegir entre ellas sólo por la generalización y la experimentación, a través del laboratorio químico, de hipótesis y teorías químicas.

Esto es aplicable a todas las ciencias. La química es un poderoso pilar de la fisiología con la cual está directamente relacionada a través de los canales de la química orgánica y fisiológica. Pero la química no es un sustituto de la fisiología. Cada ciencia descansa sobre las leyes de otras ciencias sólo en lo que se llama la *instancia final*. Pero al mismo tiempo, la separación de las ciencias unas de otras está determinada precisamente por el hecho de que cada ciencia abarca un campo particular de fenómenos, es decir, un campo de tales complejas combinaciones de fenómenos elementales que se requiere una aproximación especial, una técnica de investigación especial, hipótesis y métodos especiales.

Esta idea parece tan indispensable en lo que se refiere a las ciencias matemáticas y a la historia natural que insistir en ello sería lo mismo que forzar una puerta abierta. Con la ciencia social ocurre algo diferente. Naturalistas extraordinariamente ejercitados que en el terreno, digamos, de la fisiología no avanzarían un paso sin tomar en cuenta experimentos rigurosamente comprobados, verificaciones, generalizaciones hipotéticas, verificaciones finales y otras medidas más, se aproximan a los fenómenos sociales más audazmente, con la audacia de la ignorancia, como si reconocieran tácitamente que en esta esfera extremadamente compleja de los fenómenos es suficiente el tener solamente vagas tendencias, observaciones diarias, tradiciones familiares y aun un acervo de prejuicios sociales corrientes.

La sociedad humana no se ha desarrollado de acuerdo con un plan o sistema dispuesto previamente, sino empíricamente, a través de un largo, complicado y contradictorio batallar de las especies humanas por la existencia, y posteriormente, por conseguir un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza. La ideología de la sociedad humana se formó como un reflejo de esto y como instrumento en este proceso, tardío, inconexo, fraccionario, en forma, por decirlo así, de reflejos sociales condicionados que en último análisis son reductibles a las necesidades de la lucha del hombre colectivo contra la naturaleza. Pero llegar a juzgar las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana sobre la base de sus reflejos ideológicos, sobre

la base de lo que se llama la opinión pública, etc. equivale casi a formarse un juicio sobre la estructura anatómica y fisiológica de un lagarto sobre la base de sus sensaciones cuando se halla calentándose al sol o cuando sale arrastrándose de una grieta húmeda. Es bastante cierto que hay un lazo muy directo entre las sensaciones de un lagarto y su estructura orgánica. Pero este lazo es objeto de investigación por medio de métodos objetivos. Hay una tendencia, sin embargo, a llegar a ser lo más subjetivo en los juicios sobre la estructura y las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana en términos de lo que se da en llamar conciencia de la sociedad, esto es, su ideología contradictoria, desarticulada, conservadora y no verificada. Por cierto que estas comparaciones pueden herirnos y levantar la objeción de que la ideología social se halla, después de todo, en un plano más alto que la sensación de un lagarto. Todo ello depende de la manera en que se aborde la cuestión. Según mi opinión, no hay nada paradójico en aseverar que de las sensaciones de un lagarto se podía, si fuera posible enfocarlas debidamente, extraer conclusiones mucho más directas en lo que concierne a la estructura y la función de sus órganos que en lo que concierne a la estructura de la sociedad y su dinámica de tales reflexiones ideológicas como, por ejemplo, credos religiosos que ocuparon una vez y aun continúan ocupando un lugar tan destacado en la vida de la sociedad humana; o de los códigos contradictorios e hipócritas de la moralidad oficial; o finalmente por las concepciones filosóficas idealistas que a fin de explicar los procesos orgánicos complejos que ocurren en el hombre, tratan de colocar la responsabilidad en una esencia sutil, nebulosa llamada alma y dotada de las cualidades de impenetrabilidad y eternidad.

La reacción de Mendeleev a los problemas de reorganización social fué hostil y aun despreciativa. Sostenía que desde tiempos inmemoriales nada había resultado de esta tentativa. En vez de eso Mendeleev esperaba un futuro más feliz que se levantaría por medio de las ciencias positivas y sobre todo de la química que revelaría todos los secretos de la naturaleza.

Es interesante yuxtaponer este punto de vista al de nuestro notable fisiologista Pavlov que es de opinión que las guerras y las revoluciones son algo accidental, resultado de la ignorancia del pueblo y que conjetura que sólo un profundo conocimiento de la "naturaleza humana" eliminará tanto las guerras como las revoluciones.

Puede colocarse a Darwin en la misma categoría. Este biólogo altamente dotado demostró cómo una acumulación de pequeñas va-

riaciones *cuantitativas* produce una "cualidad" (calidad) biológica enteramente nueva y con esta prueba explicó el origen de las especies. Sin estar enterado de ello, aplicó de este modo el método del materialismo dialéctico a la esfera de la vida orgánica. Aunque Darwin no estaba informado en filosofía, aplicó brillantemente la ley hegeliana de la transición de la cantidad a la calidad. Al mismo tiempo descubrimos muy a menudo en este mismo Darwin, para no mencionar a los darwinistas, tentativas profundamente ingenuas y anticientíficas para aplicar las conclusiones de la biología a la sociedad. Interpretar la competencia como una "variedad" de la lucha biológica por la existencia es como buscar sólo mecánica en la fisiología del matrimonio.

En cada uno de estos casos observamos un solo y mismo error fundamental: los métodos y realizaciones de la química o de la fisiología, violando todos los límites científicos, son transportados a la sociedad humana. Difícilmente traspasará un naturalista sin modificación las leyes que gobiernan el movimiento de los átomos al movimiento de moléculas que estén gobernadas por otras leyes. Pero muchos naturalistas tienen una actitud completamente diferente sobre la cuestión sociológica. La estructura históricamente condicionada de la sociedad es desdenada muy a menudo por ellos en favor de la estructura anatómica de las cosas, la estructura fisiológica de los reflejos, la lucha biológica por la existencia. Por supuesto, la vida de la sociedad humana, entrelazada con las condiciones materiales, rodeada por todos lados por procesos químicos, representa en sí mismo en último análisis una combinación de procesos químicos. Por otro lado, la sociedad está constituida por seres humanos cuyo mecanismo fisiológico se puede resolver en un sistema de reflejos. Pero la vida pública no es ni un proceso químico ni fisiológico sino un proceso social que está conformado de acuerdo con sus propias leyes, y éstas a su vez están sujetas a un análisis sociológico objetivo cuya finalidad debe ser: Adquirir la capacidad de prever y de gobernar la suerte de la sociedad.

LA FILOSOFIA DE MENDELEYEV.

En sus comentarios a los *Principios de Química*, Mendeleev dice: "Hay dos finalidades básicas o positivas para el estudio científico de los objetos: el de la predicción y el de la utilidad. . . El triunfo de las previsiones científicas sería de escasa significación, si no llevaran finalmente a una utilidad directa y general. La previsión cien-

tífica, basada en el conocimiento, dota al poderío humano de conceptos por medios de los cuales es posible dirigir la esencia de las cosas por un canal deseado". Y más adelante Mendeleev agrega cautelosamente: "Las ideas religiosas y filosóficas han prosperado y se han desarrollado durante muchos miles de años; pero aquellas ideas que gobiernan las ciencias exactas capaces de predecir han sido reproducidas sólo durante unos pocos siglos y han abarcado de este modo sólo una esfera limitada. Apenas han transcurrido dos siglos desde que la ciencia formó parte de esas ciencias. En verdad, quedan muchas cosas por derivar de estas ciencias, ante nosotros, en lo que concierne a predicción y utilidad".

Estas palabras cautelosas, "insinuantes" son muy notables en boca de Mendeleev. Su significado medio oculto está dirigido claramente contra la religión y contra la filosofía especulativa. Mendeleev las compara con la ciencia. Las ideas religiosas—dice, en efecto—han prevalecido durante miles de años y los beneficios derivados de estas ideas no son muchos; pero podéis ver por vuestros propios ojos lo que la ciencia ha contribuido en ello en un período corto de tiempo y podéis juzgar cuáles serán sus beneficios. Este es el contenido indiscutible del pasaje precedente incluido por Mendeleev en uno de sus comentarios e impreso con tipos de los más finos en la página 405 de sus *Principios de Química*. Dimitri Ivanovich era un hombre muy cauteloso y no trataba de entablar querrela con la opinión pública!

La química es una escuela de pensamiento revolucionario no por la existencia de una química de explosivos. Los explosivos están lejos de ser siempre revolucionarios. Sino por que sobre todo, la química es la ciencia de la transmutación de los elementos; es hostil a cualquier clase de pensamiento conservador o absoluto encerrado en categorías inmóviles.

Es muy instructivo el que Mendeleev, sintiéndose naturalmente bajo la presión de la opinión pública conservadora, defendiere el principio de estabilidad y de inmutabilidad en los *grandes* procesos de la transformación química. Este gran hombre de ciencia insistió con notable testarudez sobre la inmutabilidad de los elementos químicos y la imposibilidad de su transmutación en otros. Sentía la necesidad de encontrar pilares firmes de apoyo. Decía: "Yo soy Dimitri Ivanovich y usted es Iván Petrovich. Cada uno de nosotros posee su propia individualidad así como los elementos".

Mendeleev atacó desdeñosamente más de una vez a la dialéctica. Por esto entendía no la dialéctica de Hegel o de Marx, sino el arte

superficial de jugar con las ideas, que es mitad sofisticaría, mitad escolasticismo. La dialéctica científica abraza los métodos generales de pensamiento que reflejan las leyes del desarrollo. Una de esas leyes es el cambio de la cantidad en calidad. La química está profundamente empapada con esta ley. Toda la Ley Periódica de Mendeleev está construída enteramente sobre ella, al deducir diferencias cualitativas en los elementos de diferencias cuantitativas en los pesos atómicos. Engels valorizó el descubrimiento de nuevos elementos por Mendeleev precisamente desde este punto de vista. En su ensayo, *El Carácter General de la Dialéctica como Ciencia*, Engels escribió: "Mendeleev mostró que en una serie de elementos relacionados ordenados según sus pesos atómicos hay varias lagunas que indicaban la existencia de otros elementos no descubiertos hasta aquí. Describió con antelación las propiedades químicas generales de cada uno de estos elementos desconocidos y predijo aproximadamente sus pesos relativo y atómico, y su lugar atómico. Mendeleev, aplicando inconscientemente la ley hegeliana de la conversión de la cantidad en calidad, realizó un hecho científico que puede colocarse por su audacia junto al descubrimiento del planeta desconocido Neptuno por Leverrier calculando su órbita.

La lógica de la Ley Periódica, aunque modificada posteriormente, se demostró más poderosa que los límites conservadores entre los cuales trató de encerrarla su creador. El parentesco de los elementos y su metamorfosis mutuas pueden considerarse como comprobados empíricamente desde el momento en que con ayuda de los elementos radioactivos se hizo posible dividir el átomo en sus componentes. ¡En la Ley Periódica de Mendeleev, en la química de los elementos radioactivos, la dialéctica celebra su propia y más resonante victoria!

Mendeleev no tenía un sistema filosófico acabado. Aun le faltó tal vez el deseo de tenerlo, pues esto lo habría puesto inevitablemente en conflicto con sus propias costumbres y simpatías conservadoras.

Se puede observar un dualismo en las cuestiones básicas del conocimiento en Mendeleev. Así, parecería que tendía hacia el "agnosticismo", al declarar que la "esencia" de la materia debía permanecer para siempre más allá del alcance de nuestro conocimiento porque es ajena a nuestro espíritu y conocimiento" (!). Pero casi inmediatamente nos ofrece una fórmula notable para conocer que barre a un lado de un solo golpe al agnosticismo. En la misma nota Mendeleev dice: "Acumulando gradualmente su conocimiento so-

bre la materia el hombre adquiere poder sobre ella y en el grado en que lo realiza puede aventurar predicciones más o menos precisas, verificables efectivamente por los hechos y *no se divisa que pueda haber un límite al conocimiento del hombre y su dominio de la materia*". Es evidente por sí mismo que si no hay límites para el conocimiento y poderío del hombre sobre la materia, no hay entonces una "esencia" imposible de conocer. El conocimiento que nos arma con la capacidad de predecir todos los cambios posibles de la materia y nos dota del poder necesario para producir estos cambios, ese conocimiento agota efectivamente la esencia de la materia. La así llamada "esencia" incognoscible de la materia no es sino una generalización de nuestro conocimiento incompleto de la materia. Es un seudónimo de nuestra ignorancia. La definición dualística de la materia desconocida, de sus propiedades conocidas me hace recordar la jocosa definición que dice que un anillo de oro es un agujero rodeado por el precioso metal. Es evidente que si llegamos a conocer el metal precioso de los fenómenos y somos capaces de darle forma podemos quedarnos completamente indiferentes acerca del "agujero" de la substancia; y hacemos de ello un alegre presente a los filósofos y teólogos arcaicos.

ERRORES DE IMPORTANCIA.

No obstante sus verbales concesiones al agnosticismo ("esencia inconocible") Mendelejev es inconscientemente un dialéctico materialista en sus métodos y en sus altas realizaciones en la esfera de la ciencia natural, especialmente en la química. Pero su materialismo se nos aparece como encastillado tras una coraza conservadora que protegía su pensamiento científico contra conflictos demasiado agudos con la ideología oficial. Esto no quiere decir que Mendelejev creó artificialmente una cubierta conservadora para sus métodos; se hallaba él mismo suficientemente atado a la ideología oficial y por lo tanto sentía indudablemente una aprensión íntima a mellar el filo de navaja del materialismo dialéctico.

No ocurre otro tanto en la esfera de las relaciones sociológicas: La urdimbre de la filosofía social de Mendelejev era de índole conservadora, pero de vez en cuando se entretajan dentro de su urdimbre notables conjeturas, materialistas en su esencia y revolucionarias en su tendencia. ¡Pero junto a estas conjeturas hay errores de bulto y qué errores!

Me limitaré a señalar sólo dos. Rechazando todos los planes o pretensiones de reorganización social como Utópicos y "Latinistas",

Mendelejev imaginaba un futuro mejor sólo en relación con el desarrollo de la tecnología científica. Pero tenía su Utopía propia. Según Mendelejev, vendrían días mejores cuando los gobiernos de las grandes potencias del mundo llevaran a efecto la necesidad de ser fuertes y llegaran a la unanimidad entre ellos sobre la necesidad de eliminar todas las guerras, revoluciones y los principios utópicos de todos los anarquistas, comunistas y otros "puños aguerridos", incapaces de comprender la evolución progresiva que se desarrollaba en toda la humanidad. Ya se podía percibir la aurora de esta concordia universal en las conferencias de La Haya, Portsmouth y Marruecos. Estos ejemplos representan los errores más importantes por parte de un gran hombre. La historia sometió la utopía social de Mendelejev a una prueba rigurosa. De las conferencias de La Haya y de Portsmouth brotaron la guerra ruso-japonesa, la guerra de los Balkanes, la gran matanza imperialista de las naciones y una aguda declinación de la economía europea; mientras que de la conferencia de Marruecos surgió la repugnante carnicería de Marruecos que ahora ha sido completada bajo el emblema de la defensa de la civilización europea. Mendelejev no vio la lógica interna de los fenómenos sociales, o, más precisamente, la dialéctica interna de los procesos sociales y por lo tanto fué incapaz de prever las consecuencias de la conferencia de La Haya. Pero, como sabemos, la importancia reside, más que nada, en la previsión. Si os volvéis a lo que escribieron los marxistas sobre la conferencia de La Haya en los días en que se la preparó y convocó os convenceríais fácilmente entonces que los marxistas previeron correctamente las consecuencias. Por esto es que en el momento más crítico de la historia demostraron estar provistos con puños aguerridos. Y realmente no hay nada que lamentar en el hecho que la clase que se levanta en la historia, armada de una teoría correcta del conocimiento y de la previsión sociales demostrase finalmente que estaba armada de un puño suficientemente aguerrido para abrir una nueva época de desarrollo humano.

Permitidme citar otro error. Poco antes de su muerte, Mendelejev escribió: "Temo especialmente por la suerte de la ciencia y de la cultura, y por la ética general bajo el "Socialismo de Estado". ¿Fueron fundados sus temores? Aun hoy en día, los más avanzados estudiosos de Mendelejev han comenzado a ver claramente las vastas posibilidades para el desarrollo del pensamiento científico y técnico gracias al hecho de que este pensamiento es, por decirlo así, racionalizado, emancipado de las luchas intestinas de la

propiedad privada, porque ya no necesita someterse al soborno de los poseedores individuales sino que trata de servir al desarrollo económico de las naciones como un todo. La red de institutos técnico-científicos que se establecen ahora por el estado sólo es un síntoma material, por decirlo así, pequeño de las posibilidades ilimitadas que se han desprendido de ello.

No menciono estos errores con el fin de lanzar un estigma sobre el gran renombre de Dimitri Ivanovich. La historia ha dictado su fallo sobre los principales puntos de controversia y no hay razón para reanudar la disputa. Pero permítaseme establecer que los errores más grandes de este gran hombre contienen una importante lección para los estudiosos. Desde el campo de la química misma no hay salidas *directas* e *inmediatas* para las perspectivas sociales. Se necesita el método objetivo de la ciencia social. Este método es el marxismo.

Cuando quiera que un marxista intentase convertir la teoría de Marx en una llave maestra universal e ignorar todas las otras esferas del conocimiento Vladimir Ilych (Lenin) lo habría increpado con la frase expresiva: "Komchvantsvo" ("Comunista balandrón"). Esto significaría en este caso particular, el Comunismo no es un sustituto de la química. Pero el teorema inverso es igualmente verdadero. La tentativa de descartar al marxismo por la suposición de que la química (o las ciencias naturales en general) pueden decidir todos los problemas es una "Baladronada *química*" peculiar (Khimchvanstvo) que por lo que atañe a la teoría no es menos errónea y en lo que se refiere a los hechos no menos pretenciosa que la baladronada *Comunista*.

GRANDES CONJETURAS.

Mendeleyev no aplicó un método científico al estudio de la sociedad y a su desarrollo. Siendo un escrupuloso investigador que se cotejaba (verificaba) repetidamente a sí mismo antes que permitir a su imaginación creadora que diese un gran salto adelante en el plano de la generalización, Mendeleyev permaneció reducido a un empirista en los problemas político-sociales, combinando las conjeturas con una visión heredada del pasado. Sólo debo decir que la conjetura fué verdaderamente de Mendeleyev, en especial allí donde se relacionó directamente con los intereses científicos industriales del gran hombre de ciencia.

El propio espíritu de la filosofía de Mendeleyev pudo definirse como un *optimismo técnico-científico*. Mendeleyev lanzó este opti-

mismo, coincidente con la línea de desarrollo del capitalismo, contra los Narodnikis, liberales y radicales, contra los que seguían a Tolstoi y en general, contra toda clase de retroceso económico. (Retrogradación económica). Mendeleyev creía en la victoria del hombre sobre todas las fuerzas de la naturaleza. De ahí proviene su odio al malthusianismo. Este es un rasgo notable de Mendeleyev. Resalta en todos sus escritos, ya sea de ciencia pura, ora de divulgación sociológica, así como en sus escritos de química aplicada. Mendeleyev saludó con gran placer el hecho que el aumento anual de la población de Rusia (1½%) fuese mayor que el valor medio de todo el mundo. Calculando que la población del mundo alcanzaría a 10 billones en 150 a 200 años Mendeleyev no vió en ello ningún motivo de alarma. Escribió: "No solamente 10 billones sino una población de muchas veces más este valor encontrarían alimento en este mundo no sólo por la aplicación del trabajo sino también por la persistente inventividad que gobierna al conocimiento. El temer que falte el alimento es en mi opinión un puro disparate, con tal de que se garantice la comunión activa y pacífica de las masas populares".

Nuestro gran químico y optimista industrial habría escuchado con escasa simpatía la reciente opinión del profesor Keynes, de Inglaterra, que nos dijo durante las festividades académicas que debiéramos preocuparnos de limitar el aumento de la población. Dimitri Ivanovich sólo habría repetido su vieja observación: "¿O quieren los nuevos Maltus detener este crecimiento? Según mi opinión, mientras más haya, tanto mejor". La agudeza sentenciosa de Mendeleyev se expresaba muy a menudo en esta clase de fórmulas deliberadamente supersimplificadas.

Desde el mismo punto de vista—optimismo industrial—abordó Mendeleyev, el gran fetiche del idealismo conservador, lo que se da en llamar *carácter nacional*. Escribió: "Dondequiera que predomina la agricultura en sus formas primitivas una nación es incapaz de un trabajo continuado y permanentemente regular, sólo puede trabajar en forma caprichosa y circunstancial. Esto se refleja claramente en las costumbres, en el sentido de que hay una falta de ecuanimidad, calma y frugalidad; se observa inquietud en todo; prevalece una actitud de descuido, junto con la extravagancia, hay tacañería o bien despilfarro. . . . Dondequiera que se ha desarrollado junto a la agricultura la industria fabril en gran escala, donde se puede ver con los propios ojos, además de la agricultura esporádica, la labor continua, ininterrumpida de las fábricas, allí se logra una

apreciación justa del trabajo y así sucesivamente". De especial valor es, en estas líneas, la consideración del carácter nacional no como un elemento primordial fijo creado para siempre sino como un producto de condiciones históricas y, más precisamente, de las formas sociales de producción. Esta es una aproximación, aunque parcial solamente, a la filosofía histórica del marxismo.

En el desarrollo de la industria Mendeleyev ve el instrumento de la reeducación nacional, la elaboración de un nuevo carácter nacional, más equilibrado, más disciplinado y más regulado por sí mismo. Si contrastamos efectivamente el carácter de los movimientos campesinos revolucionarios con el movimiento del proletariado y especialmente el papel del proletariado en Octubre y hoy en día entonces la predicción de Mendeleyev quedará iluminada con suficiente claridad.

Nuestro industrioso optimista se expresaba asimismo con notable lucidez sobre la eliminación de las contradicciones entre la ciudad y el campo y cualquier comunista aceptará sus indicaciones en este aspecto. Mendeleyev escribió: El pueblo ruso ha comenzado a emigrar a las ciudades en gran cantidad. . . . Mi opinión es que constituye un profundo disparate luchar contra este desarrollo; este proceso terminará sólo cuando la ciudad, por un lado, se extienda en tal forma que incluya más parques, jardines, etc., es decir, la finalidad de las ciudades no será solamente hacer la vida lo más saludable que se pueda, sino proveer también espacios abiertos suficientes no sólo para lugares de diversión de los niños y para el deporte sino para toda clase de recreaciones; y cuando por otro lado, en las aldeas y granjas, etc. la población no urbana se extienda en tal forma que requiera la construcción de casas de varios pisos lo que provocará la necesidad de proveer de servicios de agua, de alumbrado callejero y otras comodidades de la ciudad. En el transcurso del tiempo todo esto llevará a que toda la región agrícola (poblada en forma suficientemente densa), llegue a habitarse, con las viviendas separadas por las huertas y campos necesarios para la producción de materias alimenticias y con plantas de fábricas para la manufactura y modificación de estos productos". (D. I. Mendeleyev, *Para la comprensión de Rusia*, 1906).

Mendeleyev da aquí un testimonio convincente en favor de la vieja tesis del socialismo: la eliminación de la contradicción entre la ciudad y el campo. Sin embargo, Mendeleyev no plantea en esta oportunidad la cuestión de los cambios en la forma social de la economía. Cree que el capitalismo llevará automáticamente a la ni-

velación de las condiciones urbanas y rurales por la introducción de formas de habitación más elevadas, más higiénicas y culturales. En esto reside el error de Mendeleyev. Esto aparece más claramente en el caso de Inglaterra a la que se refería Mendeleyev con esta esperanza. Mucho antes de que Inglaterra pudiese eliminar las contradicciones entre la ciudad y el campo su desarrollo económico había desembocado en un callejón sin salida. La cesantía corroe su economía. Los dirigentes de la industria inglesa ven la salvación de la sociedad en la inmigración, en la eliminación de la superpoblación. Aun el economista más "progresista", el señor Keynes nos confiaba el otro día que la salvación de la economía inglesa reside en el maltusianismo. . . . También para Inglaterra la senda para resolver las contradicciones entre la ciudad y el campo es la del *Socialismo*.

Hay otra conjetura o intuición formulada por nuestro industrioso optimista. En su último libro, Mendeleyev escribió: "Después de la época industrial seguirá probablemente en el futuro una época de lo más compleja, que, de acuerdo con mi manera de pensar, se destacará por una facilitación, por *una extremada simplificación de los métodos para obtener alimentación, vestuario y abrigo*. La ciencia establecida perseguirá esta extremada simplificación hacia la cual ya ha sido dirigida en parte en décadas recientes". (Idem).

Estas son palabras notables. Aunque Dimitri Ivanovich hace algunas reservas—contra la realización, no lo quiera Dios, de la Utopía de los Socialistas y Comunistas—sin embargo, en esas palabras esboza las perspectivas técnico-científicas del Comunismo. Un desarrollo de las fuerzas productivas que nos llevase a alcanzar simplificaciones extremas en los métodos de obtención de alimentos, vestuario y abrigo nos llevaría claramente a reducir a un mínimo los elementos de coerción en la estructura social. Con la eliminación de la voracidad completamente inútil en las relaciones sociales las formas del trabajo y de la distribución asumirán un carácter comunista. En la transición del Socialismo al Comunismo no será necesaria una revolución puesto que la transición depende por completo del progreso técnico de la sociedad.

CIENCIA UTILITARIA Y CIENCIA "PURA".

El optimismo industrial de Mendeleyev dirigió constantemente su pensamiento hacia los asuntos y problemas prácticos industriales.

En sus obras de teoría pura encontramos que su pensamiento está encauzado por los mismos canales hacia los problemas de la economía. Hay una disertación de Mendelejev dedicada a la cuestión de diluir el alcohol con agua, cuestión que es de importancia económica aún hoy. (Referencia irónica al hecho de que se volviese a vender *vodka* por el Estado.—N. del Ed.). Mendelejev inventó una pólvora sin humo para las necesidades de la defensa nacional. Se preocupó personalmente de realizar un cuidadoso estudio del petróleo, y esto en dos direcciones, una puramente teórica, el origen del petróleo; y la otra sobre los usos técnico-industriales. Debemos tener presente a esta altura que Mendelejev protestó siempre contra el uso del petróleo sólo como simple combustible. “La calefacción se puede hacer con billetes de banco!”, exclamaba nuestro químico. Como proteccionista convencido Mendelejev tuvo parte destacada en la elaboración de políticas o sistemas de aranceles y escribió su “Política sensible del arancel”, de la cual no pocas sugerencias valiosas pueden citarse aún desde el punto de vista del proteccionismo socialista.

Los problemas de las vías marítimas por el norte despertaron su interés poco antes de su muerte. Recomendó a los jóvenes investigadores y navegantes que resolvieran el problema de hacer accesible el Polo Norte. Sostenía que de ello se derivarían necesariamente rutas comerciales. “Cerca de ese hielo hay no poco oro y otros minerales, nuestra propia América. Sería feliz si muriera en el polo, porque allí uno no se *putre* por lo menos”. Estas palabras tienen un tono muy moderno. Cuando el viejo químico reflexionaba sobre la muerte pensaba acerca de ella desde el punto de vista de la putrefacción y soñaba incidentalmente con morir en una atmósfera de eterno frío.

Mendelejev no se cansaba nunca de repetir que la meta del conocimiento era la “utilidad”. En otras palabras, abordaba la ciencia desde el punto de vista del utilitarismo. Al mismo tiempo, como sabemos, insistía sobre el papel creador de la rebúsqueda desinteresada de conocimiento. ¿Por qué se interesaría alguien en particular en buscar rutas comerciales por vías indirectas para alcanzar el Polo? Porque el alcanzar el Polo es un problema de investigación desinteresada capaz de excitar pasiones deportivas de investigación científica. ¿No hay una contradicción entre esto y la afirmación de que la meta de la ciencia es la “utilidad”? De ninguna manera. La ciencia es una función social y no individual. Desde el punto de

vista histórico social la ciencia es utilitaria. Pero esto no significa en absoluto que cada hombre de ciencia aborde los problemas de investigación desde un punto de vista utilitario. ¡No! Las más de las veces los estudiosos son impulsados por su pasión de conocer y mientras más significativo es el descubrimiento de un hombre menos puede prever, por regla general, con antelación sus aplicaciones prácticas posibles. Así, la pasión desinteresada de un investigador no está en contradicción con el significado utilitario de cada ciencia más de lo que pueda estar en contradicción el sacrificio personal de un luchador revolucionario con la finalidad utilitaria de aquellas necesidades de clase a las cuales sirve.

Mendelejev tenía la capacidad de combinar perfectamente su pasión de conocimiento (saber) propio con la preocupación incesante de elevar el poder técnico de la humanidad. Por esto es que las dos alas de este Congreso—los representantes de las ramas teórica y aplicada de la química—se hallan con igual derecho bajo la bandera de Mendelejev. Debemos educar a la nueva generación de hombres de ciencia en el espíritu de esta armoniosa coordinación de la investigación científica pura con las tareas industriales. La fe de Mendelejev en las ilimitadas posibilidades del conocimiento, la predicción y el dominio de la materia debe convertirse en el *credo* científico para los químicos de la patria socialista. El fisiólogo alemán, Du Bois Reymond consideraba al pensamiento filosófico fuera de la órbita del escenario de la lucha de clases y gritando: “*Ignorabimus!*” ¡Esto es, no conoceremos nunca, no comprenderemos nunca! Y el pensamiento científico uniendo su suerte a la de la clase que asciende replica, “¡Mentís!” ¡Lo impenetrable no existe para el pensamiento consciente! ¡Lo alcanzaremos todo! ¡Dominaremos todo! ¡Lo reconstruiremos todo!”

León Trotsky

OBJETIVIDAD HISTORICA

Todos digieren los alimentos y oxigenan su sangre; pero no todos se atreverían a escribir una tesis sobre la digestión y la circulación sanguínea. No ocurre lo mismo con las ciencias sociales. Porque todos viven bajo la influencia del mercado y del proceso histórico en general, consideran suficiente el sentido común para escribir ejercicios sobre temas económicos y especialmente histórico-filosóficos. Por lo regular, sólo se exige "objetividad" a la obra histórica. Pero, lo cierto es que por más sonoro que sea este título en el lenguaje del sentido común, nada tiene que ver con el objetivismo científico.

El filisteo, sobre todo, si el tiempo y el espacio lo separan del campo de la lucha, se considera él mismo por encima de los contrincantes, simplemente porque no entiende a ninguno. Cree de buena fe que su ceguera en el juego de las fuerzas históricas es signo de alta imparcialidad. Como que está acostumbrado a considerarse a sí mismo la medida normal de todas las cosas. Muchos trabajos históricos, no obstante su valor documental, se escriben con ese criterio. Un embotamiento de las aristas cortantes, la distribución de las luces y las sombras, una moral conciliadora y una perfecta ocultación de las simpatías políticas del autor, aseguran fácilmente a una obra histórica una alta fama de "objetividad".

Así cuando el motivo de estudio es un fenómeno tan poco conciliable con el sentido común como una revolución, dicha "objetividad" histórica dicta por adelantado sus inmutables conclusiones: La causa de los trastornos se debe a que los conservadores eran demasiado conservadores y los revolucionarios demasiado revolucionarios; el exceso histórico llamado guerra civil podría evitarse en el futuro si los poseedores se mostraran más generosos y los hambrientos más moderados. Un libro de tal tendencia ejerce un efecto sedante sobre los nervios, sobre todo, en un período de crisis mundial.

El imperativo de la ciencia, que no es la "objetividad" del filisteísmo académico, impone, sin embargo, que se muestre el *origen social* de los acontecimientos históricos por más desagradables que resulten para el sistema nervioso. La historia no es un cúmulo de documentos y máximas morales. La historia es una ciencia tan objetiva como la fisiología. En vez de imparcialidad hipócrita requiere método científico. Se puede aceptar o rechazar el materialismo dialéctico como método de la ciencia histórica, pero no se puede prescindir de él. La objetividad científica puede y debe estar contenida en el mismo método. Si el autor no acierta con su aplicación hay que señalar precisamente dónde está el error.

He intentado fundar mi Historia no sobre mis simpatías políticas personales, sino sobre las bases materiales de la sociedad. He considerado la Revolución como el proceso histórico de la lucha directa de las clases por el poder. He concentrado mi atención en los cambios que la conciencia de clase experimenta bajo el ritmo febril de la misma lucha. He considerado los partidos y factores políticos a la luz de los movimientos y choques de las masas. Cuatro procesos paralelos condicionados por la estructura social del país formaron así el fondo de toda la obra: la evolución de la conciencia del proletariado desde febrero a octubre (1917), la transformación del espíritu del ejército; el crecimiento de las reivindicaciones de los campesinos; el despertar y la rebelión de las nacionalidades oprimidas. Al descubrir la dialéctica de la conciencia de las masas el autor había de dar con la clave más acertada de todos los sucesos de la Revolución.

Una obra literaria es "verídica" o artística cuando las relaciones entre los héroes se desarrollan no de acuerdo con los deseos del autor sino con los de las fuerzas latentes de los caracteres y de las situaciones. El conocimiento científico difiere grandemente del artístico, aunque tienen algunos rasgos comunes determinados por la interdependencia de la descripción y la cosa descrita. Una obra histórica es científica cuando los hechos se combinan en un proceso total que, como en la vida, se desarrolla siguiendo sus propias leyes intrínsecas.

¿Es exacta la descripción de las clases rusas? ¿Hablan estas clases a través de sus partidos y políticos su propio lenguaje? ¿Se remontan los acontecimientos—con naturalidad, sin ser forzados—a la fuente social, es decir, a la lucha de las fuerzas históricas vivientes? ¿La concepción general de la revolución choca con los hechos rea-

les? Tengo que reconocer con gratitud que un gran número de críticos se ha acercado a mi obra con un criterio realmente objetivo o sea científico. Sus observaciones críticas pueden ser justas o falsas; pero en su gran mayoría son fructíferas (*).

Sin embargo, no es casual, que aquellos críticos que echan de menos la "objetividad" hayan descuidado completamente el problema del determinismo histórico. Se quejan en realidad de la "injusticia" del autor respecto a sus rivales como si se tratara no de una investigación científica sino de una libreta escolar con notas de buena conducta. Uno de los críticos se ofende en nombre de la monarquía, otro en nombre de los liberales, un tercero en nombre de los conciliadores. Como las simpatías de estos críticos no obtuvieron reconocimiento ni indulgencia de la misma realidad en 1917, les gustaría hallar ahora consuelo en las páginas de la historia; así como alguna gente busca protección contra los embates del destino en la literatura romántica. Pero de lo que menos se ocupó el autor fué de interpretar en su obra el fallo del proceso histórico mismo. Las personas ofendidas, no obstante los quince o dieciséis años de que han dispuesto, nunca intentaron explicar las causas de lo que les había ocurrido. La emigración blanca no ha producido una sola obra histórica digna de este nombre. La causa de su infortunio tratan de encontrarla aún en el "oro alemán", el analfabetismo de las masas, y en las intrigas criminales de los bolcheviques. La irritación personal de los apóstoles de la objetividad—confieso que esto es indiscutible—debe ser tanto más aguda cuanto más convincentemente revela la obra histórica la inevitabilidad de su destrucción y lo vano de toda esperanza en el futuro.

Los más prudentes de estos críticos, políticamente desilusiona-

(*) Por inesperado que sea el hecho, algunos historiadores soviéticos oficiales han tratado de criticar nuestra concepción como una concepción idealista. El profesor Pokrovsky insistía, por ejemplo, en afirmar que habíamos subestimado los factores objetivos de la Revolución: "Entre febrero y octubre se produjo una enorme desorganización económica"; "durante ese período, el campesinado... se sublevó contra el Gobierno provisorio". Según Pokrovsky es precisamente en estos "desplazamientos objetivos" y no en los procesos psíquicos variables donde hay que hallar la fuerza motriz de la Revolución. Gracias a una plausible claridad en su manera de plantear las cuestiones, Pokrovsky pone mejor que nadie de manifiesto la inconsistencia de una explicación vulgarmente económica de la historia, explicación que con bastante frecuencia se hace pasar por marxista. De la Introducción a los volúmenes II y III de la "Historia de la Revolución Rusa", por León Trotsky.

dos, disfrazan a menudo la causa de su anodamiento, quejándose del autor de la historia por haberse permitido el tono polémico y la ironía (*). Eso creen, está por debajo de la dignidad científica. Pero la revolución es en sí misma una polémica convertida en acción de masas. Tampoco carece el proceso histórico de ironía, pues, durante la revolución puede medirse en millones de H. P. Las arengas, las resoluciones, y las cartas de los que han participado en ella y que luego fueron coleccionadas, tienen necesariamente un carácter polémico. Nada más fácil que "conciliar" todo este caos de amarga lucha de intereses e ideas con el método de la "áurea mediocridad"; pero nada, tampoco, más estéril. El autor se ha esforzado en definir el poder relativo de todas las opiniones, consignas, promesas y demandas en el curso de la lucha social por medio de un tamiz crítico o (si se prefiere) polémico. Ha reducido lo individual a lo social, lo particular a lo general y confrontado lo subjetivo con lo objetivo. En nuestra opinión en esto consiste precisamente la historia como ciencia.

Hay un grupo muy particular de críticos que están ofendidos personalmente en nombre de Stalin y para quienes la historia no existe fuera de esta cuestión. Estos hombres se consideran "amigos" de la revolución rusa. En realidad, son meros defensores de la burocracia soviética que no es la misma cosa. La burocracia fué creciendo a medida que la actividad de las masas se debilitaba. La fuerza de la burocracia es el signo de la reacción antirrevolucionaria. Es verdad que esta reacción se desarrolla aún sobre la base de la revolución de octubre; pero aun así es una reacción. Los defensores de la burocracia son a menudo defensores de la reacción antiocubrista. Esto no varía con el cumplimiento inconsciente de sus funciones.

Como los tenderos enriquecidos que se inventan una nueva y

(*) El principio de Spinoza, "No llorar ni reír, sino comprender" sólo nos pone en guardia contra una risa fuera de lugar y unas lágrimas inoportunas; pero este principio no quita al hombre, así sea un historiador, el derecho a su parte de risa y de lágrimas cuando los justifica una verdadera comprensión de su objeto mismo. Una ironía puramente individualista que en una ligera bruma de indiferencia se extiende a todas las obras y concepciones de la humanidad, representa el lado peor del snobismo. Es tan falsa en una obra de arte como en un trabajo histórico. Pero existe una ironía que reside en la base misma de las relaciones vitales. Es obligación del historiador como del artista sacarla a luz. De la Introducción a los volúmenes II y III de la "Historia de la Revolución Rusa", por León Trotsky.

más distinguida genealogía, la clase burocrática que ha nacido de la revolución se ha creado una historiografía propia. Centenares de rotativas están a su servicio. Pero su cantidad no suple su falta de calidad científica. No podía, pues, ni aun para agradar a los más desinteresados amigos de las autoridades del Soviet, dejar intactas esas leyendas históricas, que son quizás muy halagadoras, pero que no obstante tienen la desgracia de contradecir los hechos y documentos.

Me limitaré a citar un solo ejemplo que a mi parecer es muy ilustrativo. Un buen número de páginas de mi obra (*) tratan de refutar la leyenda creada después de 1924 que me atribuye el propósito de haber intentado retardar la insurrección armada hasta después del Congreso de los Soviets, mientras que Lenin, apoyado por la mayoría del comité ejecutivo central, sostenía la necesidad de que estallara a la víspera. He tratado de probar, aduciendo numerosas pruebas en su mayor parte indirectas—y creo que lo he logrado en forma innegable—que Lenin desde la ilegalidad, fuera del campo de lucha, estaba demasiado impaciente por iniciar la insurrección divorciándola del Congreso de los Soviets. Por mi parte, apoyado por la mayoría del Comité Central, trate de que la insurrección coincidiera lo más posible con el Congreso, para cubrirla con la autoridad de éste. A pesar de todo su importancia, el desacuerdo era de un carácter puramente externo, circunstancial. Más tarde Lenin reconoció con franqueza que se había equivocado.

Mientras preparaba mi historia no tuve a mano la colección de discursos pronunciados con motivo del cincuentenario de Lenin que fué celebrado en Moscú el 23 de abril de 1920. Una de las páginas de dicho libro dice textualmente lo siguiente:

“Los miembros del Comité Central decidimos reforzar los Soviets y obligar al Congreso de los mismos para que iniciara la insurrección y proclamara al Congreso órgano del poder estatal. Lenin que se hallaba entonces oculto no estuvo de acuerdo y escribió (a mediados de septiembre, L. T.) que... la conferencia democrática debía ser disuelta y arrestada. Nosotros entendíamos que las cosas no eran tan simples... Todas las dificultades del proceso eran más evidentes para nosotros... A pesar de todas las deman-

(*) Una heroína de Proust requiere muchas páginas refinadas para llegar a sentir que ella no siente nada. Creemos que se puede reclamar al menos con igual derecho la atención para dramas colectivos que, en la historia, sacan de la nada a centenas de millones de seres humanos transforman el carácter de naciones enteras y se imponen para siempre

en la vida de la humanidad. De la Introducción a los volúmenes II y III de la “Historia de la Revolución Rusa”, por León Trotsky. das de Lenin seguimos reforzando los Soviets y en la noche del 25 de octubre afrontamos el espectáculo de la insurrección. Lenin sonriendo con mirada astuta, nos dijo: Sí, ustedes tenían razón. (*Cincuentenario de V. I. Ulyanov-Lenin*, 1920, pág. 2728).

Esta cita está tomada de un discurso pronunciado por el mismísimo Stalin, unos cinco años antes de que se pusiera en circulación la especie venenosa de que yo había intentado “empequeñecer” el papel de Lenin en la Revolución del 25 de octubre. Si el documento que acabo de citar, confirmatorio en todo de mi relato (aunque en términos más crudos, es cierto), hubiera estado en mis manos a tiempo me hubiera evitado la necesidad de aducir pruebas indirectas y menos autorizadas. Pero, por otra parte, me place que este pequeño libro olvidado por todos, pobremente impreso en papel ordinario (1920, ¡un año difícil!) haya venido a mis manos tan tarde. Por este simple hecho aporta una prueba adicional y muy notable de la “objetividad”, o mejor dicho, de la veracidad de mi narración aún en la esfera de esas debatidas cuestiones de orden personal.

Nadie, me permito hacer esta afirmación de la manera más categórica, nadie, ha encontrado hasta ahora en mi historia una tergiversación de la verdad que es el primer mandamiento de toda narración histórica y de cualquier otro orden. Son posibles los errores parciales, pero no las deformaciones tendenciosas. Si hubiera sido posible encontrar en los archivos de Moscú un solo documento que refutara o debilitara directa o indirectamente mi narración, hace mucho tiempo que estaría publicado y traducido a todos los idiomas. En cambio, es fácil probar la tesis contraria: todos los documentos que ofrecen el menor peligro para la leyenda oficial son cuidadosamente escondidos. No debe sorprender, pues, que los abogados de la burocracia stalinista al titularse amigos de la revolución de octubre tengan que suplir su carencia de argumentos con un exceso de celo. Pero este tipo de críticos es el que menos perturba mi conciencia científica. Las leyendas pasan, los hechos perduran.

Prinkipo, abril 1.º de 1933.

León Trotsky

UN NUEVO GRAN ESCRITOR

Es bueno que exista en el mundo el arte igual que la política. Es bueno que la potencia del arte sea tan inagotable como la vida misma. En cierto sentido, el arte es más rico que la vida porque puede aumentarla o disminuirla, recurrir a los colores brillantes o, por el contrario, conformarse con el lápiz gris, presentando al mismo objeto en todos sus aspectos, arrojando sobre él distintas luces. Sólo hubo un Napoleón; pero sus representaciones artísticas son legión.

La fortaleza de Pedro y Pablo y otras prisiones zaristas me pusieron en contacto tan íntimo con los clásicos franceses que durante más de tres décadas seguí siendo un lector bastante regular de las más notables novelas francesas modernas. Hasta en los años de la guerra civil yo tenía alguna novela francesa en mi tren militar. Después, en el destierro de Constantinopla, llegué a formar una modesta biblioteca de novelas francesas recientes. Fué devorada por las llamas junto con mis otros libros en marzo de 1931.

Sin embargo, en los últimos años el interés que sentía por dichas novelas se ha desvanecido casi por completo. Los acontecimientos que ocurrían en la tierra e incidentalmente sobre mi propia cabeza, eran demasiado abrumadores. Lo referente al arte empezó a parecer insípido y casi trivial. Leí con interés unos cuantos de los primeros volúmenes de la épica de Jules Romains. Pero los últimos, especialmente aquéllos que retratan la guerra, me impresionaron como un informe vacuo. Al parecer, ningún arte puede abarcar íntegramente la guerra. En la mayoría de los casos la pintura de las batallas es del todo superficial. Pero no es cuanto cabe decir al respecto. Del mismo modo que una alimentación excesivamente condimentada estraga el paladar, la acumulación de hecatombes históricas arruina el gusto por la literatura. Con todo, hace unos días tuve nuevamente ocasión de repetir: Es bueno que exista el arte en el mundo.

Jean Malaquais, un escritor francés desconocido para mí me hizo llegar un libro enigmáticamente titulado, *Les Javanais*. La novela está dedicada a André Gide. Esto me puso un poco en guardia. Gide se ha ido demasiado lejos de nosotros junto con la época que reflejaba en sus disquisiciones circunspectas y ociosas. Aun sus últimos libros, no obstante su interés, se leen como aportes humanos de un pasado irrevocable. Pero las primeras páginas, no más, me convencieron claramente de que Malaquais no estaba en deuda con Gide. Es, en verdad, del todo independiente. Y aquí está su fuerza, en especial ahora, cuando cualquier clase de dependencia se ha convertido en regla. El nombre de Malaquais no me decía nada, a no ser cierta calle de París. *Les Javanais* es su primera novela; sus otros libros se anuncian aún como libros "en preparación". Sin embargo, esta primera obra produce inmediatamente la idea de que el nombre de Malaquais quedará.

El autor es joven y apasionadamente enamorado de la vida. Pero sabe ya cómo mantener la indispensable distancia artística entre la vida y él; una distancia suficiente para impedirle sucumbir a su propia subjetividad. Amar la vida con el afecto superficial del diletante—y hay diletantes de la vida lo mismo que del arte—no es mucho mérito. Amar la vida con los ojos abiertos y un sentido crítico cabal, sin ilusiones, sin adornos, tal como es, con lo que ofrece, y aun más, con lo que puede llegar a ser, esto es la proeza de un tipo. Fijar este amor a la vida con expresión artística, sobre todo, cuando se refiere a la estrata social más baja, esto significa una gran obra de arte.

UNA HISTORIA DE PARIAS.

Por el sur de Francia doscientos hombres extraen estaño y plata de una mina virtualmente exhausta de propiedad de un inglés que no desea invertir más dinero en un nuevo equipo. La región está llena de extranjeros perseguidos, sin documentos ni autorizaciones y al margen de la policía. No son exigentes en cuanto a las condiciones de vida y de seguridad en el trabajo. Están dispuestos a trabajar por cualquier salario. La mina y su población de parias forman un mundo aparte, una especie de isla, que se llegó a llamar "Java", probablemente porque los franceses acostumbran a dar el nombre de "Javanesa" a cualquier cosa incomprensible o exótica.

Casi todas las nacionalidades de Europa y no únicamente de Eu-

ropa, están representadas en esta Java. Rusos blancos, polacos de temperamento extraño, italianos, españoles, griegos, checos, eslovacos, alemanes, austriacos, árabes, un armenio, un chino, un negro, un judío ucraniano, un finés... En toda esta banda heterógena hay un solo francés, un infeliz patético, que sostiene en alto el pabellón de la Tercera República. En las barracas recostadas contra los muros de una fábrica consumida hace mucho por el fuego, viven treinta célibes, que maldicen en distintos lenguajes. Las mujeres de los otros, traídas también de todas partes del mundo, no hacen más que aumentar la confusión de esta Babel.

Los javaneses desfilan a nuestros ojos, reflejando cada uno su perdida tierra natal, convenciendo cada uno con su personalidad (y por lo menos sin aparente ayuda del autor), parado cada uno sobre sus propios pies. El austriaco Karl Müller, ahora a Viena mientras se harta de conjugaciones inglesas; el hijo del Contraalmirante naval Ulrich von Taupfen, Hans, ex oficial asimismo de la marina alemana y partícipe de la insurrección de Kiel; el armenio Albudizian, que por primera vez en su vida come y bebe hasta hartarse y emborracharse en Java; el agrónomo ruso Bielsky, con su mujer media loca y su hija estúpida; el viejo minero Ponzoni que perdió a sus hijos en una mina de su Italia nativa y que habla con igual gusto a un muro o a una piedra del camino que a un compañero de trabajo; el "doctor Magnus" que dejó la Universidad de Ucrania justamente antes de graduarse para no vivir como los demás; el negro americano Hilary Hodges, que cada domingo lustra sus zapatos de charol—*memento* del pasado—y que nunca se pone; el ex tendero ruso, Blutov, que se dice antiguo general para pescar clientes de su futuro restaurante; aunque en verdad muere antes de que empiece la acción de la novela, deja una viuda que adivina el porvenir.

Restos de familias deshechas, aventureros, soldados accidentales de revoluciones y contrarrevoluciones, astillas de catástrofes nacionales, refugiados de toda clase, soñadores y ladrones, héroes y cobardes, gente sin raíz, hijos pródigos de nuestro tiempo: tal es la población de Java, "una isla flotante amarrada a la cola del diablo". Tal como dice von Taupfen, "no hay una pulgada de tierra en toda la superficie del globo donde se pueda poner el pie; fuera de eso tú eres libre; más allá del límite, más allá de todos los límites". El brigadier Carboni, catador de buenos cigarros y buenos vinos, hace la vista gorda en lo que se refiere a los habitantes de

esta isla. Momentáneamente, pues, se hallan, "fuera de todos los límites". Pero esto no les impide vivir a gusto. Duermen en jergones de paja, a menudo sin desvestirse; fuman mucho; beben mucho; comen solamente pan y queso para poder beber más; raras veces se lavan, huelen pesadamente a sudor, tabaco y alcohol.

La novela no tiene figura central ni trazas de plan. En cierto sentido, el propio autor es el héroe; pero no aparece en escena. La historia cubre un período de varios meses y como la vida misma se compone de episodios. No obstante el exotismo del ambiente la novela está lejos del folklore, la etnografía o la sociología. Es una novela genuina, un trozo de vida convertido en arte. Podría pensarse que el autor escogió deliberadamente una "isla" solitaria para pintar con más claridad los caracteres y las pasiones humanas. Pero su significación es igual allí que en cualquier estrata de la sociedad. Esta gente ama, odia, llora, recuerda, aprieta sus dientes. Ahí está el nacimiento y solemne bautizo de una criatura del matrimonio polaco Warski; ahí está la muerte, la desesperación de las mujeres, los entierros; y por último, el amor de una prostituta por el doctor Magnus que hasta entonces no había conocido mujer. Un episodio tan patético que sugiere el melodrama, de no salvar el autor el escollo con honra dentro del orden que se ha impuesto.

A través del libro transcurre la historia de dos árabes, los primos Elahacinben Califa y Daud Jalima. Violando la ley de Mahoma beben vino una vez a la semana, los domingos; pero lo hacen con sobriedad, sólo tres litros, para no dejar de ahorrar los 5,000 francos que necesitan para volver a la región de Constantina donde están sus familias. No son verdaderos javaneses, sino incidentalmente. Sucede que Elahacin muere en un deslizamiento de la mina. La historia del intento de Daud para sacar su dinero ahorrado del Banco es inolvidable. El árabe espera durante horas, suplica, no se da por vencido y vuelve a esperar pacientemente. Por último se le quita la libreta de ahorros, porque está a nombre de Alahassid, el único de los dos que sabía firmarse. Esta tragedia minúscula está soberbiamente contada.

Madame Michel, la dueña de la taberna, se hace rica con esta gente. Sin embargo, no les guarda cariño y los desprecia, no sólo porque es incapaz de comprender su cháchara bulliciosa, sino también porque son demasiado pródigos en las propinas. Llegan y se van con demasiada facilidad y nadie sabe adónde: gente ligera que no merece confianza. Junto a la taberna ocupa desde luego un lu-

gar importante en la vida de Java el burdel más próximo. Malaquais lo describe detalladamente sin compasión; pero al mismo tiempo de modo muy humano.

UN MINERO CONVERTIDO EN GRAN ARTISTA.

Los javaneses miran el mundo desde abajo, pues ellos mismos fueron arrojados de espaldas al abismo de la sociedad; por lo demás, deben seguir así en la mina para extraer mejor el material. Lo que constituye una perspectiva singular. Malaquais conoce muy bien sus leyes y sabe aplicarlas. El trabajo en la mina está descrito sobriamente, sin detalles tediosos, con notable vigor. Ningún simple artista observador podía hacerlo de este modo aunque hubiese bajado diez veces a la mina en busca de esos detalles técnicos, que escritores como Jules Romains, por ejemplo, gustan lucir. Sólo un antiguo minero convertido en gran artista podía hacerlo.

Aunque con implicaciones sociales, esta novela no tiene de ninguna manera carácter tendencioso. No trata de probar nada ni de hacer propaganda, como tantas producciones de nuestra época, sometidas a órdenes aún en la esfera del arte. La novela es "sólo" una obra de arte. Sin embargo, sentimos a cada paso las convulsiones de nuestra época, la más grandiosa y más monstruosa; la más significativa y la más despótica que se conoce en la historia humana. Una combinación del lirismo rebelde de la personalidad con la épica feroz de nuestro tiempo crea tal vez el mayor encanto de este trabajo.

El régimen ilegal descrito dura años. El gerente inglés tuerto y manco, siempre borracho, arregla las dificultades con la policía, obsequiando a sus representantes con vino y cigarros. Los javaneses sin documentos siguen trabajando en las peligrosas galerías de la mina, emborrachándose en la taberna de Madame Michel y ocultándose tras los árboles cada vez que se dan con los gendarmes, nada más que para ponerse a salvo. Pero todo tiene su fin.

El mecánico Karl, hijo de un panadero de Viena, deja su trabajo voluntariamente, derrocha su tiempo paseándose por la playa bajo el sol, escuchando las olas del mar y hablando con los árboles del camino. Obreros franceses trabajan en una fábrica vecina. Tienen sus casitas con agua y electricidad, pollos, conejos y hortalizas. Karl, como la mayor parte de los javaneses mira este mundo ordenado sin envidia, más bien con algún desprecio. "Han perdido el

sentido del espacio; pero han ganado el de la propiedad". Karl corta una rama y azota el aire con ella. Siente ganas de cantar. Le falta voz; de modo que silba. Entre tanto, en un pozo de la mina dos hombres mueren: el ruso Malinov, que presumía de haber combatido los bolcheviques en Nijni Novgorod y el árabe Elahacin ben Califa. El caballero Yacovlev, sobresaliente ex alumno del Conservatorio de Moscú, roba a la vieja hechicera, Sofía Fedorovna, viuda del que se pretendía general, y que había acumulado varios miles de francos. Karl lo había visto por casualidad a través de la ventana abierta y Yacovlev lo golpea en la cabeza con un garrote. Así la catástrofe o una serie de catástrofes sobrevienen en la vida de Java. La desesperación de la vieja no conoce límites y llega a producir náuseas. Vuelve la espalda al mundo; responde con reniegos a las preguntas de la policía; permanece en el suelo sin comer ni dormir un día, dos, tres, agitándose sobre sus excrementos rodeada por un enjambre de moscas.

El ladrón hace circular una noticia de los periódicos: ¿dónde están los cónsules? ¿Por qué no hacen nada? El gendarme Carboni recibe una circular instruyéndole acerca de la necesidad de vigilar estrictamente a los extranjeros. El licor y los cigarros de John Kerrigan dejan de surtir efecto. "Estamos en Francia, señor gerente, y debemos cumplir la ley francesa". El gerente se ve obligado a telegrafiar a Londres. Recibe orden de cerrar la mina. Java deja de existir. Los javaneses se dispersan para meterse en otras covachas.

EL AMOR DE MALAQUAIS AL HOMBRE.

Los remilgos literarios son ajenos a Malaquais; no evita las expresiones fuertes ni las escenas enfadosas. La literatura contemporánea, especialmente la francesa, está por regla general más libre al respecto que la naturalista del tiempo de Zola, condenada por los puristas. Sería pedantería ridícula decir que esto es bueno o malo. La vida se ha hecho más desnuda y despiadada desde la guerra mundial, que destruyó no sólo muchas catedrales sino también muchas convenciones; la literatura no tiene más remedio que adaptarse a la vida. Pero qué diferencia entre Malaquais y cierto escritor que se hizo famoso hace algunos años con un libro de crudeza excepcional. Me refiero a Celine. Nadie había escrito antes que él con tanta obstinación fisiológica sobre las necesidades y funciones del pobre cuerpo humano. Pero la mano de Celine era guiada por un empon-

zoñado agravio que le hacía calumniar al hombre. El artista, médico de profesión, se dijera que deseaba convencernos de que el ser humano, impelido a funciones tan bajas, no se distinguía de un asno o de un perro, excepto por una mayor astucia quizás y un mayor espíritu de venganza. Esta odiosa actitud ante la vida cortó las alas del arte del autor: no fué más allá de su primer libro. Casi al mismo tiempo que Celine otro escéptico se hizo famoso, Malraux que también buscaba justificar su pesimismo; pero no abajo, en la fisiología, sino arriba, en las manifestaciones del heroísmo humano. Malraux hizo uno o dos libros importantes. Pero carece de médula. Siempre anda buscando una fuerza externa en qué descansar, alguna autoridad establecida. La falta de independencia creadora ha echado a perder sus últimos libros con el veneno de lo falso, malográndolos.

Malaquais no teme lo bajo y lo vulgar de nuestra naturaleza, porque a pesar de todo, el hombre posee genio creador, pasión, heroísmo, lo que está lejos de ser estéril. Como todos los verdaderos optimistas, Malaquais ama al hombre por sus facultades potenciales. Gorki dijo una vez: "El hombre—¡esto suena a soberbio!" Quizás Malaquais no repetiría una exclamación tan didáctica. Sin embargo, es precisamente la actitud que observa hacia al hombre en su novela. El talento de Malaquais tiene dos aliados seguros: el optimismo y la independencia.

Acabo de recordar a Máximo Gorki, otro cantor de los vagabundos. El paralelo surge de por sí. Tengo presente en forma vívida cómo el mundo lector se sintió asombrado por la primera gran historia corta de Gorki, "Chelkash" en 1895. El joven vagabundo saltaba de pronto desde los bajos fondos de la sociedad a la arena de la literatura hecho un maestro. En sus últimos escritos Gorki no ha superado esencialmente aquel primer cuento. Malaquais no asombra menos que Gorki con el acierto de su primera salida. Imposible decir de él que es un escritor que promete. Es ya un artista consumado. En las antiguas escuelas los principiantes debían pasar por terribles pruebas—golpes, intimidaciones, vituperios—antes de recibir el temple preciso en el plazo más breve. Pero Malaquais como Gorki, fué armado por la vida misma. La vida los lanzó, los hizo rodar por la tierra y después de una preparación semejante los reveló maestros consumados en el campo de las letras.

Con todo, ¡qué diferencia enorme entre sus épocas, sus héroes, sus métodos artísticos! Los vagabundos de Gorki no son los de-

sechos de la vieja cultura urbana, sino los campesinos de ayer aún no asimilados por la nueva urbe industrial. Los vagabundos de la era creciente del capitalismo están marcados por un signo patriarcal y casi ingenuo. Rusia, políticamente joven en aquel tiempo estaba encinta de su primera revolución. La literatura se alimentaba de ansiosas esperanzas y exagerados entusiasmos. Los vagabundos de Gorki están embellecidos por el romanticismo prerrevolucionario. No ha pasado en vano medio siglo desde entonces. Rusia y Europa han vivido una serie de conmociones políticas y la más terrible de las guerras. Los grandes acontecimientos aparejan grandes experiencias, principalmente, las amargas experiencias que siguen a las derrotas y a los desengaños. Los vagabundos de Malaquais son el producto de una civilización madura. Miran al mundo con ojos menos asombrados, más prácticos. No son nacionales, son cosmopolitas. Los vagabundos de Gorki iban del Mar Báltico al Mar Negro o hasta Sajalin. Los javaneses no conocen límites nacionales; se sienten lo mismo extraños o *at home* en las minas de Algeria, en los bosques de Canadá que en los cafetales del Brasil. El lirismo de Gorki era melódico, a veces sentimental y con frecuencia declamatorio. El lirismo de Malaquais, no menos intenso en lo esencial, es más sobrio en la forma y más disciplinado por la ironía.

La literatura francesa, conservadora y exclusiva como ha sido siempre, tarda en asimilarse las nuevas formas que ella misma ha creado para el mundo y se resiste a la influencia extranjera. Sólo desde la guerra una corriente cosmopolita penetra en la vida francesa. Los franceses han empezado a viajar con más frecuencia, a estudiar geografía e idiomas extranjeros. Maurois trajo a la literatura reciente al inglés estilizado; Paul Morand, los clubes nocturnos del mundo. Pero este cosmopolitismo lleva el sello indeleble del turista. Todo lo contrario sucede con Malaquais. Malaquais no es un turista. Viaja de un país a otro de un modo que desapruaban las compañías de ferrocarriles y las autoridades policiales. Ha rodado por todas las latitudes geográficas, trabajando donde podía. Fué perseguido, sufrió hambre y absorbió las impresiones del mundo junto con las emanaciones de las minas, y de las tabernas baratas, donde los parias internacionales gastan generosamente sus mezquinos salarios.

Malaquais es un auténtico escritor francés; es un maestro dentro de la técnica francesa de la novela—la más alta del mundo—para no mencionar la perfección de su lenguaje. Y, sin embargo,

no es un francés. Ya me lo imaginaba mientras leía la novela. No porque el tono de su narrativa dejara sentir a un extranjero, a un observador desde fuera. De ningún modo. Cuando aparecen franceses en las páginas de su libro son franceses genuinos. Pero en el arrimo del autor no sólo a Francia, sino a la vida en general, se siente al "javanés" a uno que ha salido de "Java". Esto no pasa con los franceses. A pesar de todos los acontecimientos que conmovieron al mundo en el último cuarto de siglo, los franceses continúan siendo sobradamente sedentarios, demasiado estables en sus costumbres, en sus tradiciones para poder ver el mundo con los ojos de un paria. En respuesta a una carta que le escribí al respecto, el autor me contestó que era de ascendencia polaca. Debía haberlo adivinado sin preguntar. La novela empieza con el esbozo de un joven polaco, casi un adolescente de pelo pajizo, ojos azules, ávido de sensaciones, con el buche vacío y la mala costumbre de sonarse las narices con los dedos. Maniek Bryla. Sale de Varsovia acostado entre las barras de un coche comedor soñando llegar hasta Timboctu. Si no se trata del propio Malaquais es su hermano en sangre y espíritu. Manieck anduvo vagando más de diez años. Aprendió muchas cosas; maduró; pero sin perder nunca la frescura de su espíritu. Al contrario, acumulando una sed insaciable de vivir que se hace por demás evidente en este primer libro. Aguardamos uno nuevo. Sin duda, el pasaporte de Malaquais aun no está en forma. Pero la literatura le ha concedido ya todos los derechos inherentes a la ciudadanía.

Coyoacán, D. F. Agosto 7, 1939.

LAS EXEQUIAS DE TROTSKY

Cincuenta mil personas se despidieron de Trotsky cuando yacía muerto en espera de su último "viaje" a la eternidad. Durante toda la noche del miércoles al jueves se extendía la enorme procesión de la gente que inclinaba la cabeza y la mirada ante el gran revolucionario rodeadado en su urna por un arco iris de flores. Y la triste procesión era tan diversa y policroma como las masas por las que Trotsky había luchado toda su vida. Venían de las profundidades del pueblo mexicano; campesinos descalzos, morenos; y jóvenes estudiantes llenos de fervor revolucionario; mujeres indígenas con criaturas de pecho en los brazos; intelectuales de rostros afinados; trabajadores de la ciudad y representantes de la clase media. Todos al desfilar se detenían un momento y miraban con pena el rostro deshecho y vendado que a pesar de todo aparecía muy tranquilo, en paz, sereno después de una vida tempestuosa. Aquí y allá se notaban manchas de sangre sobre las sábanas blancas en que estaba envuelto; pero la cara surgía límpida sin huellas del crimen.

Las flores llegaron de varias partes del mundo y de distintos grupos y personalidades. Había una corona del Presidente Cárdenas, de quien Trotsky obtuvo su último asilo cuando fué expulsado de Europa sobre una embarcación noruega; muchos ramos de gremios obreros, núcleos estudiantiles, escritores, intelectuales, etc. que apreciaban la volcánica personalidad de Trotsky.

Mientras veía desfilar ante la urna esta gran muchedumbre, tuve la sensación de que la masa mexicana no había llegado hasta aquí a llorar la muerte del revolucionario político ruso, sino que instintivamente rendía homenaje a un hombre que luchó por todos los humillados y ofendidos, también por ellos, los mexicanos que despiertan a una vida nueva; honraban a un mártir, a un campeón, a un idealista.

Las paredes de la cámara mortuoria estaban cubiertas de banderas rojas en las que aparecían dibujados los emblemas de la Cuarta Internacional, la organización revolucionaria fundada por Trotsky, para la cual había escrito en los últimos años sus fogosos manifiestos. También se veían las banderas y estandartes de algunos gremios mexicanos.

Natalia Sedov, la mujer que acompañó a Trotsky en todas sus peregrinaciones, estaba profundamente abatida y angustiada. Durante la víspera los médicos le suministraron calmantes para que pudiera dominarse. Había pasado el día en una casa amiga y sólo poco antes del entierro llegó envuelta en riguroso luto del brazo del general Hidalgo, un diplomático mexicano que era uno de los amigos más cercanos de la familia Trotsky.

Natalia Sedov se acercó despaciosamente al ataúd y contempló a su

compañero muerto a través del velo negro. Fué un momento de honda emoción para cuantos asistieron a la escena. Todos quedamos como sin aliento, cuando la viuda con mano temblorosa tocó la urna en el deseo de despertar de su remoto sueño al hombre con quien compartiera sus más grandes triunfos y su postrer instante cuando el hacha homicida cayó sobre él.

Media hora estuvo inclinada Natalia Trotsky sobre el cadáver. Con los labios sellados, el cuerpo rígido y sin palabras conversaba por última vez con su esposo y compañero. De rato en rato se limitaba a acariciar con su mano enguantada de negro la cabeza del muerto.

No bien abandonó la cámara, surgió espontáneamente el canto de "La Internacional" y todos levantaron los puños y un juramento. En seguida se oyó gritar: ¡Viva Trotsky! ¡Muera Stalin! El grito fué coreado muchas veces. Sobre la urna podían leerse inscritas en una bandera las últimas palabras de Trotsky: "El triunfo de la IV Internacional es seguro".

La viuda tembló al oír las voces de los hombres y mujeres de México que habían ofrendado a Trotsky un asilo final y a quienes los Trotsky amaban.

Sin embargo, yo tengo la convicción de que Trotsky no llegó a incorporarse al país. Pocos hombres de la calle conocían el papel que desempeñó en la historia y la rica trayectoria política que reflejaban sus trabajos literarios. Trotsky tampoco tuvo ocasión de conocer más de cerca a los mexicanos porque debía llevar una vida apartada, como de cárcel: primero porque la condición esencial de su asilo en México residía en que no se mezclara en la vida mexicana; segundo porque siempre temía los atentados políticos de sus enemigos.

En Nueva York seguramente el duelo por la muerte de Trotsky habría sido más profundo y general que en la ciudad de México; en Nueva York la gente habría apreciado mejor lo que su vida y su muerte significaban para todo el movimiento revolucionario.

Los mexicanos se mostraron, sin embargo, contrariados cuando se difundió el rumor de que el cadáver de Trotsky sería llevado a Nueva York y que allí se realizarían las exequias. Los mexicanos sostenían que el mártir debía encontrar reposo en el país que le había dado asilo y protección durante tres años.

Natalia Sedov aclaró a los mexicanos por intermedio del abogado de Trotsky, Albert Goldman, que llegó en avión desde Chicago, que el cadáver no saldría de México. Pero muchos de los partidarios de Trotsky están seguros de que llegará un día en que las cenizas de Trotsky serán llevadas al Kremlin de Moscú, donde dirigió la revolución rusa y el Ejército Rojo. A juicio de ellos, Trotsky debía reposar junto a Lenin con quien llevó a cabo la revolución.

Entre los que vinieron a despedirse de León Trotsky había un grupo de judíos anarquistas y revolucionarios que estuvieron en 1917 en Rusia y que vieron a Trotsky en Jarkov, Moscú, Petrogrado y otros centros soviéticos. Algunos de ellos habían salido entonces de América para tomar parte en la revolución rusa. Recordaban aún el período heroico en que circulaban por todo el país leyendas acerca de la personalidad de Trotsky; cuando su voz de león levantaba las masas rusas;

cuando su figura erguía-se como una antorcha en la guerra civil y sus escritos iluminaban a millones de cerebros.

El cortejo que acompañó a Trotsky fué enorme. Mientras el ataúd cubierto de flores atravesaba las calles de la ciudad de México las ventanas y azoteas se veían negras de gente, si bien los humildes espectadores no demostraron una emoción especial, porque la muerte para ellos no es una cosa extraordinaria. Camino del cementerio surgía de rato en rato el grito de ¡Viva Trotsky! ¡Abajo Stalin! ¡Abajo la G.P.U.!

Alrededor de doscientas personas atravesaron el portal del cementerio del Estado. Centenares de acompañantes permanecieron afuera.

Natalia Trotsky seguía junto al ataúd cuando empezaron a pronunciarse los discursos. Los oradores fueron: Albert Goldman, en nombre de los trotskistas de los Estados Unidos y tres mexicanos entre los cuales uno era el secretario en español de León Trotsky.

Los oradores se refirieron más a la ideología de Trotsky que a su personalidad y sus discursos sonaban a ratos banalmente partidistas. No hicieron una apreciación de su figura, ni de su vida, ni de su época, ni de su rol histórico.

Junto a la tumba, volví a pensar otra vez para mí: "Qué distinto habría sido el entierro de Trotsky en Nueva York". Allá tanto sus amigos como sus adversarios sabían lo que el nombre de Trotsky significaba.

Los oradores dieron cuenta del antistalinismo de Trotsky condenando el sistema basado en la G.P.U. y juraron llevar a cabo el ideal de Trotsky.

Los mexicanos que lograron entrar al cementerio permanecían en silencio. Estaban acostumbrados a la muerte heroica de los mártires revolucionarios y cada muerte era para ellos un signo, el signo de que la lucha pasaba de una generación a otra, de un hombre a otro hombre.

Cuando el ataúd fué entregado a la tierra el sol se puso entre nubes negras. La gente inició el regreso. Primero la viuda y después todos los demás.

J. IAFFE.

DECLARACION

Santiago, agosto 30, 1940.

Ante el cobarde y traidor asesinato de León Trotsky en México, los que subscriben—no obstante sus diferentes concepciones sociales y políticas—protestan unánimemente contra el odioso crimen que priva a la humanidad de uno de sus más grandes y leídos escritores revolucionarios. Y al mismo tiempo que subrayan con lápiz rojo el silencio elocuente de las Alianzas y demás Ligas humanitarias, que sólo se conmueven ante los crímenes de los fascistas negros o pardos, destacan con el mayor respeto el gesto excepcional del Presidente Cárdenas que, por cierto, no son capaces de seguir sus corifeos internacionales, como marchan tras de su efigie viril en las manifestaciones callejeras.

Por nuestra parte, consecuentes con la verdadera defensa de la cultura y los derechos del hombre, repudiamos enérgicamente el bárbaro sacrificio de León Trotsky así como la llamada "táctica del caballo de Troya" que lo engendró.

Enrique Espinoza, Manuel Rojas, J. S. González Vera,
Ernesto Montenegro Vicente Huidobro, Ciro Alegría, Luis
Franco, Hernán Gómez, Eugenio González, Oscar Vera.

INDICE DEL VOLUMEN II DE "BABEL"

(PUBLICADO EN CHILE)

(Números del 13 al 16)

Alegría, Ciro.—Impresión de Mariátegui	48
—Perfil de un revolucionario	165
Díez, Laín.—Renta, Selección, Aptitud	95
Espinoza, Enrique.—La Escuela de Sarmiento I	18
—La escuela de Sarmiento II	82
—Los escritores frente a León Trotsky	131
—Notas editoriales: Retorno	1
—Justificación	129
—Los Libros: "De la Poesía a la Revolución"	59
—"Don Alberto Blest Gana"	123
Farrell, James T.—Tributo al Gran Viejo	176
Franco, Luis.—Walt Whitman, el pionero	2
—Participación	77
—Vida y muerte de Trotsky	146
Hook, Sidney.—Anatomía del Frente Popular	65
Iaffe, J.—Las exequias de Trotsky	227
Last, Jef.—Testimonio holandés	123
Lugones, Leopoldo.—A los republicanos españoles	121
Martínez Estrada, E.—Hernández y Hudson	33
Macdonald, Dwight.—Trotsky ha muerto	181
Montenegro, Ernesto.—Oh Capitán! ¡Mi Capitán (Versión de Walt Whitman	15
—Trotsky, maestro de conciencias	162
Quiroga, Horacio.—El Soldado (Obra póstuma)	54
Rojas, Manuel.—Ensayo de la mañana	41
—Deshecha rosa (poema)	72
—El último combatiente	168
Trotsky, León.—Retrato y autógrafo	130
—El materialismo dialéctico y la ciencia	190
—Objetividad histórica	212
—Un nuevo gran escritor	218
Wilson, Edmund.—El rol de Trotsky en la historia	171

Sumarios de BABEL Nos. 1 a 12

SUMARIO DEL N.º 1

JEAN GUEHENNO	La fiesta de Hércules
LEWIS MUMFORD	El poder de lo patológico
LUIS ARAQUISTAIN	Retrato de Hitler
J. EDWARDS BELLO	Juicios extranjeros sobre Chile
ANDRE GIDE	Jef Last, poeta holandés
JEF LAST	Dos fragmentos de un discurso en Madrid
EMIL LUDWIG	Postscriptum a Mussolini
DIEGO RIVERA	Programa de lucha o de adaptación
B. SANIN CANO	¿Quién es mi prójimo?
EDMUND WILSON	Stalin como icono
IGNACIO SILONE	Un recuerdo infantil
HORACIO QUIROGA	Los Precursores

SUMARIO DEL N.º 2

ALBERT EINSTEIN	La unidad de la vida
PAUL VALERY	América, proyección del espíritu europeo
THOMAS MANN	La guerra como solución desesperada
STEPHEN SPENDER	El punto de vista moderno
T. NAVARRO TOMAS	Miguel Hernández, poeta campesino
MIGUEL HERNANDEZ	El niño yuntero
JORGE SANTAYANA	Paganismo
ALFRED KERR	Recordando a Walther Rathenau
ALBERTO GERCHUNOFF	Carrión de los Condes
A. SERRANO PLAJA	El genio de España
ERNST TOLLER	Hábil interrogatorio
ERNESTO MONTENEGRO	El escritor y el pueblo
LEON TROTSKY	Krúpskaia ha muerto
BALDOMERO LILLO	La cruz de Salomón

SUMARIO DEL N.º 3

ENRIQUE HEINE	El Evangelio y la Filosofía
MARCEL PRENANT	La Revolución Francesa en el mundo
J. C. MARDRUS	Misión del escritor
P. DRIEU LA ROCHELLE	El escritor y el político
ANDRE CHAMSON	Recuerdo de "La Comuna"
ADOLFO SALAZAR	Notas sobre la Revolución Francesa
MANUEL ROJAS	El espíritu revolucionario
M. PICON-SALAS	Americanismo y autoctonismo
PAUL MORAND	Los franceses y la Argentina
E. MARTINEZ ESTRADA	Leer y escribir
CARLOS VICUÑA	Semblanza de un maestro
PAUL GROUSSAC	Pascua sangrienta

SUMARIO DEL N.º 4

ANTONIO MACHADO	Alemania o la exageración
ERNEST HEMINGWAY	Apuntes sobre la próxima guerra
LUCIEN BOSSOUTROT	Ansia de un mundo nuevo
B. SANIN CANO	Trescientos millones de víctimas
KURT KERSTEN	Goethe y la Revolución Francesa.
JEAN CASSOU	Examen de conciencia del intelectual
WALDO FRANK	Caria Whitmaniana
J. HUIZINGA	La cooperación intelectual
MARTIN BUBER	Un proceso espiritual.
ALFONSO REYES	Aduana lingüística
MARIO JUAREZ	Un poeta alciónico
LUIS FRANCO	Coplas de gesta.
MALCOLM COWLEY	Frau Marx
JOSE MARTI	En la muerte de Marx

SUMARIO DEL N.º 5

HENRI BERGSON	Pensamiento y Acción
ROBERT BRIFFAULT	El individuo y la sociedad
ANDRE MALRAUX	La novela y el reportaje
ROBERT FORSYTHE	Yo conocí a Ernst Toller
PAUL ROSENFELD	James Joyce, ¿genio o charlatán?
STEFAN ZWEIG	La rebelión de Tolstoi
F. L. SCHUMAN	Furor teutonicus
SIDNEY HOOK (y otros)	En defensa del pensamiento libre
CATHERINE RADZIWILL	Stalin habla de Hitler
LEON TROTSKY	Una lección recientísima
ARTURO CANCELA	Polémica sorda
D. F. SARMIENTO	El indio Juan Chipaco

SUMARIO DEL N.º 6

LEOPOLDO LUGONES	La Raza.—El gran equívoco
FERNANDO ORTIZ	¿Raza o cultura?
BENJAMIN JARNES	Raza, grillete
CARLOS PEREYRA	Rutas de América
LUIS ZULUETA	Raíz y frutos
FRANZ BOAS	Migraciones históricas
JULIAN HUXLEY	El concepto de raza
LEON PAUL FARGUE	Del Antisemitismo
GEORGE E. SACHS	Rilke en España
A. HERNANDEZ CATA	La palabra muerta
GABRIELA MISTRAL	Un mito americano de Chile
W. H. HUDSON	El caballo y el hombre

SUMARIO DEL N.º 7

FEDERICO NIETZSCHE	Crítica de la cultura
ALBERT SCHWEITZER	Cultura y libertad
THEODORE DREIßER	¿Qué es el americanismo?
EDMUND WILSON	Humanismo marxista
JEAN GIONO	Certidumbre
MAGDELEINE PAZ	Marcel Martinet
MARCEL MARTINET	Algunos recuerdos
ARTHUR ROSENBERG	La Revolución de Octubre
ALEJANDRO LIPSCHUTZ	Freud y el hombre moderno
EUGENIO GONZALEZ	Europa y nosotros
JUAN MARINELLO	Nicolás Guillén
NICOLAS GUILLEN	¡Dale con la mocha!...
DWIGHT MACDONALD	Veinticinco millones de nosotros
RUBEN DARIO	Visiones proletarias

SUMARIO DEL N.º 8

D. H. LAWRENCE	Del destino humano
ANDRE GIDE	A algunos nuevos convertidos
ROBERTO GOFFIN	Rimbaud católico
VALERY LARBAUD	Para una musa de doce años
W. H. AUDEN	El catolicismo y la democracia
E. LITAUER	La filosofía "pura" de Heidegger
ANDRE MAUROIS	Eugène Dabit
EUGENE DABIT	Reflexiones póstumas
ALDOUS HUXLEY	De la vulgaridad en la literatura
EMILIA PRIETO	Cézanne, el artista de Aix
FRANCISCO ICHASO	Meditación del impedido
J. C. MARIATEGUI	El Hombre y el Mito

SUMARIO DEL N.º 9

LARRA	Fray Bartolomé de Las Casas
LUDWIG LEWISOHN	El arte de traducir
JAMES T. FARRELL	Final de una década
VICENT SHEEAN	Brumario en la Unión Soviética
MAX NOMAD	Polonia sin aureola
L. CARDOZA Y ARAGON	El ejemplo de León Felipe
LEON FELIPE	El Hacha (Elegía española)
HAROLD J. LASKY	Deber del intelectual, ahora
JOHN STEVENS	Prudencia paterna
JOTABECHE	Un soldado de la guerra a muerte

PRECIO DEL VOLUMEN I: \$ 12.00
 288 páginas con índice completo (N.ºs. 1 a 9)

SUMARIO DEL N.º 10

TOLSTOI	Crítica de su tiempo
THOMAS MANN	La indivisibilidad de la cultura
ANDRE GIDE	Leyendo a Tocqueville y Sainte Beuve
JOHN CHAMBERLAIN	El sueño del anarquismo
ARTHUR SYMONS	Wagner y la ilegitimidad
SHOLEM ASCH	El Nazareno (Introducción)
LEWIS MUMFORD	La promesa americana en peligro
M. F. GRANDIZO	La lucha de edades en política
FELIX LIZASO	Hombre de letra viva
J. C. MARIATEGUI	Genealogía del socialismo

SUMARIO DEL N.º 11

JORGE BRANDES	Heine y Rembrandt
JOHAN HUIZINGA	Crisis de la cultura
WYNDHAM LEWIS	La muerte del arte abstracto
LEON TROTSKY	El abecé de la dialéctica
PIERRE HERBART	La úlcera del Níger
ROBERT DELL	El caso del fascismo británico
LOUIS UNTERMAYER	"The Seven Arts"
FERDINAND LUNDBERG	Las cartas noticiosas
JUAN RAMON JIMENEZ	El hombre inmune
YOLANDA OREAMUNO	La vuelta a los lugares comunes
GERMAN ARCINIEGAS	El maestro Sanin Cano
JUAN B. JUSTO	El socialismo en la Argentina

SUMARIO DEL N.º 12

SPINOZA	La libertad de pensar
BERTRAND RUSSELL	Autonomía académica
WALDO FRANK	Nuestra culpa en el fascismo
SIDNEY HOOK	El humanismo integral de Maritain
W. H. AUDEN	Acusación y defensa de W. B. Yeats
JARVIS GERLAND	El álgebra de la revolución
LUIS FRANCO	La encrucijada decisiva
HERNAN GOMEZ	El valor de las palabras
AGUSTIN ALVAREZ	El proletario en la víspera

PRECIO DEL SUPLEMENTO AL VOLUMEN I: 3.50

96 páginas con índice completo (N.ºs. 10 a 12)

Pedidos a la Librería Nascimento

SUMARIO DEL N.º 13

LUIS FRANCO	Walt Whitman, el pionero
ERNESTO MONTENEGRO	Oh Capitán! Mi Capitán! (versión)
ENRIQUE ESPINOZA	La Escuela de Sarmiento
E. MARTINEZ ESTRADA	Hernández y Hudson
MANUEL ROJAS	Ensayo de la mañana
CIRO ALEGRIA	Impresión de Mariátegui
HORACIO QUIROGA	El soldado (obra póstuma)

Los Libros: "De la Poesía a la Revolución"

SUMARIO DEL N.º 14

SIDNEY HOOK	Anatomía del Frente Popular
MANUEL ROJAS	Deshecha rosa (poema)
LUIS FRANCO	Participación argentina
ENRIQUE ESPINOZA	La Escuela de Sarmiento, II
LAIN DIEZ	Renta, Selección, Aptitud
JEF LAST	Testimonio holandés
LEOPOLDO LUGONES	A los republicanos españoles

Los Libros: "Don Alberto Blest Gana"

EN EL NUMERO PROXIMO

J. S. GONZALEZ VERA	Al principio fué el Verbo
CIRO ALEGRIA	El Ausente
JUVENCIO VALLE	Canto de amor
LUIS FRANCO	El genio gaucho
LAIN DIEZ	Depauperación y concentración del capital
ENRIQUE ESPINOZA	El diario, la revista, el libro
HECTOR RAURICH	Alternativa histórica

Los Libros: "Spinoza-Goethe-Marx"

Toda la correspondencia al Director: Delicias 2555 - Santiago de Chile.

SIGNIFICACION HISTORICA DE LEON TROTSKY

Cuando el polvo de las controversias se haya disipado nadie podrá negar a Trotsky un lugar tan elevado como el de ningún otro hombre, excepto Lenin, en la tradición revolucionaria.

Su **Autobiografía** ha de vivir mientras existan hombres capaces de sentir la atracción de las grandes aventuras. Su **Historia de la Revolución Rusa** no es sólo el soberbio panfleto escrito por un ciudadano en defensa propia, sino el relato de acontecimientos mundiales que, ya sea que se acepte o no la doctrina del autor, tendrá que ser reconocido como una interpretación clásica.

Harold J. Laski.

Trotsky no es sólo un protagonista sino también un filósofo, un historiador y un crítico de la Revolución. Ningún líder de la Revolución puede carecer, naturalmente, de una visión panorámica y certera de sus raíces y de su génesis. Lenin, verbigracia, se distinguió por una singular facultad para percibir y entender la dirección de la historia contemporánea y el sentido de sus acontecimientos. Pero los penetrantes estudios de Lenin no abarcaron sino las cuestiones políticas y económicas. Trotsky, en cambio, se ha interesado, además, por las consecuencias de la Revolución en la filosofía y en el arte.

José Carlos Mariátegui.

Trotsky es una de esas raras figuras capaces de hacer y de escribir la historia; en ambos casos, tanto en el hecho como en la letra, tiene estilo. A través de la traducción de Eastman puede apreciarse la prosa de un escritor experto. Bien trabada, epigramática, llena de ironía, ingeniosa y dentro de un interés constante es igualmente feliz al tratar de un acontecimiento pasajero que de un problema filosófico.

Lewis Mumford.

Aun arrancada a la polémica interna del comunismo ruso, y no obstante ser a través de ella, en algunos de sus momentos decisivos, cuando la personalidad de Trotsky se nos revela más netamente, la figura del gran revolucionario tienta por todos lados a un intento de semblanza. Seduce por su vitalidad extraordinaria. Por la complejidad de su espíritu, dentro del cual luchan el hombre histórico, entregado con ardor sin igual a la causa de la revolución, y el individuo fuerte que, al sentirse asistido de razón, lleva la lealtad a su pensamiento hasta el último extremo lógico. Sin que le detengan ni preocupaciones de orden personal ni los insistentes requerimientos a silenciar la crítica en interés de una unidad que, de poder lograrse sólo a costa de la verdad, a él le parece inadmisibles y peligrosa.

Julio Alvarez del Vayo.

La **Historia de la Revolución Rusa**, de León Trotsky, será un documento clásico mientras exista la filosofía histórica.

Robert Briffault.

Son innumerables los hombres que han conocido a Trotsky de cerca, que lo han visto actuar, que lo han secundado o combatido, sacando todos algún provecho de su personalidad, de su carácter o de su obra histórica. Ojalá puedan algunos de estos hombres hablar un día de él con serenidad.

Marcel Martinet.

Imprenta Nascimento - Ahumada 125 - Santiago

FABRICACION CHILENA